

Relatos cortos



Archinoticias

Relatos cortos

Obra de usuarios de Archinoticias.

Introducción

El contenido de esta obra está realizado por autores que son usuarios de www.archinoticias.com

Algunos de ellos indican su nombre pero otro han preferido el anonimato.

Los textos se han incorporado entre las fechas de diciembre de 2010 y mayo de 2015.

El placentero trancazo

José Luis Solís Sánchez-Lafuente

Nació por donde, como y cuando nacen los mamíferos racionales. Su madre y el boticario del pueblo lo amamantaron hasta que los pezones y la cartera familiar lo aconsejó, debido al incontinente mamoneo del bebé, ya grandote y de firme dentadura.

Los comienzos del infante fueron difíciles, por lo que la preocupación de su progenitora comenzó a aflorar, al percatarse que movía con gran agilidad sus largos dedos de las manos, siendo en cambio los de los pies apenas rígidos esbozos.

Con el paso del tiempo comenzó a producir ruiditos guturales, que los cariñosos familiares le reían a carcajadas, y pronto a nuestro protagonista se le entendió decir algo así como: ¡web,web!

Pero la felicidad familiar, como es natural, no podía durar eternamente. El párroco del pueblo, con la severidad que le caracterizaba, sentenció ante las atónitas hembras de la familia, que el niño no podría prepararse para recibir la primera comunión, porque no había sido bautizado y, además, sólo bisbisaba de forma casi imperceptible los consabidos vocablos web, web, web que no le sonaba a léxico católico, sino más bien protestante o, a lo sumo, anglicano. Las desconsoladas lágrimas de las devotas mujeres no lograron ablandar aquella torre davídica.

Estos asuntos tan trascendentales no podían seguir así, pensaron conjuntamente. Y para arreglar el entuerto echaron mano a una vecina, exclaustrada hacía tiempo del convento de las Esclavas Oblatas de santa Rita, que trabajaba como auxiliar de clínica en el principal hospital de la ciudad. Esta instruida y casi virgen mujer —no lo era del todo, según su recta conciencia, porque una vez, siendo joven, dio un beso con regodeo a un varón— sabía de memoria las cuatro reglas aritméticas, alguna parte de la Gramática Castellana del profesor Miranda Podadera y los catecismos completos de los padres jesuitas Astete, Vilariño y Ripalda, así como el santo Rosario y su correspondiente letanía en latín, amén de los Mandamientos de la Santa Madre Iglesia, los catorce Artículos de la Fe y, como no, el Confiteor entero. Y para que entrara como empleada fija en el Hospital Provincial intervino el Arcediano de la catedral, cuñado del Lugarteniente del Vicesecretario Provincial del Movimiento, que en realidad era el que controlaba el cotarro político administrativo provincial, en aquellos tiempos en que los españoles marchábamos marcialmente acaudillados.

Nada más ser informada, esta piadosa mujer puso manos a la obra para intentar resolver el gravísimo problema que aquejaba a aquella humilde familia. ¡Pero negligente y atea! A su entender.

Al cabo de no pocas semanas, luego de consultarlo con su confesor, sentenció que el abuelo como cabeza de familia debería visitar al cura párroco para solicitarle el bautismo general del pequeño clan, aún sabiendo como sabía que había sido cabo de la Guardia de Asalto durante la II República y destacado militante Radical. Y para aumentar aún más la preocupación, resultó que para la Iglesia Católica y Apostólica

su matrimonio no era más que un amancebamiento: se había casado con la abuela por lo civil en aquellos oscuros años republicanos.

El pobre viejo accedió sin rechistar la orden, pues de ello podría depender el porvenir de su nieto, temiendo que le pudiesen reprochar, antes o después, su egoísta amor propio de descreído.

Toda la familia se sacramentó, y parcialmente la madre del niño, que no precisaba del matrimonial porque había quedado fertilizada accidentalmente, al asearse en el bidet de un prestigioso hotel de la calle Camas malagueña.

El cuarto problema surgió rápido, porque la única expresión oral del chaval seguía siendo los consabidos monocordes web, web. Al respecto, el equipo directivo del colegio al que lo llevaron, dictaminó que el escolar podría padecer una bradipsiquia generalizada, aunque quizá estuviese acompañada de una atimhornia, algo aminorada por una clara timia. Claro, dijeron los maestros, estos problemas deben dictaminarlos psicólogos o psiquiatras, aunque quizá nosotros con paciencia y tiempo podríamos corregirlo de forma natural. Aunque “delegación” no aceptaría tal cosa. Pero para los familiares, citar a “delegación” supuso una amargura más, porque intuyeron que a esas alturas administrativas la piedad ni se conoce.

El psicólogo al que llevaron el niño, una vez estudiadas las características del síndrome, se formó tal embrollo en sus conclusiones que terminó recomendando, con letra muy menuda y confusa en la parte inferior de la factura que les endilgó, la necesidad de visitar sin tardanza un psiquiatra. ¡El psicólogo padecía una grave anosognosia!, según

diagnosticó, con queda voz y arqueando la ceja izquierda, la habitual acompañante, reputada y ortodoxa consejera.

El psiquiatra donde fue llevado tenía un despacho que debiera describirse. Luz tenue y difusa para los clientes, iluminado en cambio el rostro del científico, que resaltaba aún más sus facciones huesudas y demacradas, así como su abundante pelo blanquísimo y encrespado. La mesa, grande, construida de cristal y madera palo santo. Colgados en las paredes de la amplia estancia se exhibían diplomas, galardones, cartas y felicitaciones; medallas universitarias y congresuales, enmarcados con primorosos marcos de nogal. Pero no había crucifijo ni imagen celestial alguna, lo que desazonó bastante a la piadosa madrina que en aquella ocasión también acompañó a la familia. Ya les había advertido, al entrar, que aquel docto especialista podría llegar con su enrevesadas prácticas incluso a hurgarle en el alma.

Aunque ella sabía a ciencia cierta que el alma es inmortal e inviolable.

Una inmaculada bata blanca corta, pantalones de lana gris con pequeños circulitos más claros y unos zapatos de ante marrón, completaban el impecable terno. Al chaval lo colocó en un podio forrado de terciopelo rojo y con grandes borlas celestes, una en cada esquina, situado al fondo del despacho, e iluminado con otro foco de luz blanca brillante alternante con otra de intenso violeta. Sin pestañear, y una vez que supo las características del misterioso síndrome, miró al enfermito fijamente por encima de sus pequeñas gafas doradas. Aquel eminente médico (nombrado por sus dos apellidos completos, como generalmente se nombra a los médicos afamados) sentenció vehementemente que sin perder ni un segundo había que aplicarle ciento sesenta y ocho sesiones de electroshoks,

pero de los postulados por Hugo Cerleti; distribuidos en tres semanas, a ocho por día, pues así lo prescribían los más recientes estudios de los eminentes profesores López Ibor, Vallejo Nájera y Vallejo-Nájera Botas (ya mostraba tres apellidos).

Y manos a la faena.

Pero las grandes obras humanas nunca están exentas de ciertos riesgos y así, cuando llevaban veintiséis sesiones, comenzaron a presentársele ciertas alteraciones de la cenestesia, con alucinaciones erotomaniacas y extrañas sensaciones de como si fuese masturbado, sin que el pobre enfermito hubiese conocido aún en que consistía esa placentera práctica. Para aminorar los posibles efectos perniciosos para el alma, la consejera insinuó al doctor que se aumentase la intensidad de aquellos “calambrazos”, en su sencilla expresión. Y el médico accedió, sin apenas objeciones.

Con el ritmo prescrito y a partir de la centésima sesión, se le presentaron a nuestro biografiado unos rarísimos síntomas, con preocupantes transformaciones morfológicas. Se disparó la formación de grasa subcutánea, y el sistema piloso se fue atrofiando; como el genital.

Pero como la ciencia lo tutelaba de cerca, y casi de inmediato, un afamado endocrinólogo le diagnosticó lobengulismo, rara enfermedad que se manifiesta estadísticamente en el dos coma cero cuatro pacientes por cada treinta y siete millones de personas; esto es, la población de España por aquellos años. Sin curación posible.

Al continuar con los electroshoks, el joven comenzó a articular cortas sílabas que, si se analizaban con detenimiento, a lo

mejor pudieran significar algo coherente. Y eso fue lo que hicieron sus familiares conjuntamente con la caritativa vecina. El paciente decía machaconamente: de, bit. To, pos, sess. In, put. Out, put.

Y como casi siempre ocurre en estos casos desesperados, gracias a una vela que la madre encendió a la imagen de la Virgen que alguien había entronizado en el hueco de la escalera de acceso a la clínica, y por mediación de una joven británica, maciza y de cornalona pechera (cornigorda en cuanto al grosor y veleta en cuanto a la dirección), que de tapadillo visitaba al sabio galeno de cuando en cuando, pudieron saber que nuestro paciente nombraba, en inglés, aunque de forma incipiente, los principios contables inmutables del debe y el haber, así como otros conceptos estadístico-económicos. Luego, y de sopetón espetó de corrido: “hardware... software”, seguido de los consabidos web, web, que la inglesa tradujo al castellano como instrumentos, cacharros, prospectos; tela de araña, red de computadoras
entretejidas...

Pero, por aquellos tiempos, en España aún estábamos maridados con los italianos de las máquinas de escribir Hispano Olivetti.

El asunto se complicaba. Y así llegó el décimo tercer problema.

No obstante lo anterior, en el Madrid de los primeros años setenta había solución para todo. De prisa y corriendo, nuestro biografiado fue inscrito en la afamada Academia Caballero, de calle santa Bárbara que, en un santiamén, lo inició en el mundo de las ciencias físicas, químicas y matemáticas. La gramática castellana, la geografía y la historia. Y por si le hacía falta con miras al futuro, se le instruyó también en el significado de los “Gritos de rigor”; de la consigna “Por el Imperio hacia Dios”,

de que el Caudillo era como “un héroe hecho padre” y de la verticalidad de los sindicatos. Asunto espinoso en el que nuestro joven se resistía a entrar de lleno. De las enseñanzas religiosas se encargó, como no podía ser menos, su madrina que lo introdujo en lo más profundo del aún reciente debate conciliar: en la santa y esclarecedora pugna entre el cardenal holandés Suenens y el italiano Ottaviani. En las vicisitudes ecuménicas del eminentísimo Lázaro Agagianian y del altísimo y brillante papel que desempeñaron los cardenales españoles, como lo fueron igualmente en Trento, algunos de ellos asesorados sabiamente por el químico y farmacéutico don José María Albareda y Herrera, Procurador en Cortes y destacado sacerdote, numerario del Opus Dei.

Claro, para este trajín hubo que vender la casa familiar y una hacilla de olivar que poseían en el perdido pueblo andaluz, trasladándose definitivamente a la capital de España.

Se instalaron en el madrileño Barrio de la Concepción, nombre muy acorde con el legendario y accidental engendro del joven en el bidet, a pesar del lavado genital con auténtico jabón Lagarto y la eficaz desinfección del Lizól.

Por aquél entonces los madrileños se sentían como lo que eran y les correspondía en la jerarquía ciudadana de la vieja Hispania. Eran capitalinos y como tales se expresaban en Castellano, pero como les daba la gana. Los demás españoles eran “de provincias”, y por eso ellos podían decir en exclusiva Madriz, porái, morros, la dije, Coruña o Palos de Moguer, y como taco menor: jolín, por citar algunos ejemplos. Nuestro joven, para no ser menos y no seguir haciendo el ridículo, se acostumbró pronto a hablar fino, cambiando al pronunciarlas las casi dobles eses por las más elegantes ces. El problema surgió cuando indiscretamente se le escapó y dijo que era

andaluz: “andaluces: ¡Fuleros!” Respondieron a coro sus compañeros del colegio privado san Estanislao de Kotska, donde había sido inscrito para estudiar el bachillerato internacional, dada su facilidad natural para el inglés. Pronto, los profesores y psicólogos del colegio notaron la inclinación natural del educando por la contabilidad y por la aún incipiente informática. A cada instante pintaba, en la libreta escolar, una raya horizontal y en el centro de ella otra vertical. Y con toda la solemnidad de que es capaz un contable en ciernes, ponía en mayúsculas los consabidos: debe y haber, al principio y al final del trazo horizontal. Para más claridad respecto a la gran vocación natural por estas dos materias, su madre con la que aún dormía, aunque en camas diferentes, se sobresaltó más de una vez cuando de madrugada, dormido, vociferaba: “efectos a pagar”, “proveedores”, “librador, librado”, “método hamburgués”, sin haber estudiado aún contabilidad.

Nuestro protagonista se libró de servir a la Patria: nada más verlo en la Caja de Reclutas lo mandaron para su casa. Daba hasta pena mirarle el escroto y el pene. Las cejas, su cabeza y la cintura, así como los desaforados pies. Con un simple vistazo lo despacharon para el pueblo, sin practicarle pruebas ni impertinentes preguntas.

Del san Estanislao pasó sin ningún problema a la Escuela Universitaria de Comercio, donde con altísimas calificaciones consiguió el título de Perito Mercantil. Dado el gran triunfo académico el abuelo, abrochándose el cinturón un ojal más, pagó un suculento cocido en Lhardy. Decían que allí se comía el consomé mejor cocinado y más caro de España. Había escuchado que necesitaban para su confección un kilo de carne de vaca retinta, otro de jamón serrano, un capón y un kilo de verduras frescas por cada tres litros de agua, así como gramo y

medio de azafrán en hebra, quince granos de pimienta negra y una cabeza de ajos con los dientes mondados. Pero la verdad era que el abuelo se enteró, no se sabe donde, que allí provocó un “lamentable” incidente la promiscua Isabel II y también había servido para fundar, o casi, entre paté, cocido y vino tinto de la casa, la primera y la II República española a la que él tanto amó. Y ya le quedaban seguramente muy pocos días de vida. Ni que decir tiene que también asistió al ágape la ex-esclava-oblata, madrina y casi tía que de tan satisfecha como estaba se zampó nada menos que dos consomés y otras dos raciones de arroz con leche, sin que fuese posible que probase los garbanzos pedrosillanos andaluces, el repollo de la huerta valenciana, la morcilla asturiana, el chorizo segoviano, el lacón gallego y el tocino murciano, amén de gallina del Ampurdán, el agua del Lozoya y la sal de San Fernando, pues así dicen que se hace allí el afamado cocido que sirven. En cambio, consintió la tía adoptiva que el ceremonioso camarero, ataviado de negro con camisa y delantal muy blanco y ajustado, escanciara en los consomés un pequeño chorrillo de solera vieja, que expresamente traían de las bodegas Blázquez de Jerez.

Con su flamante título universitario en la cartera, nuestro amigo pateó todos los bancos, cajas y cajas rurales asentadas en la capital, dejando su brillante currículum. Pero pasaron días y más días y no fue llamado por nadie.

“¡A los bancos y a las cajas no se entra por tener un brillante currículum, se entra por un buen enchufe, como siempre! En esos negocios no te pagan para que pienses ni decidas a la vista de un balance. Si tienes los dedos ágiles para escribir a máquina y llevas corbata, eso sí, anudada a diario, se conforman”, le espetó despiadadamente un compañero de la escuela universitaria.

Aunque parezca mentira, aquel desbocado y mal compañero le había facilitado la clave del asunto. Velozmente fue al establecimiento que en el centro de la villa y corte tenía un amigo. Era un establecimiento bien decorado, minimalista, con espejos fabricados con tan alta tecnología que los que se miraban en ellos apenas podían percatarse de las arrugas de sus maltratadas epidermis. Alargó las manos a su amigo, que comenzó como de costumbre alabando sin medida sus bellísimos dedos, largos y ágiles, coronados por uñas alargadísimas de natural y rosada porcelana. Durante todo el rato hablaron de meteorología y de los muertos en las carreteras, de los socavones que día sí y día no se abrían en las calles céntricas de Madrid. También salió a relucir, para eso fue al establecimiento del estilista, del problema que tenía para que se le emplease en alguna entidad de crédito. Terminó pidiéndole, con brusquedad pero con absoluta franqueza, que le ayudase a encontrar trabajo, pues sabía de la calidad de sus clientes, algunos de ellos encumbrados en las altas finanzas.

Mientras charlaban del grave problema personal, entró en el establecimiento una señora como de unos treinta y cinco o cuarenta años, delgada y morena. De aspecto distinguido y mirada bella, pero vaga. Nuestro amigo fue informado de inmediato que la señora procedía de distinguidísima y rica familia hispano-filipina, separada ya de un marido y casi de otro. Con hijos de ambos y que, al parecer, por aquellos días se las entendía con un alto directivo bancario.

¡Jolín, que buena ocasión!, se dijo nuestro biografiado. La elegante señora, a pesar de su aparente falta de visión, se percató de la extraordinaria belleza de aquellas manos, quedando cautivada por las uñas de porcelana. Para observarlas

mejor se acercó al sillón ocupado por el técnico mercantil, dada la amistad que le ligaba al profesional de los peines y tintes.

Como sin quererlo, pero adrede, nuestro atribulado joven le espetó sin miramientos: “señora, urgentemente necesito entrar a trabajar en el banco que preside su amigo don Miguel. Usted puede hacerlo, y de hecho sé que lo hará. Señora, ¡me pongo en sus manos! ¡Me encomiendo a usted, nada más que a usted! Por favor...” No pudo continuar; se le rompió la voz.

Sin pensárselo, la gran dama asintió a la vehemente y dolorida solicitud con un ligero movimiento afirmativo de cabeza. ¡Se había quedado prendada de aquellas uñas; Sacó de su Loewe de piel de pecarí una delgada Dior dorada, para garabatear en una diminuta tarjeta, ligeramente rosada: “Cariño, atiende al portador, te recompensaré mañana cuando nos volvamos a ver donde tú sabes. Un beso” La pequeña cartulina le abrió de par en par las herméticas puertas del banco. De inmediato comenzó a trabajar como jefe de logística en el estratégico departamento de valija.

La noche antes de incorporarse a su puesto de trabajo no pegó ojo. Soñó que la contabilidad y el inglés se le habían olvidado. La gastroneuría que padeció al entrar en la universidad le volvió y los nervios le destrozaban el estómago. Las alteraciones de la cenestesia se reanudaron, pues a pesar de poseer los genitales más pequeños que su urólogo había visto en su vida profesional, los orgasmos fueron aumentando desmesuradamente en duración, intensidad y periodicidad.

En el banco, y a los pocos días de estar calentando el sillón, súbitamente sintió como si le envolviese el cuerpo una llamarada abrasadora pero agradabilísima, acompañada por demoledor trancazo, que le recorrió desde las uñas de los

deformes pies hasta la cabeza, erizándole el pelo que le quedaba. Su faz quedó petrificada formándosele rictus de gárgola que padeciese satiriasis. Nuestro jefe de valija quedó exhausto y sin respiración, a la vista de lo cual una subordinada entradita en años se ofreció a reanimarlo practicándole un boca a boca completo, con lengua y todo. Pero no hizo falta. Súbitamente repitió el espantoso espasmo tres o cuatro veces.

El infeliz dejó de existir, sin haber podido siquiera recitar fervorosamente una jaculatoria, de las muchas que le había enseñado su madrina. Marchándose de este mundo como había llegado: musitando quedamente web. web. Web.

El médico de empresa aconsejó que se le practicase la autopsia y la Comisión Ejecutiva del banco, el Comité de Empresa y los sindicatos, para evitar suspicacias, también la exigieron.

El resultado de la exploración forense fue categórico y sin la menor duda. Nuestro biografiado había muerto de un fatal multiorgasmo administrativo, inducido por un padecimiento crónico de priapismo indetectable, dada la pequeñez del miembro viril.

Que según los doctores aniquila la vida de uno por cada treinta y ocho millones de oficinistas, cifra que casualmente coincidió con la población de nuestro país en aquel año.

Descansen en paz él y su abuelo, que lo acompañó también en el trance final, falleciendo precisamente aquel primaveral catorce de abril, de sus efemérides la más querida y añorada.

Una rosa roja, recién cortada, y anudado al largo tallo un lazo de color morado jamás faltó en sus respectivos nichos, en el

cementerio de su olvidado pueblo andaluz. Allí nadie supo nada, pero todo el mundo se enteró.

El manuscrito de Oplontis

Anónimo

“Quibus enim nihil est in ovis ad bene beatêque uiuendum, eis omnis aetas grauis est; qui autem omnia bona a se ipsi petunt, iis nihil malum potest uidêri, quod natûrae necessitas adferat. Quo in genere in primis est senectus; quam ut adipiscantur, omnes optant, eandem accûsant adepti; tanta est stultitiae inconstantia atque peruersitas!”

Marco Santángelo leyó fascinado el manuscrito que deposité en sus manos nada más llegar al yacimiento de Oplontis. Echó un vistazo al cofre de vetusto cuero repujado y descubrió atónito el legajo de papiros y tablillas enceradas; y un muestrario de lamparillas de terracota, jarros de boca trilobulada, guardaperfumes, ungüentarios de pasta vítrea; y frascos con restos sólidos de sustancias venenosas, al parecer.

El doctor Santángelo es inspector arqueológico, antropólogo y catedrático de Filología Clásica de la Universidad Federico II de Nápoles. ¡Lo que se dice un soltero de oro! Además de su ingente labor académica y arqueológica, actualmente coordina un prolijo “trabajo de campo” paleoantropológico: recopilar las miles de inscripciones existentes en los muros de Pompeya; grafitos, reclamos publicitarios de particulares, lemas con propaganda electoral...

Il dottore intenta recuperar todo ese acervo de voces del pasado, darnos la oportunidad de conocerlas y a través de ellas ponernos en la piel de los habitantes de una ciudad romana de hace veinte siglos. Individualmente parecen sólo mensajes

improvisados y sin importancia, exteriorizados a tenor de un sentimiento repentino; pero enfocados en conjunto, son testimonios anónimos de una espontánea humanidad y documentos únicos para la reconstrucción de la sociedad en la primera Época Imperial. Son una fuente inagotable para estudiar las formas y estilos de escritura, las caligrafías, las lenguas utilizadas o los modos gramaticales y sintácticos empleados.

Ofrecen una fotografía del habla real, muy alejada de la culta o formal.

Me llamo Lucía Sampaolo, y a instancias de la Superintendencia Arqueológica, dirijo las excavaciones de Oplontis: el yacimiento romano próximo a Pompeya. En primer lugar, he de reconocer mi más ferviente admiración personal por el profesor Marco Antonio Santángelo, un viejo y gran amigo de mi etapa docente universitaria en Nápoles. Hoy he pedido a Marco que se desplace hasta aquí, a la Villa de Popea en Oplontis, hoy Torre Annunziata, justo al lado de Pompeya. Necesito su ayuda para descifrar y traducir una serie de tablillas y papiros que he hallado esmerada y hábilmente consignados en un arca; en el interior de un falso muro en una estancia de la residencia de Popea Sabina, la segunda esposa de Nerón. Esta villa romana emergida de las cenizas de la erupción del Vesubio, ofrece una extraordinaria oportunidad de estudio. La villa de Popea es uno de los más bellos ejemplos de residencia imperial, tanto por los suntuosos murales y esculturas que la adornaban como por su posición sobre el mar Tirreno. En realidad, toda la zona del Vesubio viene siendo objeto, desde hace tiempo, de las más fascinantes investigaciones científicas de la historia.

¡Hoy ha sido un gran día para mi! Después de años de dedicación, el nombre de Oplontis y el de Lucía Sampaolo saltarán de la mano a los noticiarios y a las publicaciones especializadas en arqueología. ¡Un milagro! Aunque a decir verdad, el auténtico milagro ocurrió en agosto del año 79 d.C. Los estertores de la erupción del Vesubio, con sus últimas coladas de lava ardiente, rozaron en paralelo el muro y la ventana de la estancia donde apareció el arca, si bien su flujo no la arrolló frontalmente. Las nubes de gases incandescentes llegaron sin apenas fuerza para expandirse y destrozar los maderos de la ventana y el propio muro, de tal modo que la oleada piroclástica no causó destrucción, sino que envolvió el entorno con su manto de material volcánico. Al solidificarse la preservó en una cámara herméticamente sellada durante siglos.

-De los tratados de Marco Tulio Cicerón, algunos se extraviaron o se conservaron parcialmente –explicaba magistralmente el profesor Santángelo, para satisfacer la curiosidad de mi equipo: sus nuevos y ávidos pupilos-. Cicerón elevó la lengua latina a su perfección mas alta. Es el máximo representante de la oratoria y la retórica. Este fragmento corresponde sin género de dudas al Capítulo II de uno de sus Tratados Morales: De senectute. En él se nos dice que la felicidad del hombre radica en los bienes interiores y que la auténtica dicha consiste en la virtud y en seguir la naturaleza, según los dictados de la filosofía estoica.

-¡Buenos días a todos! -saludó Pietro Fergola, el Superintendente de Pompeya y Oplontis, con muestras evidentes de buen humor-. ¡Marco! ¿Qué alegría verte por aquí? ¿Y tu trabajo? ¿Alguna novedad?

-¡Buenos días, Pietro! Novedades tengo a diario. Aunque, como ya sabes, Pompeya y las ciudades del Vesubio se excavan

desde hace más de doscientos cincuenta años, y fue entonces cuando se desenterró un tesoro tras otro. ¡Pero bueno, el hallazgo de Lucía no es una bagatela, es un regalo de los dioses!

-¡Enhorabuena Lucía! Nos ha felicitado a todos el Director regional de Bienes y Actividades Culturales de Campania -añadió con toda la pompa y el boato, mi jefe superior Pietro Fergola.

-¡Muchas gracias! -contesté un poco azorada, antes de realizarle un rápido bosquejo de lo acontecido-. La verdad es que ha sido una suerte que los manuscritos cayeran en mis manos. Yo estaba limpiando con mis bastoncillos humedecidos, la suciedad de los frescos parietales de esta estancia. Como ya sabes, los locales interiores pertenecientes al servicio, suelen estar decorados con sencillas franjas amarillas y azules; pero aquí por el contrario, es evidente el gusto por los artificiosos trampantojos del Segundo Estilo, y ello queda patente en esta suntuosa falsa puerta enmarcada por columnas y coronada por retratos. Encaramada al andamio y en plena labor de limpieza, me detuve un instante en la delicada decoración de la puerta falsa. Y comprobé con estupefacción que en realidad no era una puerta simulada, sino auténtica y real, de madera ricamente decorada y con idéntica pátina, textura y tonalidad que todo el fresco. Con sumo cuidado conseguí abrir la puerta y allí... en el interior de un diminuto habitáculo, encontré este inesperado tesoro.

-¡Señorita Sampaolo! ¿Podría ver su famoso “cofre del tesoro”? -bromeó Marco, sabedor de que yo había reclamado su presencia allí justamente para eso-. Lo cierto es que después de leer el primer texto de Cicerón, estoy impaciente por echar un vistazo al resto. Veamos; “...Sulpicius Galba in Hispaniam

Ulteriorem missus est: ...populus... Lusitanus contra eum surrexit et Galba victus est...”. Habla de la perfidia de Galba. Relata el momento en que Galba al ser derrotado por los Lusitanos, convocó al pueblo para una repartición de tierras, pero al final los engaña y mata a la juventud. Viriato surge y la rebelión lusitana se encona. Nada nuevo: el viejo Galba y sus métodos gangsteriles.

-Marco –reclamé su atención-, supongo que el arca pudiera ser una especie baúl-biblioteca o el exiguo depósito de utensilios y enseres de algún habitante de la villa de mediados del siglo I, pocos años antes del cataclismo del 79 d.C. Los manuscritos parecen ser de Época Imperial y algunos de Época Republicana. Los volúmenes están bellamente ilustrados y magníficamente conservados. Una vez analizados, sabremos si hemos recuperado algún célebre texto perdido. Pero lo más extraño, son estas tablillas de roble del tamaño de una postal, muy bien conservadas también, pero con una caligrafía más irregular, producto de un estilo apresurado y trazo más sinuoso. Santángelo, consumado grafólogo, comprendió en seguida que aquello no era un copia manuscrita de algún conocido autor latino, sino que tenía todo el aspecto de un diario, una misiva o un relato epistolar. Empezó a leer con la celeridad que le permitía su pericia traductora, pero con la cautela que el caso requería y la dificultad añadida de la ilegible letra del atropellado relato manuscrito. Desbrozó sus primeras líneas con fruición, hizo una pausa y guardó un momentáneo silencio antes de realizarnos una escueta sinopsis.

-Además de un enardecido relato de los agitados tiempos de Nerón, parece ser una epístola...

Tras la primera toma de contacto, Santángelo dejó sus chanzas a un lado y realizó una inmersión tan profunda en el manuscrito, que dejó de atender a mis preguntas. Acabada su

lectura, nos confesó el estilo audaz del manuscrito. Impresionado, olvidó que se encontraba entre arqueólogos y no entre estudiantes universitarios.

-Entre griegos y romanos la palabra stylus, significaba el punzón que se usaba para escribir en las tablillas enceradas. De ahí pasó a designar el conjunto de rasgos que caracterizaban la obra del autor, escuela, época o género. ¡Y es curioso! Conforme avanzaba en la traducción –nos seguía ilustrando Marco- la narración casi esquizofrénica del autor y algunos diálogos de sus vivencias se alternaban por sorpresa, y se me aparecían escenificados al estilo Quo Vadis?, ¡ya sabéis!, la célebre novela del polaco Henryk Sienkiewicz, adaptada varias veces al cine. Y en los iniciales títulos de crédito de este peculiar guión manuscrito sobresalía por encima de todo el nombre de su protagonista: Esporo, el esclavo amante de Nerón.

Escuchad, escuchad atentos su narración...

Aquél que lea estas líneas, sabrá por lo que en ellas relato, que soy Esporo, el esclavo amante del Nerón; uno de entre los muchos y muchas amantes que tuvo a lo largo de su corta y extravagante vida.

Mis desgracias, burlas e incluso humillaciones en público comenzaron tras la muerte de Nerón, en el instante en que accedió al poder el emperador Galba, amargado general y enemigo acérrimo de Nerón. Desde los primeros días de su entrada en Roma, Galba fortaleció y acrecentó su reputación draconiana de hombre avaricioso, cruel, despiadado y sin atisbo de munificencia en su senectud.

Por mi condición de castrado y sobre todo por mi proximidad a Nerón, tras la muerte de su esposa Popea Sabina, soy motivo de mofa y desprecio. Mis enemigos me zahieren con sus miradas y me alancean con sus insultos.

La historia arrojará sus luces y sus sombras sobre Roma y sus césares. Yo desde mi posición, he sido partícipe de la parte más oscura y siniestra. No estoy orgulloso de mi vida licenciosa e infame, ni de las injusticias y oprobios que en estos años he visto cometer y que yo mismo he cometido; pero lo cierto es que en el estertor de mi soledad y escarnio público, quisiera dejar constancia del destino despiadado que propició mi ascensión al lado del ser más depravado y poderoso del mundo. Víctima de mi propia decadencia, desfallecido, amilanado y sin fuerzas; mi flaqueza es incapaz de soportar semejante hostigamiento.

La decisión tomada está, pero antes de ejecutarla, he de finalizar la narración de los acontecimientos que me han llevado a esta abyecta postración, mitigar mis lacerados estigmas y asomarme por última vez al espejo de mis miserias. El arsénico... o la cicuta, mortales venenos y sempiternos compañeros de viaje de esta parca misiva, habrán de esperar camuflados entre guardaperfumes y ungüentarios en el escondrijo secreto que mi fiel amigo, el liberto Polibio, me confió antes de ser liberado por el amo. Allí los custodió al lado de pliegos de volúmenes y rollos de papiros, y junto a los inefables versos que Nerón, el más ufano y jactancioso de los mortales, me dedicó con auténtica devoción. ¡Masoquismo en grado superlativo, el mío! Sí, la poesía y la música fueron sus eternas pasiones, al mismo tiempo que un puro suplicio para los que debíamos soportar esas histriónicas interpretaciones y estruendosas composiciones, que tenían la innegable virtud de

exacerbar el ánimo de sus coetáneos súbditos y cínicos aduladores por “imperativo legal”.

El manuscrito en que recojo éstas, mis últimas impresiones, constituye mi testamento final: el arrebatado relato de un mísero esclavo, cautivo de la ambigüedad y de los turbulentos designios de esta era de esclavitud. Por extrañas circunstancias, fui el amante esclavo del emperador Nerón; igualmente cautivo del Imperio, por los caprichosos designios de su estirpe. Realmente fueron nuestros coincidentes senderos, pedregales de ominosa e irreductible soledad.

Generaciones venideras: sed testigos de lo efímero del poder y de lo vano y superfluo de la mundanal gloria. ¡Os lo suplico, recordad mi nombre: Esporo! Soy un esclavo joven, pero un espíritu castigado y envejecido por las crueles circunstancias. La historia siguiente no me pertenece, pues nunca poseí cosa alguna de valor, más bien pertenece a Nero Claudius Caesar Augustus Germanicus: Nerón.

Nerón tenía diecisiete años cuando a pesar de su patente desinterés fue proclamado Imperator. No ambicionaba el poder, pero fue empujado al detestado trono imperial por su madre. Se consideraba por encima de todo un genial artista, pero su papel lo habría de interpretar en la aborrecida “escena” de intrigas palaciegas y luchas intestinas entre las diversas facciones. Tras su coronación, sus consejeros Séneca y Burro intentaron tomar las riendas de la política que tanto aburría al joven e inexperto César. Pero Agripina, su Augusta madre, lo había encumbrado a la cúspide de la casa imperial y reclamaba para sí el derecho a detentar todo el poder. Pero... hasta llegar ahí, primero hubo de hilvanar su perversa estratagema.

Agripina fue mujer ambiciosa en extremo, y esta ambición la llevó a conspirar en su día en contra de su hermano Calígula; con el cual no tenía inconveniente en mantener relaciones incestuosas, como tampoco lo tenía en mantenerlas con su propio vástago, a quién ella en su día hizo un hombre. Aquella primera traición fue descubierta y le costó el exilio. Después de la caída de Calígula y la llegada al poder de su tío Claudio, concluyó su largo destierro. Contrajo segundas nupcias, pero poco después su consorte murió, envenenado por Agripina: impenitente emponzoñadora y conspicua confabuladora.

Por entonces el emperador Claudio, al descubrir las traiciones de su infiel esposa Mesalina, ordenó la ejecución de la Emperatriz y dejó el camino expedito para contraer nuevo matrimonio con su sobrina Agripina, en contra de la opinión del Senado. Ella se había ido ganando la confianza del ingenuo Claudio, y finalmente consiguió su propósito: el título de Emperatriz y luego el de Augusta. “¡Un peligroso escorpión se esconde bajo las sábanas del tálamo nupcial!”, solía bromear jocosa y abiertamente Nerón respecto a dicha boda.

El siguiente paso consistió en introducir a su hijo Nerón en la línea de sucesión Imperial. Con astucia y hábiles ardides supo convencer a Claudio, el viejo bobo, para que designará a Nerón como único heredero; en detrimento de su propio hijo Claudio Tiberio Germánico, conocido como Británico. El desdichado fue apartado del trono, y más adelante, para evitar que algún día obtuviese el favor popular, fue envenenado.

Una vez asegurado el trono para su hijo, Agripina asesinó a Claudio con un plato de setas venenosas.

Otra vez el maldito veneno ejerce de omnipresente sicario. Droga tóxica y pernicioso, esencia nociva, y huso letal e

invisible que devana los hilos de las siniestras y elevadas ambiciones de la corte imperial.

Yo, Esporo; súbdito de distintos amos y señores, cumplí con resignada obediencia los mandatos de quienes para alcanzar sus más ruines y miserables fines, segaban con la infame sustancia las vidas que se cruzaban en este siniestro camino de aniquilación y exterminio; disuelta en los más succulentos manjares, o disfrazada de las más diversas y perspicaces formas. Fui testigo de tales atrocidades en la corte de Nerón...

-¡Ave, Divino César! –saludaba con ironía Claudia Octavia a su malhumorado esposo Nerón, que reclinado en el diván del triclinio coqueteaba sin pudor con Actea, joven liberta y antigua esclava de Octavia.

-¡Salve Octavia! –le respondió a regañadientes, a la vez que prestaba atención a los sonos del arpista y devoraba con la mirada a su bella concubina, la siria Actea.

-Nerón, sublime César y marido fidelíiiiiisimo, es un secreto a voces que por las noches, la joven Actea te ayuda a conciliar el sueño en tu inquieto lecho. Quizá así, con tan grata compañía mantienes alejados los fantasmas de mi venerado padre Claudio y de nuestro hermano Británico; víctimas propiciatorias de Agripina, súmmun de la iniquidad y de la avaricia –acusó abiertamente a su Augusto esposo, que ni siquiera se inmutó.

-¡Querida Octavia, soberbia esposa a la par que hermanastra!: me congratula tu valor, pero me resulta aburrido y poco apropiado discutir estos asuntos privados ante esclavos e invitados. ¿Acaso he hablado yo de tu evidente imposibilidad de darle a Roma un heredero? –le replicó con desdén-. Además

voy a estar ocupado en la composición de singular oda para la exótica Actea. Es una lástima que mi Augusta madre no valore sus virtudes y me otorgue su aquiescencia. Estoy seguro de que llegaría a ser una espléndida emperatriz. Su valía e idoneidad están fuera de toda duda. ¿No lo crees así querida Octavia?

La constante y atrevida desfachatez de Octavia encolerizaba a Nerón y a Agripina. En la Domus Áurea –la “Casa de Oro” construida a instancias de Nerón– eran de sobra conocidas las sibilinas artimañas de madre e hijo, y pronto Octavia pagaría cara su arrogancia ante tan potentes y efectivos adversarios. En múltiples ocasiones, Octavia se salvó de morir por estrangulamiento a manos del propio Nerón. Pero esta vez, los acontecimientos se precipitaron y Octavia fue desterrada y repudiada alegando su esterilidad; y finalmente fue asesinada a la edad de veinte años, acusada fraudulenta y paradójicamente de adulterio. El pueblo llano de Roma, siempre conocedor de la verdad, simpatizó hasta el final con la vilipendiada Octavia.

Sin embargo, antes que ella cayó Agripina; víctima de la traición de su hijo y de su propia ignominia. Nerón, harto de las amenazas maternas, planeó su desaparición con la anuencia de su entorno fiel. Pero Agripina, la mayor de las envenenadoras, se había hecho inmune al veneno gracias a la droga theriaca, un sofisticado remedio para todo y especialmente eficaz como antídoto contra envenenamientos. Sus ingredientes y su preparación eran un secreto bien guardado. Nerón que gozaba de muy buena salud –sólo se indispuso tres veces en catorce años– también utilizaba dicha droga, cuyos principales componentes eran *Cannabis sativa*, con propiedades alucinógenas, y *Papaver somniferum*, rico en morfina.

Así pues, Nerón maquinó matar a su progenitora con sórdidas invenciones burdamente diseñadas, como esconder, sobre el

dosel del baldaquín de su lecho, pesados maderos que habrían de caer sobre ella mientras dormía, o fingir el naufragio de su liburna en el mar para que muriese ahogada. Al final no consiguió más que sendos fracasos, pues no era empresa fácil matar a tal arpía. Las arpías, hijas de Neptuno, son monstruos con rostro de vieja y cuerpo de buitre. La cólera celeste no engendró jamás seres más horribles ni azote más temible: desprenden un olor infecto y corrompen todo lo que tocan. Ciertamente yo pude apreciar en ella esa divinidad maléfica portadora de calamidades.

Enervado por la sagacidad y astucia de la arpía, Agripina fue directamente ejecutada a manos de un centurión. Nerón justificó el matricidio con el mayor cinismo, alegando un supuesto suicidio de su madre al verse sorprendida en una conspiración tramada contra él. Dijo: “¡El escorpión, viéndose acorralado, decidió infligirse la punzada mortal de su aguijón, cuya púa tantas veces padecieron sus indefensas víctimas!”

Nerón no pudo casarse con la liberta Actea, pues su madre lo impidió a toda costa. Actea había sido su nodriza, antes que su amante, y Agripina nunca toleró que una esclava liberta, ocupase el trono imperial y el corazón de su idolatrado hijo. Tampoco obtuvo tal beneplácito su nueva concubina, la pompeyana Popea Sabina, pero tras la desaparición de la implacable progenitora nadie se opuso a este matrimonio. Doce días después de repudiar a Octavia, casó con Popea, la joven de Campania a la que amó caóticamente.

Yo fui notario y partícipe de esa pasión turbulenta...

-¡Dióforo...Polibio... Esporo! ¿Cumplisteis mi mandato? ¿Se ha vertido ya la leche de quinientas burras en la natatio? –Los siervos de Popea sin pronunciar palabra asintieron con la

cabeza-. Quiero verla rebosante de blanco líquido. En mi Villa de Oplontis también solía tomar baños de leche. Las termas de la villa disponen de una reducida pileta, pero el goce de sentir el dulce y suave tacto de la leche es el mismo.

A mis ojos, los del invertido Esporo, la visión que a menudo contemplaba me resultaba divina y deliciosa. Popea Sabina se sumergía totalmente desnuda en la tersa albura de la piscina. A pesar de su oronda figura, la de una mujer encinta de su segundo hijo y en avanzado estado de gestación, su envidiable feminidad la convertían en una diosa provista de empiresos encantos. Venus emergente de la espuma de un níveo y lácteo mar, diosa de la belleza y del amor; sojuzgó mi atormentado corazón y dejó cincelada una huella indeleble en los recovecos de mi alma. Guardo memoria nítida de aquellos días. Su blonda y voluminosa cabellera recogida en minúsculas y doradas trenzas le daban un aspecto inocente. Yo, el obsceno amante de Nerón, sentía una ilícita pero leal pasión hacia una mujer: la mujer del Emperador. La confusión de mi homosexual naturaleza había alcanzado límites inimaginables, rayanos en el paroxismo. Mi inesperada ambitendencia era capaz de travestir mis más límpidos anhelos en lascivos, tórridos y acuciantes impulsos de poseerla. Además para mi afeminado regocijo, todos reconocían en mi una gran similitud con Popea Augusta. En efecto, mi mujeril rostro era el vivo retrato de Popea. Por este motivo, Nerón “jugaba” conmigo en muchas ocasiones y se divertía vistiéndome con las púrpuras túnicas de Popea. Ello me obligaba a usurpar el puesto de mi idolatrada emperatriz y a acatar los deseos sexuales de su promiscuo esposo.

Aquella noche de infausto recuerdo, de madrugada, aconteció algo trágico y demencial; que nos marcaría a todos cuantos nos encontrábamos en los baños del palacio de Nerón, la “Domus Áurea”.

-¡Por Júpiter! ¿Dónde estás Popea? -vociferó Nerón en el interior de la estancia termal.

Eran evidentes en su tambaleante caminar los efectos del dulce y afrutado vino del Vesubio que Popea le hacía traer desde su tierra campana: Pompeya. Siempre tenía un humor de perros, y ello acentuaba una atmósfera de enorme represión, en la cual siervos y demás miembros de la corte, temerosos por sus vidas, evitaban a toda costa cruzarse en su camino y ser así presas fáciles de sus ataques de ira.

A medianoche, cuando Nerón volvía de una de sus juergas nocturnas, fue víctima de una emboscada. La agresión fue repelida por su guardia pretoriana, que abortó el magnicidio. El fallido atentado y su embriaguez acrecentaron si cabe su iracundo proceder. Popea visiblemente enfadada con Nerón, adoptó la pose de una furiosa ménade y le contestó con acritud.

-¡Salve, César Augusto! ¿En qué estado llegas, que no me ves? ¡Estoy aquí, junto a la natatio! Esporo me complace con sus sensuales masajes y perfumados ungüentos, antes de ayudarme a ceñir la túnica. ¡Puaff...! Hasta aquí llega el tufo de tu pestilente presencia. Lástima que Esporo no te acompañase...

-SSSsss,¡calla, insoportable mujer!,ahora mismo no tengo el ánimo propicio para aguantar tus deplorables gracias –le conminó Nerón de manera enérgica y disimulando las señales inequívocas de sus ebrias correrías-. Esta noche han atentado contra mi vida y ese es el motivo de mi tardanza. Además, bien sabes que al joven Esporo lo retuviste adrede toda la tarde, aquí junto a ti. ¡Por mí, puedes hacer uso exclusivo de sus reservados encantos, si te place! Dices que soy un monstruo y un tirano, pero eres tú, querida Popea, la que sometes a mis

súbditos predilectos con tareas onerosas, como llenar piscinas con vasijas de leche de burra. ¡Por no hablar del suntuoso e irreverente capricho de exigir calzado de oro para tus mulas!...No entiendo esa enfermiza obsesión por tales bestias.

-Mi única obsesión es reclamar un paraíso perdido y borrar para siempre estos horribles momentos. Desde que quedé encinta, consuelas tu voraz apetito sexual de cualquier modo y con todo tipo de depravadas personas: jóvenes eunucos o indeseables meretrices de lupanar. Eres más despreciable que esas bestias mías de las que hablas. Esta noche solicito a los dioses que tus enemigos no te dejen indemne y no yerren sus atentados en lo venidero. ¡Pido a Júpiter Todopoderoso, que les conceda precisión certera para que sepan dirigir sus mortales dardos contra ti! ¡Lamento desde lo más hondo de mi ser, que no me hayan traído la noticia de tu pérfida muerte esta misma noche! –Cuando ya se retiraba a sus aposentos, se aproximó a su esposo y tras el protocolario e hipócrita ósculo imperial al César, le escupió airadamente en el rostro.

Nerón totalmente fuera de sí, descargó un potente puntapié en la tripa turgente y fecunda de Popea, y acto seguido desató un torrente incesante de violencia infinita sobre el cuerpo de Popea, que cayó inerte al pavimento termal de mosaico. Le propinó una brutal paliza en forma de patadas y coces, con el ímpetu y la furia de un irritado equino, de una bestia con sandalias de oro, como las acémilas que él tanto denostaba. Con su furibundo ataque provocó el aborto de su hijo nonato y la muerte de Popea, mi platónica pasión.

Nerón, arrepentido, lloró amargamente su muerte, y mandó organizar un fastuoso funeral en su honor.

Fue entonces cuando volcó toda su atracción sobre mí, el joven travestido Esporo, asombrosamente parecido a la difunta Popea. A partir de ese instante, me llamó “Popeíta”, y ordenó mi castración para quedar totalmente convertida en mujer. Al castrarme me desposeyó de genitales masculinos y al matar a Popea me arrancó la única pasión que experimenté como hombre. Me hizo abandonar la túnica de esclavo y comencé a vestir como tal señora. Paseaba en litera y recibía del Emperador espurias muestras de cariño y agasajo.

Después tomó como tercera esposa a Statilia Mesalina. Para apropiarse de ella, asesinó a su marido...

El tiempo, el devenir de los acontecimientos y la vorágine de sediciones, lenta pero inexorablemente le hizo perder sus apoyos en el Senado y en la guardia pretoriana. Nerón no pudo contener la incipiente sublevación y fue declarado enemigo público. El Senado retiró todos sus poderes y los transfirió a Galba. Nerón huyó y se ocultó de la conjura en una villa cercana a Roma. Por su miedo cerval a que le infligieran cruel suplicio según las leyes antiguas, pidió que una mano amiga le librase de esa tortura, ya que no tenía los arrestos suficientes para quitarse la vida por sí mismo. Momentos antes de morir, él mismo censuraba su propia cobardía y me exhortaba a mi, Esporo, a lamentarme y llorar por él, y me pedía que yo me matase primero para que con mi ejemplo le insuflara valor para morir. Sólo cuando escuchó el galope de los jinetes que ya se aproximaban, aceptó por fin la oferta malintencionada de mi mano, sedienta de venganza. Con la misma malasangre que él utilizó al matar a Popea, sin apartar mi vista de sus enloquecidos ojos, hundí el gélido acero de la daga en su garganta, muy lentamente para alargar su agonía y paladear mi revancha. Nerón expiró justo cuando entraba en el cubiculum el centurión armado con la gladio. Moría a los treinta y dos años.

Lo acontecido con mi persona, es de sobra conocido. Galba quiere destruirme, pues no quiere dejar huella de la era neropopense. Antes de que sus centuriones lleguen a mi celda, en la Villa de Popea, los dioses me otorgarán el arrojo supremo que no tuvo Nerón, para que sea mi propia mano la que me tienda el elixir de la manumisión y arranque de mi este aherrojado yugo. Aquí en la villa de verano de Popea, hoy propiedad de mis últimos amos que la compraron con todos sus esclavos; aquí, definitivamente, ubicaré mi morada final...

Marco y Lucía, después de haber traducido las tablillas enceradas y haber realizado una copia, charlaron entusiasmados durante toda la tarde. En el ático napolitano de Marco, sentados en el confortable sofá de mimbre de la terraza acristalada; disfrutaban de un onírico atardecer frente al Golfo de Nápoles. De repente les devolvió a la realidad el inoportuno fragor de una televisión, que los desconsiderados vecinos escuchaban a toda voz en la terraza del piso inferior. Un informativo daba en exclusiva la noticia del descubrimiento en la Villa de Popea, entre otros, del bautizado como... "Manuscrito Neropopense de Oplontis: unas tablillas de Época Imperial con abundantes revelaciones sobre la etapa neroniana. El texto no aporta excesivas revelaciones históricas, pero supone un documento sobrecogedor de la vida de un refinado e instruido esclavo; y hace brillar en la punta de sus afiladas flechas, las aristas del veneno y del cautiverio. Desborda la desazón de su pasión maniatada y el hecho de que Esporo sólo fue libre al poner fin a sus días..."

Con renovados ojos, el profesor Santángelo dirigió su mirada perdida a la sonriente Lucía, que se regocijaba en la agradable ocupación de contemplar la puesta de sol napolitana en la apacible ensenada de la bahía homónima. Absorto en sus

pensamientos, Marco tuvo que admitirlo: la arqueóloga, con sus inmensos ojos azules, había logrado excavar el yacimiento profundo y fragoso de sus sentimientos. Mientras tanto, de idéntico modo que Popea Sabina al penetrar en la espuma de su baño lechoso, los rayos del astro crepuscular antes de hundirse, con sus áureas y “sabinas” trenzas, dieron un nuevo brillo al majestuoso piélago y a la mirada agasajadora de Marco. El ocaso prestaba sus acabados fulgores al cono volcánico del Vesubio, que así se erigía en el pebetero de los albores de una latente y sublimada relación. Marco y Lucía habían hecho el mejor descubrimiento de sus azarasas y solitarias vidas. Marco decidió en aquel momento compartir con Lucía el anónimo graffiti pompeyano que esa mañana había traducido así:

Nada dura eternamente.

El sol que resplandecía en lo alto
se sumerge en el mar.

Y la luna, llena antes, se convierte en una hoz.

La furia de los vientos suele devenir brisa ligera.

Rosas blancas y orquídeas color de rosa

El cielo está completamente azul, no parece que sea una mañana de Diciembre.

El coche traga kilómetros alegremente. La temperatura de su interior invita a disfrutar del paisaje, dando una sensación cálida y agradable.

Tras una curva cerrada aparece el paraje donde está la vieja casa de los abuelos. Rústica y hermosa, un poco desconchada, pero conservada en medio de su pequeño paraíso. Grandes chaparros, chopos y una hilera de sauces junto al río.

Una mullida alfombra de hojas secas cubre el camino y los alrededores de la casa. El contraste de la luz espléndida que proyecta el sol arranca los colores ocres y tierra del paisaje.

Bajo del coche. Hace frío, un frío helado que se cala hasta los huesos como siempre nos pasa a los malagueños cuando salimos de la ciudad. La temperatura de Málaga hace que nos pase desapercibido el crudo invierno del interior. El ruido del agua, junto con el canto de los pájaros, hace que me alegre por haber tenido la feliz idea de venir sola delante de los señores de la inmobiliaria que van a comprar la finca.

Una gran curiosidad se apodera de mí, surgiendo deseos de interrogar a cada hoja, zarza o piedra. Quiero que me cuenten cosas de mi padre niño.

Me pregunto por qué estuvimos tan pocas veces en este lugar. Siempre eran los abuelos (sobre todo la abuela) quienes nos visitaban a nosotros en la ciudad.

Cruzo el patio de piedra y la puerta principal, abro las ventanas. Aquello no está tan mal, mi padre pagaba una mujer para cuidar la casa. Su larga y penosa enfermedad le habría hecho descuidar ese detalle, pero, al parecer, la buena señora había seguido fielmente limpiando y manteniendo vivo aquel lugar. ¿Habrá que pagarle? – supongo-

Continúo abriendo ventanas. Todo está limpio y cuidado, como esperándome.

Entro en la cocina. La nevera funciona, hay comida y bebida. Escucho pasos y me sobresalto.

- No se asuste señorita, soy yo, Manuela. ¿Usted es Naia, verdad?

- Sí

- ¿Y usted?

- Soy la vecina, vivo a un kilómetro de aquí. Cuidaba de sus abuelos y al morir ellos, Antonio, su padre, quiso que siguiera cuidando el cortijo. Cuando empezó su enfermedad, vino un día y me dio instrucciones, sabía que cuando el.... Bueno, no le he dado el pésame. Siento mucho su pérdida. Adoraba la casa y quería que todo estuviese perfecto cuando usted viniera.

- Muchas gracias

- ¿Va a vender la casa, verdad? Debería antes conocerla a fondo. Aquí están sus raíces y los recuerdos de la niñez de su padre, juguetes, fotos...

- Manuela, ¿hay fotos de mi padre niño?

- Sí. Está todo en la sala alta, en el dormitorio de sus abuelos y la habitación de enfrente que era el dormitorio de Antonio. Allí está todo tal y como su abuela lo guardó siempre.

Manuela se marchó no sin repetirme cien veces que la llamase para cualquier cosa. Ella estaría pendiente.

Subí la escalera y recorrí la casa. Es bonita, amplia y acogedora. Me asomé a la ventana de la cámara. Ésta daba a la parte de atrás. La vista es impresionante, transmite paz. Respiré hondo llenándome los pulmones de aquel aire puro que me relajaba profundamente. Montañas al fondo, parecían nacer unas de otras, como una deformación hermosa que con sus grandes y abultadas protuberancias formaban un paisaje silencioso y esperanzador, lejos de los ruidos y el ajetreo de la ciudad.

Paseé por los alrededores descubriendo rincones, plantas, aromas y sonidos nuevos. La mañana pasé plácidamente, disfrutando de la paz y la soledad deliciosa que todo aquello me proporcionaba. Tenía apetito y decidí comer algo sentada en la chimenea, que Manuela había dejado encendida. Caí en la cuenta que que todavía no había visitado la habitación de mi padre.

Había sido muy duro perderlo de esa manera tan terrible, viendo como se consumía, tan alto, tan esbelto como era, se había quedado pequeño. Perdió su hermoso pelo negro y el color sonrosado de las mejillas. Grandes ojeras habían ensombrecido durante mucho tiempo sus lindos ojos color miel.

Al final de la enfermedad se quedó ciego. Fue terrible. Por otra parte, eso le ahorró el terror de ver su imagen, tan cuidada siempre y tan bella, al grado de deterioro que pudo llegar. Él, tan presumido, no hubiese soportado mirarse al espejo en aquel estado.

Las lágrimas inundaron mis ojos y tuve conciencia en ese momento de cuanto le iba a echar de menos y lo sola que me ha dejado.

Me puse de pie de un impulso y subí corriendo la escalera. Abrí la puerta y entré en la alcoba. Un retrato grande llamó mi atención: mis abuelos muy jóvenes posaban junto a un macetero, la abuela sentada con un niño gordísimo de la mano y el abuelo de pie, con una mano sobre el hombro de ella y otra en el brazo del niño.

Ese niño debería ser papá, ¡pero bueno! Abrí de par en par la ventana y sí, efectivamente, eran los rasgos de papá, pero... si él siempre fue muy delgado, no tuvo ni siquiera la típica barriguita que tenían todos los padres de mis amigas.

Mi padre siempre lucía guapo, esbelto e inmaculadamente peinado. Vestido muy moderno, elegante. Cuando iba a recogerme al colegio, yo siempre presumía de él. Incluso en el Instituto me cogía de su brazo orgullosa, era como un Dios.

Rompí desesperada en llanto. ¿Qué iba a hacer sin él? Había sido todo en mi vida: amigo, maestro, consejero, líder, caballero, padre, hermano, amor, orgullo.

Mamá, con sus celos enfermizos, decía que era excesivo el amor que nos teníamos. A veces, creo que tenía celos hasta de mí.

Estaba muy enamorada de él, pero los celos no la dejaban vivir. Lo cierto es que tenía motivos. En una ocasión se puso enferma en el trabajo y al llegar a casa, cuando abrió la puerta del piso, sintió jadeos y allí estaba su marido haciendo el amor, encima de la lavadora. Pobrecita, le dió un ataque de nervios y hasta se desmayó.

Tenía locura por él y le perdonó una vez más. No había sido la primera y tampoco sería la última. Pero mientras vivió, lo hizo en su infierno particular, perdonando siempre. Jamás tuvo valor para afrontar sus infidelidades y abandonarlo. Siguió a su lado. Él la mimaba tratándola con mucho cariño, ella se hacía miel con sus caricias y olvidaba una y otra vez.

Su gran error fue buscar refugio en el alcohol. Al final éste paso factura, como era de esperar. Nos dejó joven todavía. Mi padre la lloró bastante, la quería y mucho, pero a su manera.

Continué examinando la habitación. Una cama pequeña de forja, un cuadro de la Virgen, sobre la mesita de noche, un portafotos donde había un niño de primera comunión. La foto amarillenta refleja unos rasgos muy familiares y muy queridos, pero como... si hubiesen inflado la cara que yo conocía. En un rincón un caballito balancín que parecía muy nuevo, como si no se hubiese usado nunca.

El arca oscura y grande, en el otro extremo, tenía la llave puesta. La abrí y empecé a sacar ropa, pantalones, camisas, jerséis de muchos tamaños, tallas de un mozalbete hasta llegar a las diminutas prendas de un bebe.

En el fondo, tapadas con una manta de cuadros marrones, dos cajas de cartón estaban cerradas y pegadas con unos precintos hechos con tiras de muselina blanca y goma.

Estaba helada, cogí las cajas, bajé la escalera buscando el calor de la chimenea. Sentada en una chillona mecedora calenté mis manos acercándolas a las brasas mientras miraba las cajas de cartón que había soltado en el suelo, una sobre otra.

No sé cuánto tiempo estuve así. Había lagunas y algo misterioso en todo lo que concernía a mi padre. Nunca quise pensar en ello y algo me decía que dentro de aquellas cajas estaba la respuesta.

Busqué unas tijeras en la cocina y volví junto a la chimenea decidida a ver de una vez que había escondido en el fondo de las viejas cajas. Me costó abrirlas. La abuela no quiso destruirlas pero sí parecía que quería esconderlas bien para que nadie pudiese ver que contenían.

Aquello parecía no tener sentido: pañuelos de seda, braguitas de encaje, muñecas, muñecas de trapo. Parecían estar hechas seguramente por la abuela. Había varias, unas más pequeñas y otras un poco más grandes, todas perfectamente vestidas con lazos, encajes y vaporosos vestidos, aunque un poco apolillados, se adivinaban cuidadosamente hechos por una mano femenina. La más bonita (aunque muy amarillenta parecía la mas vieja) era una linda bailarina de ballet. Su tutú y

las zapatillas de seda debieron ser blancos en otro tiempo, pero no les afeaba el color rancio y sepia que habían cogido a través de los años.

En la otra caja encontré postales de mujeres hermosas, con velos, plumas y sombreros grandes y llamativos. Hojas de papel roído y amarillento contenían dibujos hechos por una mano infantil, parecían fantasías, diseños de una niña delicada y sensible, tan femeninos y pastosos que rozaban la cursilería.

En el fondo dos paquetes de cartas cuidadosamente empaquetadas y atadas con una cinta azul. Deshice la lazada disponiéndome a leer, suponiendo sería ésta la correspondencia que papá sostuvo con la abuela a lo largo de los años.

CARTAS A MAMÁ

Cogí la carta que estaba arriba, para descubrir enseguida que ésta no había pasado por Correos. El sobre amarillento (como todo lo demás) no tenía escrito más que una palabra: MAMÁ . La solapa del sobre estaba despegada. Dentro, una cuartilla cuidadosamente doblada. Comencé a leer.

20 de Diciembre de 1948

Mi querida mamá:

¡Que bueno!, ya se leer y escribir gracias a su infinita paciencia, con solo ocho años, sin apenas haber tenido maestro, puedo disfrutar de la delicia de los libros, el mundo maravilloso que ellos me muestran y que existe fuera de este nuestro paraíso particular.

Esta mañana usted me pidió que la tarea de hoy consistiría en escribir una carta para los Reyes Magos. No sé cómo podría hacérsela llegar, por ello he pensado dirigirla a usted, que seguro sabrá como hacer para que llegue a su destino.

Señores Reyes Magos de Oriente: no sé la opinión que sus Majestades tendrán de mi comportamiento. Supongo que si lo hice bien podrán consentirme un poco y traerme el regalo que yo deseo.

Hace unos días leí el cuento del Soldadito de Plomo. Me gustaría tener un tutú como la bailarina y unas zapatillas de satén blanco, pero como soy un niño gordito, seguro que no me quedaría bien el traje de la bailarina. Podría ser una buena idea que traigan también una muñeca para que yo pueda vestirla con el traje y soñar que baila igual de suave y elegante que un cisne.

Me despido de ustedes con un beso y la promesa de ser bueno y no enfadar a papá.

Antonio

La lectura de esta carta despertó aún más mi curiosidad. La coloqué dentro del sobre y me dispuse a leer la siguiente.

15 de Enero de 1949

Mamaíta: No se sorprenda porque le escriba una carta aunque no me lo haya incluido en la tarea. Hoy quiero proponerle un juego.

Me hizo una buena gestión con la carta de los Reyes Magos y si usted me lo permite me gustaría hacer como si todos los días fuesen Reyes. Cuando yo tenga un sueño, un deseo o una ilusión, contárselo escribiéndole. Siempre es más fácil, pues cuando usted lea algo que no le guste yo no veré su gesto desaprobándolo. En cambio, usted cuando lo haya leído varias veces, lo entenderá mejor y podrá ayudarme a hacer realidad algunos sueños.

Quiero que le dé las gracias a los Reyes por mis regalos. El sable y el caballo supongo lo habrá pedido mi padre. Le prometo, mamá, que él no me verá nunca jugar con mi bailarina. Es preciosa. Sólo la saco del arca cuando él no está en casa.

Le quiero, madre.

Antonio

30 de Mayo de 1949

Buenas noches mamá:

Le queda poca torcía a mi candil, espero que aguante hasta que termine mi carta.

Hoy fue un día muy poco común. Madrugamos mucho y salimos hacia el pueblo temprano, apenas había luz del día, pero llegamos a tiempo a la iglesia.

Papá iba impecable con su traje gris, nunca le había visto así de bien vestido y usted estaba muy guapa con su vestido azul marino y los zapatos de tacón (son preciosos).

Yo iba impecable con mi traje blanco de almirante. Lo mejor de todo eran los galones dorados. Parecía un rey, me sentía guapo y orgulloso. Cuando los primeros rayos del sol hicieron brillar los adornos de mi chaqueta, me sentí realmente feliz.

Pero entramos a la iglesia y cuando vi a las niñas con sus trajes blancos y vaporosos, con el pelo anillado en tirabuzones y los velos de tul blanco adornándoles el rostro, perdió mi traje todo el interés, se oscureció el brillo y me vi basto, gordo y feo.

¡No quiero estar gordo, mamá! Cuando sea mayor iré a que un médico me opere y me corte carne. Quiero ser esbelto y ponerme faldas vaporosas, encajes, velos y tirabuzones, igual que las chicas que había hoy en la iglesia.

Se acaba la luz y tengo sueño .Hasta mañana mami.

Antonio

Se iba haciendo la luz, a medida que leía aquellas cartas, descubriría las tinieblas que siempre hubo en torno a la figura de mi padre.

Las cartas de papá niño sumaban veinticinco o treinta, y en todas ellas pedía a su madre muñecas, faldas, braguitas de encajes y cosas parecidas, como si mi abuela con esas prendas banales pudiese cambiar lo que en realidad contaba, que era su alma de mujer, cautiva en aquel cuerpecito rechoncho de pequeño hombre.

Hacía rato ya que era de noche, estaba agotada y tomé un vaso de leche caliente con galletas. Me fuí a dormir. Había sido un día demasiado fuerte y extraño. A pesar de todo, dormí mucho y muy tranquila. La paz de aquel lugar me hacía sentirme en casa, como si hubiese vuelto después de mucho tiempo.

Me despertó la luz del sol sobre mi cama. Después de una ducha el olor del café me llevó hasta la cocina.

- Buenos días, Manuela

- ¿Descansó usted bien, señorita?

- Estupendamente. Es como si no hubiese dormido nunca tanto. Hay tanta paz aquí. Voy a dar un paseo por el campo.

- Abríguese, que aunque el cielo está limpio de nubes, ha caído una fuerte helada y estamos bajo cero.

Anduve por el campo durante horas repasando mentalmente todo lo acontecido el día anterior. A la vuelta me senté de nuevo en la mecedora y continué con la lectura de las cartas.

Málaga 10 de Julio de 1960

Queridos Padres:

Espero estén más tranquilos. Conociendo el carácter de usted, papá, no me cogió de improviso su reacción al verme. Pero usted, madre, sí que me sorprendió, ya que siempre supo que yo odiaba ser gordo. Por supuesto, no me he cortado carne, ni mucho menos estoy enfermo. Sólomente hice una buena dieta y mucho ejercicio. Mis ropas van de acuerdo con la nueva moda, los sesenta será una década que pasará a la historia por el giro que esta dando la sociedad. La juventud ya no es como la de antes. Los tiempos han cambiando y espero que poco a poco ustedes lo puedan entender.

No estoy seguro que padre lea esta carta, pero dígame si no lo hace, que gordo o flaco, vestido de una manera u otra, yo siempre seré su hijo y les amaré sobre todas las cosas.

Quiero ser feliz e ir de acuerdo con mis ideas y mi forma de sentir, pero ello no será a costa de su infelicidad, para poder serles fiel, sé que tendré que sacrificar muchas cosas y hacer otras que irán en contra de mi naturaleza. Intentaré hacerlo de

la mejor manera para que nadie salga demasiado perjudicado, ni ustedes ni yo.

Les quiere siempre:

Antonio

Estaba claro que mi padre y mi abuelo no se entendían y en las cartas que seguían a ésta lo dejaban bien claro. El abuelo se avergonzaba de la forma de vivir de su hijo y por ello le visitaba en la ciudad, y papá se dejaba ver poco por el campo. Las posibles y bastante probables habladurías le tenían alerta, y la forma tan exquisita de vestir de su hijo le parecía poco decente e indecorosa.

Papá continuaba con las cartas a su madre. Ella era toda comprensión y amor, por ello él siempre la quiso con locura.

Málaga 1 De Septiembre de 1971

Sorpresa mamá:

Sé que la noticia que voy a darle hoy será para usted una gran e inesperada sorpresa, para padre en cambio será un respiro y una forma de aceptarme un poco más.

He conocido a una muchacha. Se llama Carmen, hemos congeniado muy bien y estamos a gusto juntos. Ella me entiende, igual que usted, y acepta mis inclinaciones sexuales, viéndolas como algo natural y congénito de lo que no puedo desentenderme.

Junto a ella veo un campo de posibilidades y esperanzas que me hacen sentirme liberado y a la vez en paz con la sociedad. Es la única persona, además de usted, que me comprende y me acepta tal y como soy.

Esta relación va a más y estoy seguro que será el eslabón que de alguna forma me unirá con los dictados de la sociedad y la mentalidad de mi padre, sin dejar de ser yo mismo. Gracias a ella podré tener una vida de acuerdo con lo que me rodea, sin traicionar mis propias convicciones.

Espero noticias de ustedes, un abrazo.

Antonio

Málaga 30 De Septiembre de 1971

Amados padres:

Una vez más me pongo delante del papel para comunicarme con ustedes y pedirles algo (como siempre).

En mi carta anterior les daba la noticia de que había conocido a Carmen. En ésta, quiero participarles mi deseo de que la conozcan. Por ello me permito la libertad de pedirles que nos inviten a su casa para que sea posible dicho encuentro.

Espero su invitación con la ilusión de verles pronto.

Su hijo.

Antonio

Málaga 9 de Abril de 1972

Papá, Mamá:

Sé que van a reprocharme que en los últimos tiempos me comunico poco con ustedes. Si sirve de justificación el trabajo y los preparativos de la boda me tienen muy ocupado.

Las cosas me van muy bien. Ya me dieron las llaves del piso. “El Palo” es un sitio precioso para vivir. Mi casa está situada en la séptima planta. A mí me encanta. Parece que puedo tocar las estrellas con las manos. Cuando me siento en la terraza tengo la sensación de ser tan libre, que casi puedo volar por encima de los tejados, junto con las gaviotas, surcando la orilla del mar y alcanzando el horizonte, con su vuelo suave y veloz, como la imaginación y el pensamiento, contemplo los árboles y las gentes, que sobre el asfalto parecen hormiguitas. Tengo la fuerte impresión de que me han crecido alas, desde aquí arriba planeo como un águila poderosa y gigante.

¡Me siento libre! Os quiero.

Antonio

Málaga 12 de Agosto de 1972

Madre mía:

Una vez más vuelvo a nuestra correspondencia particular, quiero destapar mi alma y desahogarme con usted.

¿Hermoso verdad? Muy hermoso fue el día de mi boda. Todo el mundo parecía feliz, incluso mi padre sonreía más de lo habitual, aunque de entrada no pareció gustarle mi atuendo (para no variar).

La Victoria resplandecía, el día de sol hacia brillar sus viejas piedras y dentro del recinto, junto a su maravillosa ornamentación, flores blancas, llenaban el retablo del altar mayor y el largo pasillo que conducía hasta él.

Carmen es feliz. Trato de hacerla sentir una mujer dichosa en su condición de recién casada. Pero ¿y yo?

Madre querida, soy como una gota de aceite en un cubo de agua. Me siento perdido y estoy solo, terriblemente solo.

Salimos mucho, también bebemos mucho. Embriagados por el alcohol y el deseo de huir de nosotros mismos vamos cayendo a un abismo de parodia y mentira.

¿Por qué? me pregunto cada día. Estoy viviendo una vida que no es la mía, me siento un intruso en toda esta historia y dentro de mi propio cuerpo.

Ayúdeme madre, estoy atrapado, la necesito más que nunca.

Usted es la única verdad, mi única y real verdad.

Antonio

Málaga 1 de Octubre de 1972

Querida mamá:

Como siempre sus cartas y la sabiduría de sus consejos han tranquilizado mi alma y han dado el fruto esperado.

Hoy mi carta es una paloma de esperanza: ¡Carmen está embarazada!

El anuncio de la llegada de mi hija (por que estoy seguro será una niña) ha cambiado el rumbo de mi vida. Trato de imaginar su rostro y su cuerpecito pequeño, aunque no consigo ver una imagen concreta, se me llena el corazón de ternura. Sólo de imaginar a ese trozo de mí mismo, puro e inocente, un ángel que llegará a nuestras vidas para marcar metas y llenarlas de ilusiones, una estela de luz, que iluminará los senderos tenebrosos.

Una ráfaga de aire fresco para despejar nuestras mentes, un sueño para hacer realidad los sueños, una bendición que encauzará nuestras vidas.

Madre, supongo que se pondrá a tejer patucos y vestiditos para mi nueva muñeca, la más hermosa, la mejor que nunca soñé.

Le quiero mucho madre.

Antonio

Continué leyendo cartas de nuevo hasta el anochecer, aunque ya en este punto había comprendido muchas cosas, entre ellas, por qué quería que su tumba estuviese rodeada de rosas blancas y orquídeas color de rosa.

La Escuela. Capítulo I

Y todo un coro infantil
va cantando la lección:
"mil veces ciento, cien mil;
mil veces mil, un millón"

Antonio Machado: Soledades

LA ESCUELA

Muchas veces he pensado que mi afición a la música y al canto debió de nacer en la escuela de Bórmigos donde nos pasábamos la vida cantando. Cantábamos los himnos del momento: Cara al sol y Montañas Nevadas. Cantábamos la tabla de multiplicar, los límites de España, los Ríos, las Cordilleras, las respuestas del Catecismo... Cantábamos canciones regionales del tipo de Asturias, patria querida. Y cantábamos, sobre todo, piezas religiosas como "De rodillas, Señor, ante el sagrario". Piezas que luego ampliábamos con doña Pía en la hora de Catequesis, especialmente con "Pequé, pequé, Dios mío", que iniciaba todos los días la doctrina, porque para doña Pía el pecado andaba por todas partes.

La escuela de Bórmigos era un inquieto revoltijo de niños y niñas de todas las edades tan pequeño y concurrido que muchos

pupitres de dos plazas estaban ocupados por tres alumnos. La maestra, doña Basilisa, multiplicaba sus fuerzas para atender a tan variopinto alumnado y, además de sentarnos agrupados por edades, dividía en tres columnas la pizarra, que era un enorme rectángulo negro pintado sobre la pared del fondo y bordeado de una franja amarilla, a modo de marco. En la columna izquierda de tan peculiar pizarra estaban escritos los números del uno al diez y las cinco vocales para que cada día las copiaran los pequeños, en la del medio, el abecedario completo y sencillas operaciones de cálculo o “cuentas” y en la de la derecha las operaciones más complicadas, las de los mayores: divisiones y fracciones a las que llamábamos “quebrados”. Arriba, en un recuadro de tiza, doña Basilisa escribía los deberes específicos de cada día de la semana de los cuales todavía recuerdo algunos: Los lunes carta y análisis, los martes dictado y problemas, los miércoles redacción, los jueves copia y numeración romana, los sábados Santo Evangelio.... Aquella rutina cotidiana se complementaba esporádicamente con conmemoraciones políticas o religiosas en las que se copiaba el texto de la enciclopedia Álvarez, para luego ilustrarlo y hasta interpretarlo, siempre ayudados por el celo y el afán de doña Basilisa. Las conmemoraciones más frecuentes eran de carácter político y ante ellas bullía de fervor patriótico el corazón de nuestra maestra: día del Estudiante caído, aniversario de la Fundación de la Falange, muerte de José Antonio, día del Caudillo, fiesta de la Victoria y otras cuyo recuerdo, afortunadamente, se me perdió hace mucho tiempo. Había también conmemoraciones religiosas entre las que destacaba el día de Santa Teresa, que era la patrona de la Sección Femenina, la fiesta de Todos los Santos con su premonitorio olorcillo a

castañas asadas y dulces de batata y el día de los Difuntos, que entonces no tenía para mí resonancias tristes porque la muerte me parecía algo así como un universo lejano, acaso la última estrella. Lo que menos nos gustaba a los alumnos era la lección que doña Basilisa mandaba todos los días, señalando en nuestra enciclopedia un fragmento que marcaba entre dos cruces de lápiz rojo y que, al día siguiente, debíamos recitar, como una salmodia, de pie, delante de su mesa, mientras ella sostenía una varilla fina y cimbreante con la que le daba livianos toques en las piernas a los que se atascaban o la decían a trompicones. Las lecciones eran casi siempre de Historia Sagrada o de Historia de España y había temas en los que era delito de lesa majestad atascarse o equivocarse, como por ejemplo, el Pecado Original, la Encarnación, la Virginidad de María, El Alzamiento Nacional y otros por el estilo. En aquellas lecciones salí siempre bien parada porque gozaba de una excelente memoria, aparte de que se me debía de haber contagiado algo del fervor patriótico-religioso de mi maestra, y las recitaba con énfasis, orgullosa de saberme portadora de valores eternos, aquella definición joseantoniana del hombre, que me sonaba tan bien y que tanto le gustaba repetir a doña Basilisa. Es verdad que el castigo que infligía la maestra era más bien comedido y disuasorio pero de todos modos no me hacía ninguna gracia la varilla porque producía un desagradable escozor en mis flacas piernas - patitas de gorrión, como me decía mi abuela- y sobre todo, porque los que estaban sentados se reían de los que no se sabían la lección y en consecuencia, se veían obligados a hacer extrañas piruetas con las piernas para esquivar la vara de doña Basilisa, aquel elemento de la clase tan importante que, cuando era exhibida

por la maestra durante sus paseos por entre los pupitres, propiciaba el silencio de los alumnos y al volver al paragüero del rincón se convertía en una mera advertencia de peligro

Con tales métodos, sólo los más avispados conseguían aprender la enciclopedia y pasar de la columna de la izquierda a la de la derecha, para repetirla luego, un día y otro, como una monótona demostración de la meta conseguida. Tanto tiempo me pasé haciendo las cuentas de la columna derecha que las terminaba en un santiamén y tenía mucho tiempo para dejar vagar mi mente. A veces le ayudaba a hacer los deberes a Remedios la del Guarda y, a cambio, en los inviernos ella me prestaba su lata de rescoldo, que nunca le faltaba porque su madre trabajaba en la tahona y le guardaba las mejores brasas del horno. Otras veces alquilaba un cuento, previo pago de un real que había que echar en la hucha de las misiones, una hucha de cerámica que representaba la cabeza de una chinita y estaba colocada sobre la mesa cuadrada del fondo, junto a los libros de lectura. Me gustaban aquellas historias porque en ellas habitaban parte de mis aventuras soñadas, como la de Peter Pan y Wendy, aunque prefería las de mi carpeta azul: cuentos de hadas y princesa, tebeos, como llamábamos a los cómics, y fotogramas de mis películas favoritas como una de Colorado Jim, de James Stewart por la que le había dado nada menos que una moneda de dos reales a María la Colombina. Con el tiempo, estas historias pasaron a un segundo plano y su lugar fue ocupado por la revista Florita, que intercambiaba con mi amiga Magda y, sobre todo, por Sissí con sus reportajes de cine, una especie de ventana a través de la cual se vislumbraba

un paisaje lejano y deslumbrante. La pasión por el cine me envolvía porque la pantalla reflejaba un mundo seductor, brillante e inalcanzable como las estrellas que, durante las noches de verano, veía desde el pequeño jardín de mi casa. Sin duda, ese era el motivo de que en mi carpeta azul durmieran gran parte de mis sueños: carteles de cine en miniatura que me traía uno de mis tíos de la ciudad, fotografías de películas recortadas de Sissi o de Can Can y cromos de un álbum llamado Estrellas de Hollywood, que mostraban la pícaro mirada de James Dean , la sonrisa seductora de Brando y el tupé reluciente de brillantina de Elvis Presley, un ciclón de aterciopelada voz ,cuyas canciones canturreaba mi amiga Magda en un inglés peculiar. Con Magda me unía, sobre todo, la afición al cine y ese vínculo nos permitía intercambiar cromos y revistas y soñar a dúo con ver, algún día, las películas de nuestros ídolos. Pero aquel cine ambulante, que los domingos aparecía por Bórmigos, casi nunca satisfacía nuestras ilusiones. Sus películas en blanco y negro, como la vida misma del pueblo, desconocían la existencia de nuestros ídolos y ofuscaban nuestras esperanzas. Entonces nos consolábamos viendo los fotogramas que reproducía Sissi o escuchando por la radio las canciones de Elvis a quien mi amiga Magda idolatraba. Hacía tiempo que ella cavilaba sobre la forma de conseguir la letra de la última canción de Elvis, Tutti Frutti, y, en mi afán por conseguírsela, me pasaba las tardes pendiente de la radio hasta que la espera daba sus frutos y la voz del rey del rock se dejaba oír en aquella canción de ritmo trepidante que la moda del momento traía una y otra vez a las ondas. Entonces copiaba un fragmento tan grande como mi capacidad de escribir me permitía y, cuando la cálida voz del cantante me

perdía en un vericuetto de palabras ininteligibles, dejaba de copiar para continuar en otra ocasión. Poco a poco, logré hilvanar, al fin, todos los retazos de la canción y, triunfante y victoriosa, se la entregué a Magda una mañana al llegar a la escuela. Incluso la canturreamos en el recreo y sonaba muy bien, pero el lunes siguiente mi amiga me la devolvió desdeñosa.

-Toma tu canción, pues no vale. La ha visto mi primo y dice que eso ni es inglés ni es nada.

El primo de Magda tenía toda la razón porque yo había transcrito los sonidos del inglés con los signos del español y el resultado tuvo que ser un galimatías de mil demonios pero Magda me dejó planchada con su desplante. Había puesto mi mejor voluntad para sorprenderla y si las cosas no salieron bien fue porque para mí, en aquel tiempo, todos los sonidos respondían a la misma grafía. Por otra parte, aquel embrollo en el que había convertido la letra de la canción de Elvis no quedaba mal al cantarla, así que me la guardé y la cantaba en mi casa y hasta en la clase, cuando doña Basilisa no me tenía en su punto de mira pues sólo hubiera faltado que me hubiese oído cantar Tutti frutti para completar la serie interminable de regañinas con las que solía obsequiarme de vez en cuando por charlar en clase, levantarme del pupitre o pasarle recaditos a mis amigas: “Julia, calla de una vez. Julia, siéntate. Julia, deja de reír.” Hasta creo que llegó a concebir la sospecha de que fui yo quien le puso el mote de doña Gallina, inspirada en una fabulilla que venía en el Catón Moderno.

Sin embargo, a la hora de recibir castigos de doña Basilisa por compararla con determinados animales, la palma se la llevó

Gregoria, que un día fue sorprendida in fraganti cuando pintaba en su cuaderno una liebre destartalada y hocicuda con el nombre de la maestra sobre las orejas. Estaba claro que ni Gregoria ni yo formábamos parte de aquella pequeña corte de favoritas de doña Basilisa, en la que había niñas buenas y aplicadas como Magda pero también alguna que otra metepatas como Evangelina a la que todos llamábamos la Chivata por su costumbre de contárselo todo a la maestra. Por eso, en numerosas ocasiones formé parte de otra corte menos distinguida y más numerosa: la de los castigados de rodillas, que se congregaban cada día alrededor de la mesa cuadrada en la que estaba la hucha de la chinita. Nunca fui una alumna dócil pero creo que, además, doña Basilisa se había trazado de mí un perfil erróneo desde el día en que llevé a la escuela un pájaro, metido en mi maletín. Lo había encontrado por la mañana en la puerta de Lola la del Estanco, exangüe y desesperado, con ese trino lastimero que tienen los pájaros arrancados del nido antes de tiempo, y durante un rato corrí detrás de sus pequeños vuelos rasantes hasta que lo tuve en mi mano y sentí en ella los golpes de su pequeño corazón y en mis ojos el miedo de los suyos pequeños, oscuros y brillantes, ese mismo miedo que había visto tantas veces en los ojos de los perros, a los que la insensibilidad de sus dueños mantenía atados en la puerta de los cortijos, y en los de los burros de los buhoneros, grandes y cansados como espejos marrones en los que se mirara la tristeza. Ya entonces para mí la vida era un mismo don, un único soplo vital repartido por todo el universo en multitud de cuerpos, diferentes en forma pero idénticos en su sensibilidad ante el sufrimiento. Sabía que los animales, al carecer del poderoso instrumento de la palabra, expresaban el

miedo con los ojos y con la huida. Un animal desvalido y asustado era un fragmento de vida que se resentía y por eso muchas veces yo había llegado a casa con gorriones caídos del nido, gatitos abandonados o perros callejeros. Mi padre me decía entonces: “Flaquita tú vas para granjera” pero me ayudaba a cobijarlos y a solucionar las molestias que su presencia ocasionaba en mi pequeña casa. En varias ocasiones habíamos tenido gorriones pequeños a los que alimentábamos con pan mojado en leche y granos de espiga, hasta que se hacían grandes y, a partir de ese momento, dejábamos la jaula abierta sobre el árbol del patio para que pudieran recuperar la libertad. Algunos permanecían, aún varios días dentro de la jaula abierta, antes de marcharse definitivamente, como resistiéndose a abandonar el que había sido su cobijo provisional.

Aquel día el pollo de gorrion permaneció en mi mano con los ojos tristes y el latir de su corazón atolondrado, a expensas de un destino que, en ese momento, dependía sólo de mí. No podía abandonarlo a su suerte en la mañana primaveral que ofrecía a raudales sus fecundos dones de los que el pobre pájaro no debía quedar excluido. Pensaba llevarlo a mi casa como había llevado a otros animales pero el momento no era el más propicio porque antes tenía que tomar determinadas precauciones: buscar una jaula, colocarlo en un lugar a salvo de Colilla, nuestra gata, que tenía una malsana predilección por los pájaros y convencer a mi madre de que el pobre animal no daría ningún problema en casa. Esa serie de trámites necesitaba un tiempo pero la campanilla de la escuela anunciaba

reiteradamente la entrada a clase y todos los niños corrían ya para formar fila ante el mástil de la bandera, como todas las mañanas. No era momento de perderme en conjeturas sino de meter al gorrión en mi maletín y continuar el camino hacia la escuela a donde llegué con el corazón tan acelerado como el del pobre pájaro. Y quiso la mala suerte que, al abrir el maletín para sacar el lápiz, el gorrión se me escapara y la clase se convirtiera de pronto en un agitado trasiego de niños que abandonaban sus pupitres con la intención de atraparlo y deambularon por los pasillos hasta que la campanilla de doña Basilisa puso fin a tanto desorden y el pobre animal cayó en manos de un tal Francisco al que llamábamos Quico. Éste se dirigió con el pájaro hacia donde estaba la maestra que, visiblemente enojada y en un tono tan severo como su mirada, le ordenó echarlo al tejado de la escuela para que se buscara la vida. A través de la ventana pude ver como el Quico lo lanzaba repetidamente hacia el tejado pero el gorrión era demasiado pequeño y no sabía remontar el vuelo sino que volvía a caer una y otra vez, hasta que en una de aquellas caídas se desvió hacia la derecha y siguió revoloteando a ras del suelo con dirección a la tahona donde lo cogería el gato de Herminia o cualquier otro gato de los muchos que merodeaban por los alrededores. Pensaba con tristeza en esa eventualidad cuando oí que la maestra nos dirigía una pregunta pronunciando las sílabas con deliberada lentitud en un tono claramente intimidatorio: “¿Quién ha traído un pájaro a la escuela para formar barullo?”

Aunque el miedo me atenazaba la garganta, estaba dispuesta a contarle todo, tal y como había sucedido, pero se me adelantó Evangelina, que dijo con cierto regocijo:

” Ha sido Julia”.

Doña Basilisa no quiso ni siquiera oír mi explicación. Muy enojada, me mandó callar y con un gesto me señaló el rincón de los castigados mientras afirmaba que hablaría con mi padre de aquel asunto. De rodillas, junto a la hucha de la chinita, notaba que las lágrimas se desbordaban de mis ojos hasta impregnarme la boca de su sabor salado y pensaba entristecida cómo era posible que alguien llegara a crearme capaz de llevar a la escuela a un pobre un pájaro, simplemente, para enredar la clase. En mi mano me parecía sentir todavía los pequeños golpes de su corazón, asustado acaso por el miedo a la muerte, esa aguja helada y cruel que atraviesa antes de tiempo el corazón de los seres desvalidos. Por la ventana entraba a raudales la primavera dejando en la clase el intenso perfume de los naranjos de la tahona, a la sazón plagados de azahar.

Aquel episodio desdichado estaba registrado en el diario que guardaba en mi carpeta azul con el siguiente título: Quince de abril, el día triste en que llevé un gorrión a la clase.

Pero la escuela tenía otro lado más amable. Allí estaban mis dos grandes amigas, Magda y Gregoria, con las que jugaba e

intercambiaba cromos durante el recreo o, a la salida de la clase, en la plazoleta del pueblo bajo las acacias preñadas de sol o de lluvia. Otros días íbamos a la puerta de la tía Ignacia para oír sus relatos de miedo o sus chascarrillos, y escurrir luego el bulto, cuando nos mandaba a la taberna de Roque para llenarle de vino una botella negra que escondía debajo de su delantal. Formábamos un trío perfecto. Magda era la más sensata, Gregoria, la más atrevida y yo la más intelectual. Cuando ideábamos alguna travesura, yo la planificaba y la diseñaba, Gregoria la ejecutaba y Magda sopesaba los pros y los contras y, si preveía algún riesgo, la vetaba.

Una tarde en la escuela, Magda Gregoria y yo hicimos un pacto de amistad. La idea había partido de Magda que escribió en una hoja de su cuaderno: “Seremos las mejores amigas del mundo toda la vida”. Debajo estampó su firma y nos pasó el papel para que hiciéramos lo mismo. Aquella especie de contrato me fue confiado después para su custodia, lo cual era una seria responsabilidad porque, según Magda, para que el rito se cumpliera el papel tenía que permanecer intacto toda la vida sin que nadie lo mancillara ni lo destruyera. Durante varios días le di vueltas a mi cabeza tratando de encontrar un lugar adecuado para la conservación de tan peculiar documento. Pensé primero en el desván pero enseguida lo descarté porque mi madre solía deshacerse de vez en cuando de los objetos inservibles. Después eché mano del viejo armario de la abuela aunque tampoco me parecería un sitio invulnerable. Fue uno de mis primos quien me ayudó a descubrir un lugar seguro porque él también creía que los sueños preservados moldean la realidad como las manos de un alfarero dan forma a las vasijas. Lo echaríamos a un pozo seco que había en la Cañada del Soto y

con este propósito nos dirigimos allí una tarde de julio, cálida y luminosa, mientras la abuela cabeceaba en la mecedora bajo el sopor de la siesta y tía Isa estaba distraída en la cocina escuchando canciones de la radio. El brocal del pozo me llegaba hasta el pecho pero no me fue difícil asomarme a él hasta perder mi mirada en la negrura de sus entrañas y sentir el vértigo de su profundidad. Tenía en mi mano una cajita de pimentón vacía que le habíamos cogido a la abuela y en su interior habíamos depositado el mensaje envuelto con el orillo de una tableta de chocolate y atado fuertemente con un hilo. Aquella cajita de hojalata con su ajustada tapadera parecía un instrumento seguro para preservar nuestro compromiso de amistad toda la vida y, por eso, cuando la solté de mi mano y la vi desaparecer por la boca negra del pozo y oí luego el chasquido metálico del choque contra las piedras del fondo, una especie de suspiro victorioso se escapó de mi boca ante la sonrisa complacida de mi primo. Dos niños asomados al brocal de un pozo, en medio de la canícula de julio, tratando de anudar afectos para toda la vida mientras el olor de las gayombas se mezclaba con el rumor del arroyo y luego se iba desvaneciendo en el aire a medida que nos alejábamos del lugar. Mi primo había tenido una gran idea porque, poco tiempo después, rellenaron el pozo con piedras y nuestro mensaje se quedó allí para siempre, cobijado en el seno de la tierra a salvo ya de cualquier contingencia.

Aquella promesa del papel tuvo su plenitud durante los años de la escuela aunque el origen de mi amistad con Magda se pierde en la noche de mi memoria. Las dos habíamos nacido en Bórmigos y, en el horizonte lejano de mis primeros juegos, siempre aparece ella como un sonrosado ángel de ojos verdes.

La amistad con Gregoria sólo fue posible algún tiempo después, cuando llegó a Bórmigos con su familia, cumplidos ya los seis años. Anteriormente había vivido en el campo y de esa época le quedaba un amor reverencial hacia la Naturaleza y los animales, que fue precisamente el germen de nuestra amistad, intensificada luego en los dos años de Catequesis durante los cuales compartimos las mismas zozobras, estando aún nuestra ingenuidad intacta e intocada nuestra fe. En aquellos dos años, Doña Basilisa, primero y doña Pía después fueron las encargadas de guiar nuestros pasos por los caminos de Dios y de hacernos soldados de Cristo, como le gustaba decir a nuestra maestra.

Gregoria y yo empezamos a ir a la Catequesis unos días después de Navidad y todavía no habíamos llegado a comprender totalmente aquello tan complicado del mundo, el demonio y la carne, cuando doña Pía nos contó la historia de Juanito, un niño que a veces pecaba y una noche murió durante el sueño y el demonio se lo llevó al infierno para siempre, siempre, siempre. Cada vez que doña Pía se refería al infierno repetía la palabra siempre por tres veces y a mí me entraban mil escalofríos porque me sobrecogía la idea de que la muerte me sorprendiera una noche con el alma llena de pecados, asunto éste nada difícil teniendo en cuenta que, según mi maestra, era pecado portarse mal en clase, desobedecer, decir palabrotas, pelearse con los hermanos, distraerse en la Misa, mentir. Hasta con el pensamiento se podía pecar. Y luego estaba lo que doña Pía llamaba los pecados del mundo: curiosear en el baile de los domingos, ver películas de mayores,

mirar las cúpulas de los perros callejeros. Yo no quería pecar pero en Bórmigos el pecado acechaba por todas partes y el final trágico de Juanito se incorporó al repertorio de mis cuitas como un nuevo descubrimiento de la ira de Dios. De aquellos días de Catequesis sacaba la conclusión de que Dios era un severo anciano de barba blanca y largas guedejas que castigaba a todo el que se desviaba de sus planes y su justicia me asustaba en las noches de oscuras pesadillas, sobre todo después de conocer la muerte nocturna de Juanito. No quería ir al infierno para siempre, siempre, siempre y en el punto más vulnerable de mi pensamiento tenía instalado el miedo al pecado, como una espina punzante. Muchas veces, a la hora de irme a dormir le preguntaba a mi padre si tal cosa era pecado y él sonreía, me daba un cariñoso pellizco en la mejilla y negaba cualquier matiz pecaminoso de aquellas pequeñas cosas. Pero, como doña Pía afirmaba todo lo contrario, siempre me quedaba la duda y entonces esperaba la llegada del domingo para hablar con don José, el sacerdote, o le rezaba a las advocaciones de la Virgen que me regalaba doña Basilisa. Sólo entonces me sentía tranquila.

En la escuela de Bórmigos había una costumbre muy arraigada que consistía en que la mejor alumna de Catequesis llevaba el estandarte de Jesús Sacramentado en la procesión del Corpus y estaba empeñada en conseguir ese galardón en homenaje a mi madre, a la que le hacían mucha ilusión las cosas sagradas, y también para satisfacer mi propia honrilla, pues yo no podía ser menos que Magda, que lo había conseguido el año anterior. Así que, con mis ojos puestos en la recompensa, contestaba antes

que nadie a las preguntas del Catecismo y siempre me llevaba los premios con los que doña Pía recompensaba a los que mejor se aprendían la doctrina. En poco tiempo mi carpeta azul se llenó de estampas, álbumes y revistas misioneras y estos pequeños premios disolvían en parte mis zozobras espirituales. En una de aquellas revistas leí la historia de la negrita Macumba, una niña muy buena que llegó a ser monja y, a partir de entonces, su historia se convirtió en la antítesis de la de Juanito y en mi modelo de conducta, pero un modelo difícil porque, aquel invierno, yo creía haber llegado a los últimos confines por el camino del pecado: mi abuela se quejaba de mi costumbre de chapotear los charcos, provista de botas y paraguas, al modo de Gene Kelly en Cantando bajo la lluvia; mi madre me tenía que llamar continuamente al orden por dar la guerra en casa. Y un día que llegué con el vestido roto y las piernas arañadas de jugar al escondite en el leñero de Herminia la Panadera, hasta mi padre, que siempre estaba de mi parte, me dijo muy serio: “Flaquita, te estás pasando de la raya.” Para colmo de mis pecados, me encantaba el cine y cambiaba cromos de películas con otras niñas, a pesar de las prohibiciones de doña Pía.

En la escuela las circunstancias parecían aliarse contra mí para conducirme también por los andurriales del pecado. Una tarde que doña Basilisa nos hablaba del alma, Gregoria, desde el pupitre de atrás, me dijo disimuladamente que el alma era un hueso que teníamos en el pecho. Me hizo tanta gracia su ocurrencia que la comenté con Remedios la del Guarda, que estaba a mi lado, y, como si la definición de Gregoria hubiese

soltado sobre nuestro pupitre a todos los duendes de la risa, Remedios se echó a reír estrepitosamente mientras se lo decía a Magda. La risa de ambas llamó la atención de doña Basilisa que se dirigió hacia ellas con cara de pocos amigos y le preguntó a Magdalena por el motivo de su risa. Mi amiga permaneció dubitativa durante unos segundos pero doña Basilisa volvió a hacerle la pregunta en tono aún más severo y ella, que no solía mentir y que posiblemente tampoco quería perder su estatus de alumna favorita, terminó por contar algo de lo que había pasado aunque es verdad que un poco contrariada. Remedios la del Guarda fue reprendida públicamente y conducida hacia el rincón de los castigados a golpe de vara y, cada vez que la varilla le daba en las piernas, doña Basilisa le decía: “El alma no es un hueso, el alma no es un hueso”. Al tercer o cuarto toque, Remedios, que era bastante quejica, no pudo aguantar más y, en un intento de detener aquel aluvión, de varazos gritó entre sollozos:

-Me lo ha dicho Julia.

Inmediatamente fui también conducida al rincón de los castigados al tiempo que la maestra me aseguraba que había cometido un sacrilegio, o sea un pecado de los peores, y que hablaría con mi padre aquella misma tarde. No me dio con la varilla en las piernas porque, en mi caso, doña Basilisa prefería amenazarme con contárselo a mi padre y tengo la impresión de que lo hacía aunque él nunca me dijo nada.

Otra vez volvía a encontrarme de rodillas junto a la hucha de la chinita, desde donde veía la mirada triste de Gregoria. Pero no la iba a delatar. Jamás delataría a Gregoria que era mi amiga del alma y con la que tenía firmado un pacto de amistad. Yo no era tan miedosa como Remedios la del Guarda ni quería ser una chivata como Evangelina. Así que, aunque para mí estaba claro que el alma era una cosa etérea e indescifrable y nunca se me había ocurrido pensar que pudiera ser un hueso, había decidido asumir ante todos el disparate de Gregoria porque la amistad estaba por encima de aquellos inconvenientes. Me dolían las rodillas pero no iba a llorar como el día del gorrión. Yo podía derrumbarme ante el destino fatal de un pobre pájaro pero no ante un simple dolor de rodillas porque, cuando sentía en mis carnes el alfiler de la sinrazón, me volvía rebelde y no quería que doña Basilisa me viera llorar o desfallecer para que no se sintiera satisfecha por la eficacia de sus castigos. Había niñas que, cuando estaban de rodillas, aprovechaban algún descuido de la maestra para relajar el cuerpo y dejarse caer sobre los talones pero yo estaba convencida de que aquello era una forma de claudicación y había desarrollado como medio de autodefensa una especie de desdoblamiento: Me refugiaba en mi mundo interior y en mi imaginación tal vez desbordada en ocasiones, pero gracias a ello, mientras mis rodillas se aplanaban contra el suelo, mi mente, ensimismada en sus fantasías, vagaba por los campos con mis primos en busca de frutos silvestres, trotaba con mi amiga Gregoria por las colinas de Bórmigos a lomos de Platero segundo, el burro de sus tíos, que en realidad, se llamaba Rufino, o pensaba en los actores de las películas de aventuras, que me esperaban en mi carpeta

azul. De ese modo el tiempo escapaba y el dolor de rodillas se hacía más leve.

De todas formas, las cosas no me salían siempre tan mal como el día del alma. Por ejemplo, pocos días después de este incidente me llevé el mejor premio que se dio jamás en la Catequesis: un gran almanaque de pared del Corazón de Jesús, que hizo las delicias de mi madre, aunque aquello no era más que un pequeño anticipo de la alegría que iba a sentir el día que me viera en la procesión del Corpus llevando el estandarte del Señor. Además, al entregarme el premio, doña Pía me dijo que yo era la mejor alumna del Catecismo pues había recitado, en un santiamén y sin titubear ni en una sola palabra, los siete pecados capitales y las siete virtudes.

Aquel año, a medida que transcurría la primavera, doña Basilisa y doña Pía desgranaban la doctrina cada vez con mayor presura como si quisieran rescatarnos definitivamente de las garras del pecado. La maestra nos contó el milagro de la Eucaristía que consistía en que cierto día, en la misa mayor de un pueblo cercano, las niñas que estaban atentas en el momento de la Consagración vieron cómo en la hostia se dibujaba la imagen del Niño Jesús sobre su cuna de pajas. Desde aquel día y durante mucho tiempo, la parte más frágil de mi corazón estuvo íntegramente consagrada al Niño Jesús y cada vez que el sacerdote levantaba la hostia durante la misa, yo miraba atentamente aquella forma blanca en la que sólo veía dos espigas enlazadas y las siglas de Jesús Hombre Salvador en el

centro. Entonces pensaba que las niñas del milagro seguramente vieron a Jesús porque no cometían pecados y, al compararlas conmigo, mi mente sufría vagando por las encrucijadas del remordimiento y la pesadumbre.

...Sigue en capítulo II

La Escuela. Capítulo II

Doña Pía nos enseñó a distinguir los pecados de dos formas: Según el órgano donde se producían podían ser pecados de la vista, de la lengua o del pensamiento y, según el agente inductor, pecados del mundo, del diablo y de la carne. Esta última clasificación era más difícil y si bien es verdad que los pecados del diablo los comprendimos desde el primer día, los del mundo y los de la carne fueron un enigma para nosotras durante toda la etapa de Catecismo y lo siguieron siendo, incluso varios años después de la Primera Comunión.

Satisfecha de sus enseñanzas, en los últimos días de Catequesis doña Pía nos hablaba insistentemente del pecado, del infierno y de un cielo bellísimo habitado por santos y ángeles a donde iban a morar las almas de los buenos para siempre, siempre, siempre. Y, cuando me ponía a reflexionar sobre ello, me perdía en mi propia languidez y en mis preocupaciones, ante la idea de estar cometiendo otro pecado, o incluso un sacrilegio, porque para mí, por aquellos días azules de la primavera, el cielo más bello que podía existir era el de Bórmigos.

Unos días antes de la Primera Comunión volví a zambullirme de nuevo en las inmediaciones del pecado. Estábamos en mayo y puse sobre el altar de la Virgen unas flores moradas que me había dado Frasquita la Chispa y que, según me dijo, tenían en

el centro la corona y los clavos del Señor. Aquello me pareció tan extraordinario que quise mostrárselas a doña Basilisa.

-Son pasionarias-le dije entusiasmada.

-Son rosas de pasión –me corrigió ella contrariada.

-No. Son pasionarias porque me lo ha dicho la Chispa que las tiene en su patio y por eso lo sabe bien –me atreví a replicar.

Doña Basilisa me miró muy seria y sentenció:

-Son rosas de pasión y en la escuela no se pronuncia para nada el otro nombre ¿entendido?

Yo, que no tenía entonces la más mínima conciencia política, pensé que mi maestra era más terca que una mula y di por zanjado el asunto. Con el silencio que se produjo después de sus palabras me llegaba, desde la calle, la voz de Jorge Sepúlveda en Mirando el mar, la canción que más le gustaba a mi tía Isa.

Y por fin llegó el día esperado por todos. La víspera ensayamos con doña Pía el momento de la confesión y el de la comunión y

por la tarde vino don José para confesarnos de verdad. Durante la mañana yo había escrito en un papel mi larga retahíla de pecados y los memoricé muy bien, tratando de evitar la posibilidad de que se me olvidara alguno. Así que, entre mi buena memoria y el ahínco con el que los estudié, me salieron de un tirón, recé de rodillas la penitencia que me puso el sacerdote y, después, con el alma henchida de felicidad, me senté en el banco para esperar a mi amiga Gregoria, que en esos momentos estaba confesando. Ahora había que tener mucho cuidado para mantener el alma limpia porque a la mañana siguiente íbamos a recibir a Dios como nos había recordado nuestra maestra. Pero no era un asunto fácil y, de regreso a casa, al pasar por la esquina de Paca la Carbonera, vimos a dos perros enlazados en aquella posición que doña Pía nos había prohibido mirar para evitar los pecados de la vista. Así que, apenas unos minutos después de confesar, Gregoria y yo, casi simultáneamente, pecamos con los ojos, pero, además, yo pequé con la lengua porque había sido Gregoria quien me había alertado de la presencia de los perros y por ello la llamé tonta. Incluso pequé con el pensamiento cuando empecé a discurrir que mi amiga realmente debía de ser tonta de remate por no haber guardado silencio ante una escena tan inoportuna. Aún resonaba en mis oídos la voz susurrada de don José diciéndome aquello tan enrevesado de “Ego te absolvo peccatis tuis” cuando, en apenas unos segundos, había pecado con la vista, con la lengua y con el pensamiento.

Más tarde, en mi casa, las cosas no fueron mejor. El regocijo de que en el día más grande de mi vida no me había tocado estar

sentada al lado Evangelina la Chivata, mi ancestral enemiga, y un conflicto armado con mi hermana Sole, que acabó con la paciencia de mi madre, me situaron en la conjetura de si no sería yo la niña más mala del mundo. Aquella noche me fui a la cama con la mente atormentada por la mancha del pecado y en el laberinto sin fin de mi pensamiento danzaba la historia de Juanito, el niño que se murió mientras dormía y se fue al infierno para siempre, siempre, siempre. Me despertaron las golondrinas del balcón que iniciaron sus trinos cuando la aurora disolvía a la noche y empezaba a filtrarse por las rendijas de la persiana. Entonces me di cuenta de que la preocupación de la noche anterior no se había desvanecido sino que permanecía intacta en mi cabeza y contaminaba mi inocencia con sus horribles agujijones como largos garfios de sombra. Con esa zozobra me levanté de la cama y, antes de que me vistieran de gala, copié mi nueva retahíla de pecados en una hoja de cuaderno que tenía dibujada una casa azul con su chimenea coronada por un alto penacho de humo. Lo primero que iba a hacer al llegar a la iglesia era confesar de nuevo y quería memorizar antes todos los pecados de la tarde anterior para que ninguno se me quedara en el saco. Pero aquella mañana don José no se fue hacia el confesionario sino que se dirigió directamente a la sacristía para ponerse los ornamentos de la Misa mientras un río de inquietud me brotaba en el pecho. En medio del perfume de las azucenas del altar y del canto del ¡Oh buen Jesús! entonado por el coro de beatas yo le daba vueltas al saco de mis pecados y le preguntaba disimuladamente a mi amiga Gregoria si ella había pecado mucho la tarde anterior.

-He hecho once pecados, contando el de los perros, aunque no pasa nada; se perdonan rezando un Padrenuestro -me susurraba tranquilamente, casi al oído, y recitaba a continuación la larga serie de sus últimas culpas.

Pero Gregoria enumeraba sus pecados con la misma naturalidad con la que contaba sus cromos, y esa tranquilidad, que transgredía todos los límites, me asombraba en extremo porque, en mi caso, las clases de religión de doña Basilisa y las largas peroratas de doña Pía habían logrado inocularme el bicho de la desazón que ahora se me estaba manifestando con total virulencia. En un momento determinado, como empujada por un resorte invisible, me levanté del banco, engalanado para la ocasión, y me dirigí a la sacristía donde don José se estaba poniendo el alba para celebrar la misa. Le dije que tenía que confesar de nuevo y el sacerdote me miró sonriendo, terminó de atarse el cingulo y, poniendo una mano sobre mi hombro, me invitó a decir mis pecados, allí mismo, de pie, delante de él. Pero en aquellas circunstancias mi mente se quedó como obstruida por una vergüenza invencible que me inmovilizaba las palabras. A través de la rejilla del confesionario la culpa se disfrazaba o se volvía anónima, pero allí, cara a cara, me resultaba impúdico decir todas las cosas malas que había hecho en unos minutos. ¿Qué pensaría de mí don José? ¿Cómo iba a decirle lo de los perros? No pude articular una sola palabra y entonces abrí mi librito de oraciones y le entregué la hoja del cuaderno con la casa azul arriba y la lista de mis últimos pecados en la parte de abajo. Aún recuerdo la sonrisa del

sacerdote en la mañana primaveral, tibia y rosada, como una mejilla adolescente

Limpia otra vez de pecados, regresé a mi sitio, arrobada mi alma por los cantos religiosos que seguían entonando las beatas y dispuesta a concentrarme en los momentos culminantes de la Misa. Pensaba que tal vez el Niño Jesús había esperado hasta aquel día para manifestarse en la hostia pero, cuando el sacerdote la levantó, solo volví ver lo de siempre: el blanco redondel con las espigas enlazadas y las siglas del Jesús Hombre Salvador en el centro. Entonces pensé que para Dios, como para doña Basilisa, yo no formaba parte del grupo de sus elegidos. Todo lo demás ya sí que fue como había soñado: la chocolatada en la escuela al lado de Gregoria, las felicitaciones de familiares y vecinos, los regalos, el vestido blanco como el de una princesa, el almuerzo con toda mi familia. Y, por encima de todo, la alegría de ser ya, de pleno derecho, soldado de Cristo, como había dicho don José en su sermón.

Unos días después se celebró la procesión del Corpus y el estandarte lo llevó Evangelina que desfilaba ceremoniosa, inmediatamente detrás del Señor, mientras yo iba en la fila de la derecha, triste y cabizbaja, con todas las demás niñas. Era verdad que en la escuela solía ser inquieta y revoltosa y a veces charlaba demasiado o me levantaba del pupitre sin permiso pero también había sido la niña más premiada de la Catequesis y, por eso, entre los pliegues más recónditos de mi pensamiento albergué, durante todo el tiempo, la trémula esperanza de ser

elegida. Tal vez no fue así porque en los dos años de Catequesis, para doña Basilisa, yo había cometido por lo menos dos pecados graves y un sacrilegio: llevé un gorrión a la escuela, dije que el alma era un hueso y llamé pasionarias a unas flores moradas que me había regalado Frasquita la Chispa. Yo era un auténtico desastre que jamás podría igualar a la negrita Macumba y estaba triste por ello. Pero lo que más me dolía era haber perdido la oportunidad de hacerle a mi madre el mejor de los regalos. Tenían razón todos los que se quejaban de mí.

El espíritu de soldados de Cristo que nos inculcó doña Basilisa en los dos años de Catequesis nos acompañó durante algún tiempo, hasta que la ingenuidad de la infancia empezó a dar paso a la adolescencia rebelde y el fervor místico se nos fue convirtiendo en tibia religiosidad a medida que el severo Dios de barba blanca se disolvía en un ente abstracto de difícil definición. Las estampas con advocaciones marianas que guardaba entre las páginas de mis libros fueron lentamente reemplazadas por fotografías de los actores de moda y una lluviosa tarde de invierno, descifré, casualmente, el enigma de los pecados de la carne. Durante aquellos años de cambios sucedieron muchas cosas importantes: James Dean murió en un accidente, Paul Newman se casó con Joanne Woodward y Marilyn Monroe se convirtió definitivamente en la tentación de arriba. Aún no teníamos conocimiento de que existía La dulce vida ni habíamos podido contemplar la mirada atónita de Mastroianni, ante la Fontana di Trevi, mientras Anita Eckberg hacía sus abluciones como una exuberante ninfa. Pero en

Bórmigos también ocurrían cosas que aunque no conmovieran al mundo sí que dejaban huella en nuestros pequeños corazones: Magda llegó a la conclusión de que quería ser actriz de cine y su modelo era Liz Taylor a la que incluso le daba un cierto aire. Su sensatez había llegado a términos sublimes, se volvió presumida y rehuía el abrigado cobijo del rincón de la plazoleta donde jugábamos a los cromos. Y una de aquellas primaveras, entre olivos en flor y trigales espigados, empezó a presumir de sus ojos verdes y a mover las caderas como Silvana Mangano cuando bailaba el baión. A Gregoria y a mí no nos hicieron ninguna gracia estas nuevas hechuras de Magda porque achacábamos a las mismas el hecho de que empezara a desertar de nuestras correrías y de que cualquier invitación al juego se estrellara contra su pose de diva. Para paliar la falta de complicidad de Magda llamamos a otras niñas pero ninguna tenía el carisma de Magda y el intento de incorporarlas a nuestros juegos resultó un fracaso. Entonces Gregoria y yo volvimos a nuestras travesuras, mano a mano, hasta que en mi sangre se despertó una especie de savia como la que hace brotar las yemas de los árboles y sentí que se me había roto la infancia y que una mano invisible me desalojaba de mi paradisiaco País del Nunca Jamás, igual que a un ángel malo, trazando una línea infranqueable entre aquel mundo perdido y mi adolescencia recién conquistada. Con la sensación de quien contempla un lejano esplendor derruido me dispuse a aceptar mi nueva situación: cambié el peinado de coletas y lazos por la media melena y los tebeos por libros de Colette y Glendon Swarthout y llené mi carpeta azul de fotografías de Paul Newman al que empezaba a ver como a un Dios griego cuyos ojos azules me turbaban. Yo tenía, además, un secreto

inconfesable que guardaba celosamente: me había enamorado de Marlon Brando y había colocado en mi habitación una portada de Sissi en la que aparecía caracterizado como Napoleón en la película *Desirée*. La vida se iba vistiendo de rosa a mi alrededor y la fortuna empezaba a sonreírme abiertamente: Juan, el hijo del maquinista, mi primer descubrimiento del amor en su estado más puro, se convirtió en uno de mis mejores amigos y en la dulce monotonía de aquel otoño recordaba la chispa divina de sus ojos. Por otra parte, Marlon Brando me había mandado una fotografía en respuesta a una carta que le escribí cuando descubrí que lo amaba. Tenía una camisa de cuadros y se había puesto su mejor sonrisa. Magda flipaba con aquella fotografía pero era mía y sólo mía y había venido desde California, a mi nombre, en un sobre alargado que tenía impresa con tinta azul la dirección del actor. Magda se parecería a Liz Taylor pero yo tenía una fotografía que me había enviado Brando desde América y que fue, durante mucho tiempo, el más bello sueño de mi carpeta azul.

Así pues, a los trece años yo era una adolescente romántica que no había comenzado aún el bachillerato y se imponía un cambio en mi vida. Aquel fue mi último año en la escuela de Bórmigos. Durante el verano me matricularon en un internado de chicas y, llegado el momento, aunque me resultaban tristes las despedidas, organicé un improvisado adiós entre sorbos de limonada y canciones de la época, reproducidas en un tocadiscos de pilas que me habían regalado para mi santo. Siboney. ¡Qué tiempo tan feliz! Las hojas muertas. Con esas canciones, que me habían prestado, y con el perfume de los

jazmines, que llegaba desde el patio, me despedí de mis amigas de Bórmigos una tarde de septiembre mientras en mi habitación aún aleteaba la sombra de Peter Pan y sobre el horizonte lucía un crepúsculo anaranjado. Cuando mis amigas se marcharon, la tarde acababa de morir y, en el tocadiscos, Los cinco latinos seguían cantando Pequeña flor, una canción que ya siempre se iba a quedar flotando en las orillas de aquella lejanía feliz.

A partir de ese día nuestras vivencias comunes se hicieron menos frecuentes y llegó un momento en el que se volvieron esporádicas y puntuales porque cada una tejió su propia historia y nuestros caminos fueron ya divergentes.

Siempre que pienso en la escuela de Bórmigos me reafirmo en la idea de que nuestra vida es un camino de múltiples encrucijadas, según las decisiones que hube de tomar en determinados momentos de mi existencia. Cada uno de los alumnos de aquella escuela eligió un rumbo que se fue perfilando por las sucesivas decisiones en sus particulares encrucijadas y fue así como nos dispersamos y nos alejamos. Pero nunca me olvidé de aquel tiempo, ni siquiera en los momentos en que me he negado a convocar los recuerdos como una coartada necesaria para no sobrepasar cierto grado de tristeza. Pienso a menudo en mis dos grandes amigas y, en ese regreso de su presencia imaginaria, resaltan poderosamente los momentos compartidos en la escuela y el compromiso de amistad que firmamos una tarde mientras el sol jugaba al

escondite con las últimas nubes del invierno. Esa retrospectión de la memoria levanta el vuelo de mi recuerdo hasta los lejanos días en que se presentó ante mí el primer cruce de caminos, aquel que me permitió elegir un itinerario del cual iban a depender luego muchos aspectos de mi vida.

Fue ese camino el que me llevo primero al instituto de un pueblo vecino y luego a aquel colegio de niñas de falda de pliegues y rebeca azul, donde una chica que con el tiempo llegaría a ser mi mejor amiga de aquellos años, me prestó, a escondidas, todos los libros de Françoise Sagán, y me descubrió la dulce tristeza de las canciones de Juliette Greco, que luego me sirvieron de bálsamo en los primeros agujonazos del amor y de la muerte. En esa época se inició mi vocación de escritora con una pequeña novela cuyo protagonista era un muchacho con el pelo rubio y los ojos de azul lejano, una novela cursi con final feliz que rompí unos meses más tarde cuando ya el muchacho rubio se había marchado de mi cabeza y de mi corazón. En los últimos años del internado las cartas de Juan y las visitas de mi madre me sacudían el dolor y el tedio por la muerte inesperada de mi padre, del mismo modo que lo hacía la voz grave de Juliette Greco en *Bonjour Tristesse*, que me saludaba cada tarde desde el pequeño tocadiscos de mi amiga Leonor. Fue por aquel tiempo cuando conocí a alguien que me desveló la caducidad del amor y me habló de Marcel Proust, al que leía en las tardes almibaradas del otoño, con una cierta tristeza por el *fluir irreversible* del tiempo. El cine y la música me seguían fascinando, sobre todo Rock Hudson, con su pinta de seductor de andar por casa y Elvis Presley, que

estremecía con el terciopelo de su voz y el oleaje de su cuerpo. Pero las películas que podía ver estaban reducidas a las del cine ambulante de Bórmigos, los primeros domingos de cada mes o durante las vacaciones, y el milagro de la televisión tampoco significó gran cosa. Tuvieron que pasar varios años para que se cumpliera mi sueño de ver aquellas películas de las que hablaba la revista SISSI. Fue en los inicios de mi etapa de estudiante de Letras cuando, al fin, pude embriagarme de cine en los diferentes ciclos del cineclub universitario: Al este del Edén. La gata sobre el tejado de zinc. Gilda. Vacaciones en Roma. Rebelde sin causa. Casablanca. Un tranvía llamado deseo. En esta última, en mi mente se fundieron el actor y el personaje y las lágrimas de Vivien. Leigh convirtieron en un cadáver mi viejo amor por Brando, cuya fotografía aún estaba guardada en mi carpeta azul. Pero para entonces los mitos cinematográficos habían sido sustituidos en mi corazón por los muchachos de carne y hueso, cercanos y tangibles, instalados no en el remolino de mis sueños sino en la atalaya de mis certezas, durante aquellos años brillantes y esplendorosos, los más ajetreados de mi vida. Las idas y venidas a la facultad con las solapas del abrigo subidas en las frías mañanas del invierno. Las largas tertulias con mis amigas de entonces ante unas tazas de café con leche. Las visitas del sábado a una discoteca de Plaza Nueva donde un vocalista de prodigiosa voz interpretaba canciones de los Platters a cuyo son se despertaban los placeres de la carne, como los hubiera llamado doña Pía. Only you y El humo ciega tus ojos, mejilla contra mejilla. Fue por aquella época cuando me sumé a las protestas universitarias y adquirí conciencia política. Las canciones de Jacques Brel y Paco Ibáñez y los libros de Camus, Sartre y Teilhard de Chardin

pasaron a formar parte del espejo tornasolado en el que se reflejaba para mí el mundo. Aún no habían pasado muchos años desde que abandoné el pueblo, pero las doctrinas de Bórmigos ya no tenían vigencia porque habían sido sepultadas por un alud de teorías contrarias, a medida que los sentidos desplazaron a la fe. Dios se había marchado muy lejos y eso le daba respuesta a parte de mis dudas pero a cambio me había quedado sin un punto donde sustentarme ante la angustia existencial por el fluir vertiginoso de la vida. Todo se había invertido: leí a Marx y a Engels, adopté el agnosticismo y me eché un novio comunista con el que asistía a las reuniones clandestinas que celebraban algunos estudiantes en un piso de la calle Sol. De este modo terminé de diseñar el paisaje de mi mundo íntimo cavando un enorme abismo entre mis planteamientos de entonces y los de aquella niña de la escuela de Bórmigos de la que sólo quedaba la ternura.

En cuanto a mi carpeta azul, terminó en el cajón de un armario de nuestra casa de Bórmigos y allí estuvo bastantes años hasta que, en una de las sesiones de limpieza de mi hermana Sole, desapareció para siempre y en su lugar se instaló la tristeza.

Durante aquellos años, mi amiga Magda se había dedicado a estudiar idiomas con bastante fortuna y poco después encontró un trabajo importante en la costa. Allí conoció al hombre de su vida con el que se marchó a América donde hasta tuvo ocasión de conocer en vivo a alguno de sus héroes del cine. Si no llegó a ser actriz, como Liz Taylor, fue porque se había olvidado del

asunto cuando su vida tomó otros derroteros. Si Magda se proponía algo, el mundo se rendía a sus pies.

Gregoria aprendió a bordar y a hacer vestidos y se quedó en el pueblo enamorada de un muchachito que luego desapareció de su vida y, descabalgada de sus sueños, durante mucho tiempo tuvo el corazón maltrecho y los ojos tristes. Más tarde reunió todas sus fuerzas para rehabilitar las ruinas de su corazón y se marchó a otro lugar donde volvió a sonreírle la vida.

Doña Basilisa estuvo en Bórmigos algunos años después de nuestra despedida y luego se trasladó a un pueblo vecino en el que consiguió plaza en una escuela graduada. Murió, ya jubilada, cuando yo acababa de terminar mis estudios de filosofía y trabajaba en un modesto periódico de provincias. Sentí mucho su muerte porque, a pesar de haber sido una fiel representante de la escuela de su tiempo, nunca actuó con mala fe y nos enseñó todo lo que era posible enseñar en aquel bullicioso hormiguero. Lo sentí también porque ya era consciente de que cada vez que muere uno de nuestros mayores la infancia se nos aleja, como captada a través del zoom de una cámara fotográfica. Tal vez por eso, el día que recibí la noticia de su muerte, le dediqué mi columna en un artículo en el que evocaba mis primeros recuerdos escolares y usé palabras cariñosas para quien me había aguantado muchas travesuras y había cumplido con su misión de corregir mis fallos, aunque a veces lo hiciera equivocadamente. En esos momentos deseé apasionadamente que fuese verdad aquello de la morada eterna

que ella nos había enseñado porque nadie en nuestra infancia puso nunca tanto empeño en mostrarnos los caminos del Señor ni en procurar la salvación de nuestras almas, asunto éste que, desde su particular punto de vista, era lo más importante. Esa tarde, Dios salió de nuevo a mi encuentro y recé un Padrenuestro por el alma de mi maestra.

De otros miembros de la escuela de Bórmigos no puedo dar muchos detalles porque los seres que perdemos entre los resquicios del tiempo están en nuestro recuerdo equiparados a los muertos y apenas podemos vislumbrarlos a través de un velo de niebla.

Sólo mis amigas Gregoria y Magda se libraron de los naufragios del tiempo y ocupan un lugar sagrado en mi memoria a salvo ya, definitivamente, de las mareas del olvido y de las tempestades del azar, como si aquella cajita de hojalata que arrojé un día al pozo seco de la Cañada del Soto aún conservara nuestro viejo compromiso de amistad eterna.

Málaga, Octubre de 1975

Sumisión

Nuestras vacaciones comenzaron. Por primera vez nos íbamos a ir a la playa. Íbamos a ser veraneantes como todo el mundo.

Mi hija me decía: ¿Dónde tengo el bikini rojo?. Mientras tanto mi marido en la cocina había derramado el zumo que le había preparado y me decía: "Cariño ¿Con qué puedo limpiar esto?. Pensé:"Pues con qué va a ser, pues con un trapo". Pero mi respuesta fue muy diferente a como lo estaba pensando y le contesté: "Espera, ya iré yo".

Esta mañana mi casa es un caos. Las mellizas no paran de menearse de un lado para otro. Se pelean. Hasta el perro está nervioso.

Mi padre entra de comprar el periódico y dice: "¿Quién me ha cogido el periódico de ayer?. Estaba haciendo un crucigrama y quiero terminarlo".

Esto es una locura y encima son las diez menos cuarto y tengo que irme para terminar de hacer la compra. Ayer terminé de trabajar muy tarde y no me dio tiempo de nada.

Arrastro mis pies dentro de unas zapatillas bastante horteras que me habían regalado. Pero hay que condescender y ponérselas, vaya a parecer que no te ha gustado el regalo. ¡Joder, vaya regalo!. Unas zapatillas color naranja con una flor en lo alto de color rosa. ¡La madre que lo parió! ¡Vaya romanticismo!. Llegó y me dijo: "Toma cariño te he traído un regalo para tu cumpleaños". Yo como tonta, muy ilusionada me

pongo contenta abriendo el paquete, mientras que pensaba que podía ser el bolso tan bonito rojo que le enseñé el otro día en un escaparate (por si colaba). Me lo había envuelto en papel dorado con un lazo rosa (yo odio el rosa). Mi cara tendría que ser todo un poema cuando vi el contenido. "¡Oh unas zapatillas!. Muchas gracias, me hacían mucha falta". Me coloco las zapatillas horrendas, que encima me molestan en el dedo pequeño y comienzo a arrastrar los pies.

Trabajamos los dos fuera. Pero en mi casa trabajo yo exclusivamente y encima ponen pegas.

- Mamaaaaá, ¿Qué vamos a comer hoy?.

- Lentejas.

- Yo no quiero lentejas.

- Bueno, te hago macarrones.

Mi hija se calla, no le parece mal la última opción. Es una adolescente no muy problemática, pero si muy vaga. Pero tiene mucha confianza conmigo y eso en los tiempos que corren es mucho. Se llama Estrella y está estudiando secundaria. Pero en realidad pasea los libros. Lleva un piercing en el ombligo y los pelos rafta. Pero aparte de eso es una chica normal.

Luego vienen las mellizas, eso es otro mundo. Tienen ocho años y están siempre discutiendo. No quieren dormir juntas, ni estudiar juntas, ni vestirse igual. Cuando eran pequeñas yo creía que cuando crecieran iba a ser un alivio. Pero que va. Cada día complican más las cosas.

Luego vienen los hombres de mi casa. Mi padre, gruñón por naturaleza y mandón. Tiene un gran bigote. Ha sido militar y

cree que soy uno de sus soldados. "Nena tráeme las zapatillas", "Nena tráeme el periódico", "Nena..." La madre que parió a la nena.

He dejado para el final el autor del gran regalo, el de las zapatillas, mi marido. Barrigudo, creído como casi todos los hombres y machista. Mucho más que el militar.

Me llama: "Lucía, cariño ¿Tú no has visto mis zapatos?". "Lucía, hoy no quiero que nadie me moleste, porque tengo que preparar unos informes" (En realidad son unos simples papeles del seguro del coche, pero él tiene que darle a eso su importancia).

"Lucía, por qué no me traes un vaso de agua". Lucía, Lucía... Esto es vivirlo.

Y no hablemos de mi suegra, que vive cerca de aquí y es una autentica Mari Puri de toma pan y moja. Me dice: "Lucía, ¿no crees que debías de quitarle a la niña esos pelos?". Pienso: "También te quitaría yo a ti los tuyos". Pero le contesto muy amablemente: "Andrea, es que no puedo, la niña no quiere".

En fin este es mi entorno familiar. Ahora me voy a presentar: Soy Lucía, tengo cuarenta y cinco años. Llevo casada casi veinte años (casi nada) con el señor de las zapatillas.

Muchas veces pienso en dejarlo y buscar a otro, pero en realidad no tengo tipo ni cara para conquistar a nadie. Soy muy delgada, con unos pechos caídos y una cara muy poco agraciada. Me arreglo lo que puedo, pero poco efecto consigo.

Hoy nos vamos a un apartamento que nos ha dejado un familiar de mi padre. Está en un pueblo pequeño del Mediterráneo. Tenemos que meter todas las cosas en el coche.

La perra (que todo el mundo piensa que es perro) está inquieta. Le voy a tener que poner un lazo para que sepan que es del sexo débil. Está saltando en el sofá y mi padre está dándole voces.

Todos estamos fuera de sí. Vamos a ser veraneantes como todo el mundo.

Estoy poniendo los bultos en la entrada y escucho a mi padre: "Nena, que no se te olviden mis sandalias y mis gafas de sol". De nuevo otra vez: "Nena por qué no te acercas al kiosco y me traes el periódico, que sino luego se acaba y solo quedan los que no tienen suplemento". La madre que parió al suplemento.

Estoy hasta el moño de esta panda de machistas.

Voy a empezar a bajar bolsas y escucho unas voces: "Mamaaaá, el bolso verde lo metes el último y me dejas el pequeño rojo que voy a meter las pinturas."

Mientras las mellizas han iniciado una discusión por una camiseta color naranja, fea como ella sola, pero que le gusta a las dos.

Salgo a la escalera con mis zapatillas naranja, con la flor rosa. El pelo se me había enganchado con una percha y la perra se me ha enredado en los pies. Tropiezo y ¡Plaf!. Al suelo. Me veo ridícula. Pero nadie viene en mi ayuda. Solo la perra que me lame la cara.

Después de cientos de peripecias, mi padre y mi hija se han ido en el tren. Nosotros enfilamos la carretera para llegar a la playa. Como todo el mundo. La autovía no ha estado mal, pero al entrar al pueblo hay un atasco de los que hacen historia.

Dentro del coche la perra está inquieta, las mellizas se pelean, mi marido protesta. En fin esto es una madeja sin cuerda.

Cuando llegamos vimos que el edificio no está lejos del mar. Es un edificio alto. Sin ascensor. De manera que a subir cuatro plantas de escaleras con el bolso verde, el rojo, el rosa, la cesta de la perra, los congelados...En fin para que no falte de nada.

Como puedo voy tirando de los bolsos y de unas pocas camisas de los dos señores de la familia.

Cuando abro la puerta del apartamento creí que me iba a dar un ataque, solo hay un dormitorio, un salón, un baño y la cocina.

Ahora comienza la odisea de acomodar al personal. O dormimos todas las chicas en el dormitorio o en el salón. Al final decidimos hacerlo en el salón (por cierto pintado de un amarillo limón que se saltan las lágrimas). Colocamos la ropa dentro del dormitorio (allí van a dormir los machistas de la casa).

Voy sacando las sábanas, los bañadores, los sombreros (Se les vaya a estropear la cabeza y no puedan pensar ni mandar).

Son las doce y media y deciden bajar a la playa. Cogen la sombrilla que hemos comprado y unas pequeñas butacas. Mi padre abre la comitiva con un bañador de flores pequeñas (el hombre quiere rejuvenecerse).

Mi marido va hecho un cuadro. Se ha puesto un bañador muy ceñido, vamos marcando cuerpo, con una camiseta de rayas y una gorra de Ferrari de un rojo intenso (va hecho una monería).

Se van todos y yo me coloco delante del espejo a colocarme el bikini. No es de los últimos modelos, me lo compré negro porque así no se pasa de moda. Parezco un saco de huesos. La perra me mira (me parece que me está viendo fatal). Yo me animo pensando que en la playa nadie se fija en nadie.

Los dos machistas de la familia me han dejado las toallas para que yo las portee. ¡Por Dios van a llevarse ellos las dichas toallas!.

La playa está a rebozar. Un intenso olor a sardinas impregna el ambiente. El sol cae a pedazos sobre nuestras cabezas...

Me siento en la hamaca y me pongo a leer un libro que me he traído. Pasan menos de diez minutos y escucho: "Nena por qué no me traes una botella de agua. Es que la arena quema mucho". Pienso: "¡Dios para mí no quema nada!. Me voy al chiringuito por la dichosa botella. Me vuelvo a sentar y al poco rato viene una melliza corriendo, le ha picado una medusa...Dios bendito. Vamos al puesto de socorro y le aplican una crema. Mi marido comienza a protestar y de golpe se sentó en la butaca y me dijo que iba a tomarse una cerveza fresquita (¡Vaya como si los demás no tuviéramos sed!).

Ojeo a la gente que hay a mi alrededor. Mujeres como yo, al servicio de su familia. Machismo en todos los sitios. Dicen que no. Pero yo digo que sí, que para las mujeres de mi edad sigue existiendo todavía esa sumisión velada y no manifiesta. Pero que al final de cuentas está ahí.

El día transcurrió con este tipo de actitudes. Cuando llegó la noche salimos a dar un paseo por "el paseo marítimo". Plagado de tiendas y de vendedores ambulantes.

Veo una mujer rubia, chillona que viene mangoneando a otra persona más baja y de cara triste. Yo me había sentado a descansar en el borde del paseo y ellas se sentaron a mi lado...La rubia comenzó a hablar dando una charla de prepotencia a la otra que simplemente asentía con la cabeza.

Mientras mi marido y mi padre se han adelantado con las niñas porque quieren ver una actuación que hay en el chiringuito.

Yo me quedo sentada, me quito los zapatos que me están reventando los pies y me pongo a mirar a la gente que pasa, tan diversa, tan peculiar y tan machista.

Las parejas maduras caminan como si hubieran descubierto el continente perdido. Ellas con todos los pedruzcos que han podido colgarse, achicharradas por el sol, con vestidos ceñidos; vamos como si tuvieran cuerpo.

La cuestión es que el machista de turno esté contento. Éste, con su pantalón y zapatillas blancas lleva a su compañera con el brazo sobre los hombros; mientras que él va mirando con ansia todos los descotes de las chicas jóvenes que van por el paseo. Claro, ellos son machos y no pueden dejar de ejercer vaya que alguien piense lo contrario. Mientras la mujer sumisa debajo de ese brazo que va informando al personal que esta mujer forma parte de su propiedad.

El colmo es cuando veo a una chica árabe. Lleva túnica y un pañuelo en la cabeza (con el calor que hace) mientras que su

compañero va vestido totalmente al estilo occidental. Las normas y tradiciones para unos y para otros no.

Dejo mis pensamientos y observo a las dos mujeres que están sentadas en el banco. La rubia de bote totalmente achicharrada por el sol que sigue dándole supuestos consejos a la otra mayor y triste. Le dice: "Tú lo que tienes que sacarle es el dinero que puedas". La otra responde: "No puedo, no tengo dinero para pagar a un abogado". La otra continúa: "Pero así no puedes seguir, te ha dejado en la miseria". Me miran y me dicen: "¿Qué opina usted de todo esto?". Las miro sorprendidas y les digo: "Perdón, pero no sé a que se refiere". Pues dice la rubia: "De el exmarido de Carmen. Es un capullo. La ha dejado sin un duro y ella no puede sacarle nada después de estar media vida con él".

Carmen me mira con ojos tristes y me dice: "La cosa es complicada", me dice con tristeza. "Mire, mi vida parecía que la había diseñado un ángel. Conocí a un hombre maravilloso en la universidad. Yo abandoné mis estudios para que él pudiera seguir adelante y me puse a trabajar en una cafetería. Él triunfó y se hizo un gran médico. Al principio todo fue bien, pero el dinero enturbia todo lo que toca y poco a poco fue alejándose de mí. Se encaprichó de una chica joven. Un día de borrachera llegó a mi casa con ella y quería que yo estuviera de espectadora mientras que él se la tiraba. Parecía que eso lo excitaba. Yo me negué en redondo y le insulté. Me salió todo lo que tenía dentro que era mucho. Entonces una gran bofetada me cruzó la cara y me juró que lo que había dicho me iba a costar muy caro. Y lo consiguió. Yo ilusa no había previsto mi futuro y todo lo poseía él. Me lanzó a la calle. Me vine de San Sebastián

al sur creyendo que aquí podría construir una nueva vida. Pero lo único que he conseguido es malvivir. No he logrado que me dé nada. Y ahora me toca suplicarle porque mi situación actual no tiene arreglo".

La miro y veo el resultado del machismo, el simbolo de la mujer oprimida, la victima de años, marchita y sin rumbo. ¡Cuantas mujeres han acabado como ella!

Me rebelo y me digo: "Lucia te vés a convertir en una nueva mujer, menos sumisión y más personalidad".

Me despido de ellas y veo venir a mi marido con una sonrisa de oreja a oreja. Me trae el bolso más horrendo que hay en toda la costa y me dice: "Mira es identico al auténtico, lo que vés a presumir en la boda de Almudena".

Lo miro, me estiro, el fuego me está atravesando las venas. Me clavo con fuerzas las uñas en las palmas de las manos y le digo: "Muchas gracias, es muy bonito". La cobardia de la sumisión ha aparecido de nuevo. No soy capaz de ser libre, pero por un momento he pensado que podría serlo.

Pero sentada en un banco del paseo maritimo he descubierto por fin la verdad de mi vida. Simplemente me ha servido para comprender que seguiré planchando, lavando, trabajando y disimulando mi interior. Y por supuesto agradecer ser de una sociedad donde no me obliguen a ponerme el burka.

La madre que parió a las mujeres sumisas que hemos permitido que los machistas abunden como caracoles después de la lluvia.

Soy el prototipo de la mujer sin mucho que opinar. Me quedo mirando el mar y pienso que en realidad las mujeres hemos

potenciado toda esta situación ya que realmente las que educamos a los hijos somos nosotras y podriamos haberle enseñado otros camino.

¡A conformarse!Y a ponerme esas magnificas zapatillas con la flor rosa.

Finalizaré mi veraneo de seis días y volveré a mi rutina sabiendo que no podré cambiar nada.Mientras que los hombres presumen de ser liberales.

Y con el rumor de mar de fondo arrullandome, me doy cuenta de mi condición de mujer madura.Somos una generación sumisa y ais moriremos.Nosotras mismas lo hemos potenciado.Si cariño, lo que tu quieras cariño, muy bién cariño(la madre que te parió cariño).Fin de mi veraneo y mi esperanza de liberación (espero que no me regale esa bata de flores que está mirando).Y si me la regala,seguro que me la pondré porque soy una mujer SUMISA.

El cine de los amantes muertos

Sergio Berrocal

Salta el cine por las calles, sin necesidad de cámaras. Es la vida de todos los días, en un pueblo del fondo de España, donde se pierde la identidad de todos y comienza la de un puñado de gentes que desde la llegada de los árabes viven diferente, piensan diferente y son capaces de lo mejor como de lo peor.

Archidona es uno de esos pueblos cargados de historia, larga, ancha e imprescindible para entender el por qué de las cosas de esta gente que vive en el sur profundo llamado Andalucía. Desde hace unos años ha surgido un minifestival de cine, que seguramente pretende al glamur de otros sitios donde mostrar películas es toda una fiesta, un jolgorio plagado de trabajo. Lo peor es cuando se quiere ser preferentemente glamouroso y olvidan que enseñar el cine a la gente es un trabajo de todos los momentos.

Sales de un hotel lleno de encanto y enclavado en lo que fuera un monasterio con su cementerio privado y miles de fantasmas que corretean por las habitaciones persiguiendo a las malditas palomas que parecen a punto de protagonizar una nueva versión de “Los pájaros”. Hitchcock no ha sido invitado.

El calor se te cuele por el pantalón mientras en las calles empinadas como una pesadilla de Nochebuena vista y corregida por Dickens los coches, automóviles dicen los finos del pueblo, se hunden en un adoquinado que parece conducir al infierno y que no lleva más allá de coches aparcados como guardianes de los camaleones del fin de ayer. En la ensoñación del mediodía te imaginas a Steve McQueen rodando un nuevo “Bullit” con un Peter Yates sacado de los infiernos.

El motor ruge, Bullit pasa la velocidad y acelera. El Ford Mustang se encabrita y salta por el adoquinado de una calle empedrada por el tiempo y frena antes de llegar a la mitad de la Plaza Ochavada, ocupada por cuatro viejos que ya no tienen más fe en la vida que la que les da su corta pensión.

Steve Moqueen, que ha desenfundado por lo que pueda pasar, se acerca a un bar a tomarse una coca desnatada. Cuando vuelve a subir en su coche comprueba que las calles de este pueblo que vio pasar a sultanes enamorados y a adversarios castellanos imbuidos de su superioridad racial aunque comían con los dedos y se limpiaban en los faldones llenos de malos olores, son tan empinadas como una mala mujer.

Zumba el coche por este improvisado San Francisco, aquella ciudad de las mil cuestas.

Alguien comenta a Steve McQueen el significado de la singular montaña en forma de indio acostado y que sobresale de la vega de Antequera.

Le llaman, dice el pueblerino, y el actor escucha con la pasión del novicio metido en años, la llaman la Peña de los enamorados, porque muchos siglos atrás, cuando por las calles no se oía hablar más que árabe y español andaluz, cuando el inglés todavía no había sido importado por turistas a los que la historia les importa tres cominos. Siglos atrás, una princesa mora bonita como la vida y un castellano enamorado como sólo se está cuando se ama el amor de una primera vez, se arrojaron desde todo lo alto subidos en el mejor caballo que había en las cuadras del galán.

Era un amor proscrito. Las dos razas convivían pero con la prohibición de que entre ellos pudiese haber amoríos y menos aún amores.

Un viejo archidonés, que llevan en el corazón aquel amor imposible como si fuera cosa muy suya, me contó que cuando tropas árabes y castellanas, en un alto el fuego muy love story, llegaron hasta donde yacían los cadáveres de los amantes, oyeron un grito suave como el maullido de un gatillo. Uno de los soldados recogió de entre los brazos de la princesa mora un hatillo en cuyo interior había un bebé bello como la luna que ya estaba asomándose sobre el pueblo. Era una niña, tan bonita

como la madre, que el soldado árabe se llevó a galope tendido en la grupa de su caballo mientras lloraba desconsoladamente.

Luego, siglos después, cuando los automóviles habían reemplazado a los caballos, cuando el amor iba y venía a ritmo de divorcio exprés, conocí en esta misma Archidona una historia de amor que poco tenía que envidiarle a la de los amantes de la Peña de los enamorados. Pero esto ya es otra historia, otro cuento que nunca contaré.

El caballero andalusí se llevó a la niña nacida de aquel amor imposible y nadie supo nada más. Pero las leyendas, como las buenas películas, tienen el fin maravilloso que endulza la amargura del corazón.

Y otro viejo reviejo que tomaba el sol en la barroca plaza Ochavada me aseguró que siglos después, el espíritu de los amantes de la Peña de los Enamorados sigue flotando en Archidona.

El mismo viejo enamorado de la luna me dio algún detalle más. Dicen que dicen, sin poder afirmarlo pero con posibilidades de que haya mucha verdad, que cuando el caballero árabe recogió a la niña fruto del amor desesperado entre la princesa mora y el oficial castellano, lo primero que vio al abrir el hatillo fueron unos inmensos ojos verdes.

Una noche de este año de otoño loco, en un bar de los alrededores, horadado en una cueva sin fin, la mirada de una mocita cruzó la mía. Tenía unos ojazos tan verdes como los que sorprendieron al oficial al pie de la Peña de los Enamorados. Sólo que ahora me miraban con sorna desde una mesa que al rato se esfumó en lo más profundo de la cueva.

Regreso a Marienbad

Sergio Berrocal

El taxi, silencioso e indiferente, enfilaba la cuesta de carretera enrevesada. Se sucedían las curvas con desgana. Cuando coronaron la primera cumbre de este Everest del recuerdo, la carretera se preparaba para la penúltima bajada, sin que el chofer reclamara su salario del miedo. A lo lejos vieron una enorme construcción en el caminillo que en años de guerra conducía a las parejas por la mano para achuchones y a veces hasta para la procreación salvaje de unas faldas que se abrían sobre dos piernas teñidas por el bronce del sol. El rincón de los enamorados de la Guerra Civil había dado paso a una inmensa explanada. El taxista, harto de la montaña rusa, anunció ufano: “Es la nueva cárcel”.

El pueblo, su pueblo de película, de la película que toda la vida se había proyectado variando los actores de acuerdo con el humor del día, a los jinetes del Apocalipsis del Oeste americano, con sus carretas y sus Winchester para volar cabezas de indios rebeldes.

Otras veces, cuando el día no se presentaba demasiado terrible, se metía en Nueva York con un grupo de borrachos marinos entre los que Frank Sinatra llevaba la voz cantante.

Había momentos que importaba poco de lo que tratase la película. Bastaba con que las imágenes de ese mundo lejano que llegaba de los Estados Unidos, desfilaran por la pantalla. Cerraba los oídos y componía el argumento que en ese momento necesitaba.

Muy pronto aprendió que por unas pesetas era posible evadirse de todo lo que no le convenía. Moldear personajes a su gusto, dándole formas de gente que le rodeaba. Pocos buenos había en sus películas. John Wayne era su preferido. Y esa manera que tenía de cargar el Winchester con una sola mano...

Cuando fue mayor supo, siempre por el cine, que había lo que se llamaba viajes iniciáticos, una cosa muy fina que él comparó rápidamente con los tambores lejanos que habían llevado a Cary Cooper hasta una playa de arena blanca.

A medida que el coche sorteaba los adoquines del pueblo, llamó a algunos de sus amigos del cine para que le ayudasen. John Wayne ya no estaba para aquellos trotes, así que anduvo buscando entre los más jóvenes.

Pero como el tiempo había pasado sin la menor piedad, obligándole a ser mayor, a enfrentarse con la vida, como le

repetía el Coronel que no había soportado los tirabuzones que su madre le condenaba a llevar de pequeño, recurrió a otros.

Los héroes sencillos y sin truculencias, que lo arreglaban todo con un beso casto o con un puñetazo de lo más viril, ya no le servían. A John Wayne había sucedido Marcello Mastroianni visto en “La dolce vita”. Aunque le fastidiaba que el italiano tuviese una actitud tan cínica, tan dolida. Pero cuando se percató de que Anita Ekberg estaba dispuesta a ahogarse sin remisión en la fontana de Trevi por su amor, adoptó también las gafas de montura gruesa.

El pueblo de la infancia, adonde había realizado sin saberlo tantos viajes iniciáticos estaba en el mismo sitio. Eso sí, los personajes ya no eran los mismos. Nadie le reconocía en Archidona. Ni siquiera algunos señores con canas y pelo perdido en el esfuerzo que le miraron de una forma rara cuando él trató de hablarles del ayer.

Hasta gente que había corrido con él por el paseo antes de que iniciasen sus primeras incursiones en las lindes del amor más inocente y juvenil le miraba con compasión. Los testigos habían muerto y él se encontraba tan solo como el pobrecito de Cary Cooper corriendo detrás de la novia Grace Kelly y de la honra que unos bandidos querían pisotear.

Los bares a los que los mayores le llevaban cuando empezó a ser mocito con brillantina se habían convertido en tiendas chinas o en antros todavía peores.

La casa donde había conocido las primeras llamadas del erotismo místico con un ramillete de primas maravillosas a las que les divertía verle convertirse en un hombrecito era una rutilante y estúpida tienda de aparatos fotográficos.

La destrucción de su pasado había sido sistemática. Lo que no habían conseguido destruir los dos ejércitos que se enfrentaron en la Guerra Civil y que en el pueblo dejaron muertos como ejemplo de su estúpida impiedad, lo habían logrado cuatro albañiles adinerados echando abajo casas de blanca cal y zaguanes de harem.

De todos aquellos lugares de su pasado, que era como decir de su presente, sólo había quedado una enorme casa donde su infancia había correteado entre el miedo y la esperanza.

Pero sus amigos, sus cómplices, estaban en un cementerio siniestro de donde nunca salía nadie frente a las piedras ajadas y destruidas de un monasterio lleno de interrogaciones.

Hacia años, otro viaje iniciático al mismo Marienbad sureño le había salido mejor.

Cuando ya tarde vio las luces del pueblo corriendo por la vega de Antequera paró de nuevo el coche. Era la hora "de la fresca", como decían sus lejanos paisanos. Las terrazas de los bares se llenaban bajo el manto de estrellas que nunca faltaban a la cita.

El paseo estaba a dos pasos. Veía brillar las lozas por las que de niño había correteado bajo la luz amarillenta de las farolas de siempre. Notó con cierta alegría que aparentemente pocas cosas habían cambiado, aparte las barandillas del paseo, punto estratégico de juegos de niños y de idilios de adolescentes. Los bancos de piedra seguían gastados por la paciencia del tiempo. Al otro lado de la plaza estaba la casa de sus tíos. Con ellos pasó algunos de los momentos más bellos de la niñez. Era una casa en la que el amor chorreaba por las ventanas.

Con un gesto burlón, la prima le saludó con risa descarada de niña juguetona.

Los ojos de la prima --¿cómo diablos se llamaba?-- no le perdían de vista, y le siguieron hasta que, sin saber cómo, se encontró entre dos sábanas frescas. El airecillo que de vez en cuando se colaba por la ventana reemplazó el habitual somnífero, por primera vez en Dios sabía cuanto tiempo.

La persiana verde del comedorcillo era infeliz frente al plumizo sol del mediodía andaluz. Los ojos verdes se sonreían burlones: "Vaya manera de dormir...". El cuerpo era chiquito. Ella se agachó para besarle en la mejilla y Luis se sintió cortado por el olor a jazmín recién arrancado. El vestido de la prima se confundía con la blancura del sol. Pensó que la chiquilla era realmente atractiva. Sus ojos eran lo más expresivo. Taladraban con una pizca de seriedad y una mijita de impertinencia. Los senos que el sol radiografiaba eran duros, pequeños y orgullosos. Una visión que Renoir habría adorado. El vestido blanco de muselina transparentaba unas piernas morenas preñadas de la sensualidad de un apunte playero de Sorolla.

Una noche apenas hablaron. Los ojos verdes habían perdido la risa. Estaban casi tristes. Las palabras casi no tenían sentido. Luis le decía lo bien que se sentía allí y lo penoso que sería volverse a marchar. Y para él se contaba que estaba viviendo un intermedio casi irreal. Sentía confusamente que muchas cosas habían cambiado para él. Hastiado de confesar al mundo llorón, de jugar al tiralevitas con esos personajes que le procuraban la carnaza para sus reportajes.

Aquella noche, durante el ya tradicional paseo, se besaron como dos enamorados que descubren el amor, con el gozo de lo desconocido, con la angustia perdida de dos seres que quieren unirse en la profundidad del tiempo y del espacio.

Y entonces en la pantalla apareció la palabra FIN mientras galopaban los títulos de crédito.

Mi última hoja de ruta. Capítulo 1

Estoy sentada en una butaca, a la sombra del árbol que planté cuando nació Marta. Ha crecido hermoso, como ella. Sus hojas rozan mi cabeza, me acarician, me susurran.

Entre mis pies desnudos se escurre la tierra húmeda, desprendiendo el exquisito olor de la naturaleza que me rodea. Las rosas me mandan mensajes de vida, hermosas rosas amarillas, todas amarillas, desteleantes, desafiantes, que parecen tomar parte en la decisión más dura y razonable que he tomado en la vida.

He entrado en la madurez con un aspecto físico realmente increíble, un magnífico envoltorio cubriendo un gran deshecho humano.

Trato de no escuchar mi yo interior, intento ser benévola conmigo. Pero no puedo. Me incorporo, sacudo la tierra de mis pies y vuelvo a pensar en lo mismo, la misma idea que me ronda desde hace mucho tiempo. Pero hoy me está torturando más que nunca. Me está obligando a tomar la gran decisión, tengo que elevar el vuelo, abandonar esta tierra que me atrae y dejarme llevar al inmenso vacío de la eternidad.

Mi vida tiene que llegar a su fin. No merece la pena seguir por este camino.

Yo, Marta, la niña bien criada...

Desde que nací , según decían todos, tenía algo peculiar. Poseía exotismo, imán para atraer a los demás. Mi cara pequeña con hermosos ojos verdes y pelo pelirrojo, hacían de mi una niña diferente a todos los que me rodeaban. En mi familia era una muñeca querida y mimada por todos.

Mi padre era un hombre importante en la dictadura y me tenía rodeada de caprichos. Eramos gente privilegiada.

En la lejanía del recuerdo, vienen a mi mente esas niñas, hijas de gente humilde que venían a mi casa para jugar conmigo. Lo que más les gustaba era mi casita de muñecas. Mi padre la había mandado construir para mí. Un carpintero le había hecho los pequeños muebles y una costurera que había en mi casa había confeccionado las cortinas y los vestidos de las muñecas.

Estos pequeños tesoros de mi infancia estaban al final de una hermosa escalera de caracol, donde unos grandes ventanales dejaban pasar los rayos de sol anaranjados, destellantes, armoniosos. Como mi vida.

¡Qué hermosa era mi casa!. Tenía un gran patio central, con una hermosa palmera. Había una pequeña fuente donde el canto del agua parecía que salpicaban cristales de colores. Todo era armonía y color alrededor de mi persona.

Recuerdo a mi padre, exigente, sentado mientras que le limpiaban los zapatos. Yo creo que disfrutaba de tener a un hombre arrodillado delante de él. Mientras que se tomaba el café con su gran puro. Era un hombre autoritario. Pero

conmigo era diferente, se humanizaba, se volvía tierno. Sus ojos se iluminaban cuando yo volvía del colegio, con mi falda de peto gris y una camisa blanca. Mi pelo casi rojo, recogido en dos trenzas. Mis ojos verdes chispeaban de alegría cuando veía a mi padre. Me cogía y me sentaba en su regazo acariciándome con ternura.

Luego llamaba despectivamente a una criada, una chica joven con cofia y delantal blanco, para que le sirviera otro café. Con el tiempo supe que era la querida de mi padre, ¡cuantas veces me vi reflejada en ella a lo largo de mi vida!

Yo estudiaba en un colegio de monjas, a pesar de ser una comunidad religiosa, existía mucha discriminación. El dinero separaba a las personas hasta en la indumentaria. Las niñas que sus padres pagaban utilizaban uniforme, mientras que las niñas pobres tenían un sencillito babero blanco. También estudiábamos en clases separadas.

¡Que absurda la religión y la política que iban de la mano, separando seres humanos en función del dinero que tenían!.

Se acercaba mayo y el gran acontecimiento de la primera comunión. Mi vestido era de una organza primorosa. Mi padre hablaba con el cura y este le decía: Por supuesto Don Manuel, su hija subirá la primera a ofrecer.

Comencé a subir la escalera, como si fuera la reina de la ceremonia. Miré hacia abajo. Mi padre y mi madre estaban sentados en el banco principal, acompañados de mi hermanos.

Detrás estaban las niñas que estaban en mi clase, con sus padre. Mientras en el fondo, las niñas menos privilegiadas, con vestido corto de color gris y un pañuelo blanco en la cabeza. Sus padres estaban de pie, serios, con la gorra encogida en sus manos huesudas y doloridas..

Comenzó la ceremonia y todas las niñas cantábamos al unisono. Por lo menos eso si era común.

Llegó el verano y el momento de las vacaciones. Ninguna de las niñas que venían a mi casa sabían que eran unas vacaciones. Recuerdo una de ellas, con cara sucia y pelo crespo. Me pidió permiso para ponerse unas aletas que mi hermano Miguel se había comprado para bucear. Cuando la niña intentó andar con ellas se cayó al suelo. Patética era su imagen. Parecía que la pobreza estaba unida a la fealdad. Su cara enrojecida es el último recuerdo que tengo de ella.

A la playa venían también mis tíos y mis primos. También nos acompañaban las dos criadas. Ellas se encargaban de las tareas de la case. Y una de ellas también era victima de la lujuria de mi padre. ¡Qué pena de mujeres tan sumisas y desprotegidas!.

Un día hermoso y radiante, íbamos mis primas y yo bajando unas pequeñas escaleras. De repente vimos a un hombre que abofeteaba a una mujer. Ella era joven y muy guapa. El hombre era mayor y le pegaba con violencia. Por vez primera escuché la palabra que marcaría mi vida. La joven estaba apoyada en la

pared temblando. Le había partido un labio y sangraba. Un hilo delgado purpura le corría por el cuello y desembocaba en el mar de sus senos. Pero no se defendía, sus manos caídas a lo largo del cuerpo denotaba la sumisión que tenía. Si recuerdo que nos miró con unos ojos llenos de desesperación.

Cuando el hombre nos vio trató de normalizar la situación. La rodeó con sus brazos limpiándole los ojos y la cara y nos sonrió.

Siempre he recordado la sonrisa de este hombre como algo tenebroso, sus labios delgados y repugnantes han sido a lo largo de mi vida el símbolo de la maldad, de un ser supuestamente superior frente a su presa débil y que no había tenido oportunidad de elegir ya que el destino había decidido por ella.

Cuando llegó el otoño, surgió el gran cambio. Pasé del colegio al instituto, Mi aspecto había cambiado notablemente, era una adolescente espléndida.

. Y con la inconciencia de la juventud comencé a creer que tenía derecho a casi todo.

Y apareció él, un profesor guapo, con mundo, con clase. Su aspecto bohemio me cautivó e intenté por todos los medios atraerle. Y lo logré. Comenzamos a vernos en su casa. Al principio a causa de mi inexperiencia me sentía cohibida, pero él me acariciaba con dulzura, con habilidad. Sus manos

resbalaban sobre mis senos tersos mientras mi vientre lo anhelaba.

La gente que se reunían en su casa todos fumaban hierba. Yo que apenas había probado un cigarrillo normal, pues me resulto difícil , pero por no quedar mal comencé a hacerlo. Al principio me daban nauseas, pero seguí insistiendo. Quería ser como ellos.

Una noche después de haber estado fumando marihuana y que poco a poco nos fue transportando a un estado de bienestar, sentimos la necesidad de fundirnos en uno solo.

A lo largo de mi trayectoria en mi dislocada vida, siempre he añorado esta primera vez. Mi amor engrandeció este acto y lo volvió sublime. Realmente hice el amor, me entregué, me resbalé por los abismos del placer. Una atmósfera tibia nos acompañaba. La música, siempre la maravillosa música de los Beatles, envolvió este maravilloso momento.

Mi cuerpo temblaba con ansiedad, noté su olor profundo y me entregué en cuerpo y alma. Sus manos descendían a los largo de mi cuerpo y yo sentía que me evadía, que me elevaba a otra dimensión. Cabalgué en el corcel del deseo con ignorancia, con avidez, con amor... Y desfallecí apoyada en su hombro sintiéndome plenamente realizada.

Ala segundo otoño me abandonó. Se cansó de mi y se marchó a su idolatrada ciudad de Londres. Me quedó el vacío de su

ausencia. Tenía adicción a él, pero también era adicta al maldito polvo blanco, al que poco a poco me había enganchado. En las muchas juergas nocturnas que habíamos tenido en su casa empezó el terrible coqueteo con la maldita droga. Parecía que podía controlar y como no tenía problemas de dinero pues todo parecía posible.

Al anochecer se realizaban las reuniones en su casa. El frenesí de la droga entró en nuestras vidas. Ya hacíamos el amor de forma brutal, no quedaba ni un rastro de ternura. Todo era material, insensible, vacío.

Mi vida comenzó a ser gris, anhelaba el ocaso del solo para reunirme en esta casa que se estaba convirtiendo en mi cadena.

Una noche llegué y estaba muy lúcido. Me dijo con la mayor sequedad que se marchaba. Que no esperara, que jamás iba a volver, que nuestra relación había sido un espejismo y que él necesitaba vivir su vida lejos de este pueblo de raíces tan rancias. yo le escuchaba como si esto no me estuviera afectando, no sabía exactamente que era lo que estaba ocurriendo. Con mis temblorosos escasos años me estaba viendo envuelta en una situación que no podía dominar ni enjuiciar. Le abracé, recuerdo que le rodeé con mis brazos creyendo que con aquel gesto todo volvería a ser igual que antes. Me separó con frialdad y finalizó la conversación para siempre. Se marchó al día siguiente, no lo he vuelto a ver más. Jamás supe si había volado alto o si había sucumbido por las alas negras de la droga.

También me abandonó mi padre. Murió una tarde fría de noviembre, se perdió en la bruma de la eternidad. Yo no podía llorar, todo se había roto. Temblaba de miedo y de desamparo.

La necesidad del dinero era cada vez más acuciante. La gente que me suministraba la droga ya no eran agradables conmigo, me agobiaban para que pagara algunas dosis que les debía. No sabía como solucionar el problema. Aproveché un viaje de mi madre y cogí unos pendientes de oro de ella y los dí como entrega de mi deuda. Esto hizo que mi madre se alertara de lo que estaba ocurriendo y llamó a mi hermano Miguel que era comisario. Recuerdo las lagrimas de mi madre, lloraba sin consuelo. Me suplicaba, me rogaba que tomara

otro camino. Yo no podía comprender nada. Me dejaron por imposible y ante la situación mis hermanos optaron por apartarla de mi lado. Me quedé sola en la casa familiar. Simplemente los gatos eran mi compañía y mi consuelo.

Tomé la decisión de vender mi cuerpo. Y comenzó mi declive. Sentí la humillación que siempre han tenido los débiles. Comprendí lo que significaba que te miraran de arriba abajo. Y yo esta vez estaba abajo.

Me fui vulgarizando y perdí los valores que poseía. Unos tras otros fueron haciendo jirones mi dignidad y mi alma.

Me quedé embarazada . Y llegó el momento de tomar la gran decisión : si abortaba o seguía con el embarazo. La decisión no

fue fácil. Primero opté por abortar. Fue con la certeza que era lo mejor. Nadie me acompañaba ni podía contar con ninguna ayuda que me hiciera reflexionar que era lo más acertado.

Cogí el coche, lo enfilé por una carretera secundaria. Me quedé absorta mirando un tendido eléctrico repleto de pájaros negros, pequeños, insolidarios, ausentes. Dos tendidos más abajo había un pájaro solo, desterrado de su grupo. Triste y ahuecando las alas. Terriblemente solo. Esto me produce inquietud. Algo se está instalando en mi interior y me está debilitando. Estoy juzgándome. Me siento como ese pájaro, separado de la sociedad. Siento náuseas, tengo ganas de correr y huir de este presente.

De repente en mi pequeña barriga comienza un tenue movimiento. Aparco el coche y miro el atardecer anaranjado que despidе al día. Y tomo la decisión de que nazca mi hijo o mi hija. Me abrazo a mi vientre, ya no me siento tan sola. en mi cuerpo hay la maravilla de dos corazones latiendo.

Tuve que seguir vendiendo mi cuerpo para poder seguir con mi adicción..

En el momento del parto solo me acompañó mi hermano pequeño. Mi madre había entrado en un deterioro mental del que nunca regresaría. Llegué al hospital temerosa, ilusionada y asustada. Aunque para mi hermano yo era un lastre, en este

momento se humanizó y me dio las caricias que necesitaba en este momento.

Sentí como se desgarraba mi cuerpo con dolores impresionante. Pasaron las horas y no había dado a luz. Al cabo de unas horas entró un médico y me dijo que la situación era preocupante, que iban a hacer lo imposible por salvar a la niña. Pero que no garantizaban nada. Rompí a llorar desconsoladamente, ya que mi hija iba a ser mi familia, mi apego a la vida.,mi esperanza de futuro.

Me subieron a la camilla y sentí la desolación de la soledad de los pasillos del hospital.

Mi última hoja de ruta. Capítulo 2

Me subieron a la camilla y sentí la desolación por los pasillos del hospital. No me acompañaba nadie en este momento tan crucial de mi vida. Iba acompañada de la soledad en un momento demasiado crucial para estar tan sola. Según me dijeron, mi hermano había tenido que marchar y ya no lo he vuelto a ver nunca más. Entro en el quirófano de paredes blancas y gentes silenciosas. Les miro, trato de escrudiñar su mirada detrás de la mascarilla que tienen puesta. Uno de ellos, de mirada limpia y transparente me dice: -Ten fé Marta, todo saldrá bién-. Yo le cojo la mano con gratitud ya que hace tanto tiempo que nadie me habla con dulzura. Siento como una aguja taladra mi piel. Y entro en el maravilloso mundo de la inconsciencia. Me deslizo en el silencio.

Empiezo a escuchar rumores lejanos que me vuelven a la realidad, tenues al principio y alborotados después. Por mi brazo entra un reguero de sangre, la vida está entrando por mis venas. Estoy muy debilitada y muy sola. Mis pechos comienzan a emanar leche tibia. Me traen a mi hija para que la amamante. Es una preciosidad de niña, con su pelo apanochado y su nariz respingona. Me emociono al verla y me hago la promesa en ese mismo instante de que lucharé sin fin por ella.

Tardo varios días en salir del hospital. De nuevo me veo como el pájaro solitario. Siento nostalgia de que alguien atraviere la

puerta y me traiga un ramo de rosas amarillas que desborden vida en mi habitación.

Aquí mismo tomo la determinación de que pondré en mi jardín rosales amarillos, todos amarillos, para que ningún otro color rompa su armonía. También voy a plantar un árbol en honor a mi hija. Tendrá las hojas anchas, que caigan hasta el suelo.

Abandono el hospital con mi hija María y me encuentro que tengo que resolver todo lo que me rodeaba. Porque seguía dominada por el gran polvo blanco. Ese caballo blanco de alas negras que se enredaba en mi cuello.

De nuevo a comenzar mi eterna lucha, de no aceptar lo que realmente era, pero que me permitía vivir sin problemas económicos.

Me planteo cuidar a mi hija y darle una buena educación. Conseguir esto era difícil. Busqué una mujer que la cuidara y puse todo mi empeño en que su educación fuera esmerada. Y lo conseguí. Mi hija se hizo una espléndida mujer de firmes principios.

Entonces comenzaron mis miedos. Un miedo visceral de que mi hija me juzgue y no pueda comprenderme. Me siento atrapada, no encuentro salida y no veo nada más que una alternativa. Pero es muy difícil abandonar la vida, dejar de

sentir sensaciones e iniciar un viaje hacia los confines del universo.

Me siento temblar por dentro. Tengo miedo, mucho miedo. Estoy sola rodeada de la belleza de la tarde. Quisiera tener clara mi decisión, pero el miedo me está paralizando.

Me incorporo, paseo por el jardín buscando excusas y miles de razones para abandonarlo todo. Pero la tierra me atrae. Atravieso el verdor del césped que acaricia mi piel. Siento nostalgia de no haber sido capaz de dirigir el timón de mi destino hacia puertos serenos.

Cuando voy a entrar en la casa siento el móvil que me llama. Es mi hija que viene y que me trae algo que me va a gustar. Siento que el tiempo se paraliza, todo se vuelve estático, hasta el viento ha parado su movimiento. De nuevo siento como el césped acaricia mi piel y el árbol acaricia mi pelo.

No sé si esperar que mi hija llegue e intentar hablar con ella. Quizás sea benévola conmigo y me comprenda. Me incorporo, camino descalza hacia la casa. Las sombras del atardecer van haciendo su aparición. Siempre me ha dado temor la noche, sus silencios, su oscuridad.

Entro en mi casa y me dirijo hacia donde tengo las bebidas. Voy a intentar hacerme valiente bebiendo. Cojo una botella de ron. Mis dedos resbalan sobre la frialdad de la botella. Mis

manos comienzan a temblar de nuevo. Un nudo atenaza mi garganta. No me quiero marchar, quiero aferrarme a la vida.

Doy vueltas con la botella en la mano, me asomo a la ventana queriendo aspirar los últimos vestigios del crepúsculo. Y comienzo a llorar sin consuelo, con desesperación. De nuevo hay una llamada del móvil, es mi hija que se retrasa. No sabe que su retraso está provocando mi permanencia en este mundo.

Sigo dando vueltas por la casa, busco un motivo para quedarme y no dar este gran paso. La lucha conmigo misma es muy grande, siempre he sido mi gran enemiga, mi gran agresora.

Cojo la botella de ron y lentamente comienzo a beber. El líquido se desliza por mi garganta como agua para sediento. Poco a poco mi melancolía se va transformando en euforia. Me estoy volviendo valiente.

Me dirijo hacia donde tengo la droga maldita. He sido su esclava durante toda mi vida y hoy me va a dar la libertad. Preparo una gran dosis. Con la bebida la melancolía se está transformando en euforia y me estoy volviendo valiente.

Comienza mi gran enemiga a entrar en mi cuerpo, lentamente. Y yo lo celebro tomando otro vaso de ron.

Creía que todo iba a ser rápido, pero como siempre me he equivocado. Tengo tiempo para pensar. Es algo que yo no creía que iba a ocurrir. Como siempre no he sabido valorar las consecuencias de mis decisiones.

La euforia se mezcla con el miedo. Intento levantarme, pero no puedo. Mis piernas son peles que no me dejan incorporarme. Sin embargo mi cabeza todavía sigue lúcida para pensar, para censurarme.

Mi última hoja de ruta. Capítulo 3

Siento que me estoy debilitando, estoy perdiendo visión y comienza algo que no creí que sucedería. Empiezo a quererme, a valorarme, a respetarme.

Imágenes rápidas pasan delante de mis ojos, son fogonazos de luz. Niños, mis hermanos, mi padre.

De nuevo el mar, las olas acarician mis pies. El viento acerca un barco a la orilla, lentamente. Vienen en él mucha gente. Agito la mano para que me vean, quiero subir al barco con ellos pero no quieren. Todos me sonríen. El vaivén de las olas va desplazando el barco, a veces se aleja y otras se acerca. Miro a mi padre que me está llamando, pero aunque esté nadando para acercarme no puedo llegar. Lucho contra las olas que cada vez se están volviendo cada vez más intensas. Mis brazos cansados se agotan de luchar contra la tempestad que ha comenzado. El agua azota mi cara y mis ojos quieren cerrarse, pero no puedo.

El barco se está alejando y siento que el agua me arrastra hacia la playa. Estoy inerte sobre la arena, pero sigo pensando.

Quiero volar pero me faltan fuerzas en las alas. En el horizonte hay una explosión de color, colores desconocidos, luminosos, insospechados.

Mi respiración es muy lenta, aspiro el aire con ansiedad e intento acercarme de nuevo a la orilla, pero cada vez está más lejos. Busco a alguien para que me ayude, pero de nuevo la soledad es mi compañera . Hasta el último momento me va a acompañar.

Trato de incorporarme pero una gran ola me arrastra hacia dentro del mar; me sacude. Una gran espiral comienza a aspirarme. La espuma me va creando un lecho marino, pero no termino de aceptar el espacio y lucho por subir a la superficie. Apenas puedo.

Por la arena aparece un perro pequeño, blanco. De nuevo la ola me devuelve a la orilla. Siento como ese animal me lame la cara, me da consuelo y cariño. De nuevo comienzo a sentir el apego de la vida, mi deseo de seguir viviendo se está haciendo grande. Mi cuerpo y mi mente se están debilitando, pero sigo viva.

La muerte se está haciendo esperar. Su tardanza se prolonga. Hay algo que no me deja marchar. La lucha eterna conmigo misma está actuando hasta en este último momento.

Siento como me mueven y un sonido lejano de una sirena me traslada. Luces blancas a mi alrededor centellean sin parar. Siento el vaivén de mi cuerpo. Ya no estoy en la arena, ni

tampoco en el mar. Estoy flotando en el aire, estoy ascendiendo lentamente, mi cuerpo no pesa, pero sin embargo mi mente sigue pensando. Estoy en una dimensión distinta que no conozco ni puedo dominar. He perdido el miedo, solo tengo curiosidad.No sé si esto es muerte o vida. Si es presente o eternidad.

De nuevo quiero volar, pero las alas me fallan. Pero una mano dulce me eleva. Abro lentamente los ojos y veo la cara de mi hija que me sonríe y me acaricia. Sus hermoso pelo est  rozando mi cara . Sus ojos llorosos están sufriendo por mí. Me susurra tenuamente:" Te quiero mamá".

Me abandono en este amor y en el que yo siento por mi misma. Me quiero. Me he reconciliado conmigo. Lentamente de nuevo aparece el arrullo de espuma, me va absorbiendo. Yo me llevo llevar sin oponer resistencia. S  que me voy, que estoy entrando en otra dimensión donde nadie me va a juzgar ni yo ser  juez de mi misma.Me voy rodeada del cariño de mi hija. Quisiera transmitirle como he logrado estar en paz. Cada vez me alejo más.

El caballo blanco de alas negras va desapareciendo para siempre. Se pierde también en la eternidad, en su eternidad. Porque yo viajo en libertad. Por fin puedo volar en el arrullo de espuma, soy libre.

Me desprendo de todo lo mezquino y entro en la armonía del universo. Formo parte de él

Siento un gran amor por mi misma.

Después silencio.

Aceitaos y aguardiente

Apenas amanecía -María se tiró de la cama, hacía un frío impresionante. En aquel pueblecito de montaña, las heladas en enero y febrero son abundantes. Vació el agua en la palangana para lavarse la cara, y desde luego que se espabiló, el agua, como todo lo demás, estaba helada.

Mientras peinaba su larga manta de pelo (atirantándolo y recogíendoselo en un moño bajo) María contempló su rostro. Era hermoso, estaba a punto de cumplir los cuarenta, no había tenido hijos, pero se conservaba bien. Estaba “cantuíta” como solían decir los hombres, y su cara, a penas delataba el paso del tiempo. Sus ojos, eran marrones y redondos, el rostro lucía un buen color y las mejillas sonrosadas, rebosaban salud. La boca, era carnosa y atrevida; en definitiva, era una mujer bastante atractiva, limpia, aseada y trabajadora, la mujer ideal, en aquellos tiempos de posguerra. El problema era que no había parido, y a la mujer que no paría, para que se le diera algún valor, tenía que matarse de trabajar, a fuerza de humillaciones y de humildad, pues el hecho de no ser madre ya la señalaba ante la sociedad, casi como un pecado y una desgracia que se unía, a la pena que ella sentía, por no haber podido engendrar un hijo.

Terminó de peinarse y volteó la mirada hacia la cama, donde su marido, dormía aún plácidamente. Se habían casado años atrás, fue una boda sencilla, donde hubo “aceitaos y aguardiente” solo para la familia. Pusieron el cuarto, en casa de su suegra y a

la mañana siguiente, les despertó su madrina de bodas, llevándoles el chocolate a la cama como era tradición.

Ahora, vivían en una casa grande, cerca del paseo, no era suya, pero la habitaban a cambio de la limpieza; la casa, era de unos “cortijeros” que vivían todo el año en el campo y venían en Semana Santa y Feria, ella la mantenía limpia, con las paredes blancas de cal y los suelos rojos y brillantes. Los pasillos, estaban llenos de pilistras bien cuidadas, el patio, rebosaba de geranios y jazmines, las damas de noche, embriagaban el aire, en las noches de verano.

María, abrió la ventana y despertó a su marido, tendría que bajar temprano a la plaza, a ver, si salía algún peón. El hombre, era encalador, pero en invierno, salía al campo, o a hacer alguna chapuza, según lo que daba el día, para al menos poder comprar el pan. Eran malos tiempos aquellos y un sueldo, era algo, con lo que no se podía ni soñar. Después de hacer el café (bueno, si se podía llamar café, a aquel brebaje negro, que se hacía con cebada tostada y molida) y recoger la cama; María, encendió la chimenea y puso a calentar, la plancha de hierro en las brasas. Por la noche, lavaba el delantal blanco, y por la mañana, lo terminaba de secar con la plancha.

Con el delantal como un copo de nieve, estirado y pulcro, salió a la tienda como cada día, a comprar el pan, una perra chica de manteca colora y una naranja, por si su marido se iba al campo. La tienda estaba muy cerca de su casa, el dueño, era un hombre corpulento, alto y rubio, tenía bigote y planta de estar, bien situado. María, se alisó el delantal nerviosamente, y entró dando, los buenos días. A Dios gracias, el tendero, estaba de espaldas. No se explicaba, por qué le inquietaba tanto, la

mirada de aquel hombre, era bastante amable, con todas las parroquianas, pero a ella, la trataba de una manera especial, cuando se le dirigía, buscaba sus ojos, hasta encontrar su mirada, sentía temblores en las piernas, como el estómago se le contraía y la verdad, no era precisamente por el hambre, que no faltaba en aquellos días.

Así era su vida, y así, se repetía rutinariamente cada día, cada semana, cada mes. Por la noche, se sentaba en el brasero, a la luz de un candil, esperando, que su marido llegara, él siempre salía al anochecer, a tomarse una latilla de vino y solía volver hacia las once, cenaba, un poco de cocido, que ella preparaba, con un puñado de garbanzos y un trozo de tocino añejo que le regalaba de vez en cuando su casera después, se iban a dormir.

La pasión, hacía mucho, que se había perdido entre ellos, sólo quedaba, rutina y costumbre. Una tarde, tuvieron una fuerte discusión, su marido, llevaba varios días de no tener trabajo y ese día, no había podido ni siquiera comprar el pan, a la hora de comer apenas si quedaba en la talega, un coscurro de pan duro. Se puso, como una fiera, gritándole, ¿por qué no lo has pedido fiado? María callaba, porque no podía decirle a su marido, que no quería pedirle favores, a aquel hombre, que tanto la inquietaba. Pero él, se enfurecía con su silencio, y volviendo a gritarle, decía, ¡inútil que no sirves para nada, ni siquiera pá traer chaveas al mundo! ¡eres una machorra, maldita sea la hora en que me casé contigo! y dando un portazo, se marchó.

María, estuvo llorando toda la tarde. Cuando iban a dar las doce de la noche, cansada de esperar, muerta de hambre, se fue a la cama, apenas se acostó, escucho que llamaban a la puerta,

se le encogió el corazón. ¿Qué ocurría? ¿Le habría pasado algo a su marido? Nerviosamente, logró ponerse el vestido, encima del camisón, y con el pelo suelto, bajó a abrir la puerta. No podía creer, lo que veían sus ojos, su marido venía acompañado, del hombre de la tienda -pasa Juan- dijo este, y tú ¿que estabas durmiendo? Pos anda, recógete esos pelos y fríe este gallo, nos invita mi amigo, además, traemos pan tierno y vino, reprendiéndola de nuevo, exclamó, ¡vamos María, espabila! María, subió la escalera y mientras recogía su pelo, las lágrimas, rodaron por sus mejillas, pálidas esta noche, por el sufrimiento y el cansancio.

Una vez cocinado el gallo, comenzaron a comer los tres. Su marido, hablaba por los codos y comía ansiosamente, ella, no levantaba los ojos del plato, y obedecía sumisamente, a todo lo que el marido le indicaba. Terminaron de comer y María, recogía la cocina, callada y con la cabeza baja. Cual no sería su asombro, cuando el marido, bostezando, se despidió dejándolos a los dos solos. Juan, la observaba, mientras ella, iba y venía por la cocina. Le dijo -ven, siéntate aquí conmigo- estás guapísima, como siempre (aclaró) ella, no se atrevía a levantar la vista, debería ser una pesadilla, sí, seguro que estaba soñando, porque ella, era una mujer casada y honrada, por tanto, no podía estar allí, en aquella semioscuridad, con un hombre, que no era su marido.

Juan, la cogió de la barbilla, obligándola a mirarlo, su cuerpo se estremeció, -Dios mío, perdóname, esto es un pecado- María, ¿tú sientes lo mismo que yo? Lo veo en tus ojos, te deseo, te quiero... María se retiró bruscamente, diciéndole -eres un hombre casado, no te equivoques, soy una mujer

decente- María, tu marido no te quiere, para él, sólo cuenta su propio interés, te vendería, de hecho te está vendiendo ¿es que no lo ves? “Vete de mi casa” contestó ella, soy una mujer honrada, pero.... ¿y lo que sientes? Juan, las mujeres no tenemos derecho a sentir, ni siquiera a pensar; vete, por lo que más quieras, no me deshonres, vete.

Hacía una tarde limpia, no había, ni una nube, se avecinaba la primavera y todo, parecía tener más color. María, iba con su cántaro y su cubo, a recoger agua. Cerca de la fuente había una taberna, donde se reunían los señoritos, a jugar a las cartas y al dominó. Estaba guapa y tenía un buen cuerpo, a pesar de sus cuarenta, era una mujer deseable, para cualquier hombre. Asomó un mozalbete al antepecho, y al verla venir, empezó a piropearla, los demás hombres, se envalentonaron, y corrieron todos, hacia la ventana, a decir groserías, fue entonces, cuando apareció Juan y los calló a todos, defendiéndola, nunca lo hubiese hecho, de allí, ya empezaron los cuchicheos....

Unos decían, -es que corre con ella- otros -que ella era una fresca, que corría con cualquiera- había, quien ya los había visto de noche, en las esquinas muy acaramelados y así, empezaron a forjar las rejas, que reforzarían la cárcel, destinada a María; Aún, no había pecado, pero la sociedad, ya la había condenado.

Había llegado el cine al pueblo, pero no todo el mundo podía gastarse, los tres o cuatro reales, que valía el gallinero, de donde se salía, con el cuello torcido para algún tiempo, mucho menos, se podía aspirar, a una butaca de las últimas filas, que era, donde se veía bien. Un domingo, su marido le dijo -María, vamos al cine, que traigo las entradas- muy extrañada, contestó

-tú estás loco, gastar los dineros en el cine cuando no nos alcanzan, ni para malcomer- “No te preocupes mujer, que me las han regalado” ¿Y eso? -alguien me debía un favor- venga, vámonos, que están enumeras ¿no querrás que la veamos empezada?

Ponían “María de la O” y María acabó llorando, a moco tendido, por aquella mujer tan guapa y tan desgraciada, pero más lloraba, cuando justo detrás de su silla, escuchó a su vecino el tendero, comprendió, que había sido él, quien regaló las entradas a su marido. Aquella noche, no podía conciliar el sueño, sentía detrás de ella, la respiración de aquel hombre y se le erizaba la piel. No podía entender qué estaba pasando, pero se estremecía, con solo escuchar, decir su nombre.

Lo cierto, es que aquello, se estaba convirtiendo en una costumbre, una noche sí y otra también, su marido llegaba a su casa con Juan, ella preparaba la cena, comían y bebían, los tres juntos, después, el marido, se iba a dormir y los dejaba, a los dos solos, poco a poco, se hicieron grandes amigos, ella, ya, no tenía tanta prisa, para que él se marchara, hablaban y hablaban, dejando pasar las horas sin sentir. El, la respetaba, aunque no podía evitar, comérsela con los ojos, María se enamoraba cada día más y lo que al principio le parecía, un terrible pecado, ahora, le era tan familiar, que ya no podía recordar, como era todo antes, de que Juan apareciera en sus vidas.

Una tarde, cuando iba a recoger el agua, estaba el cielo oscuro y amenazaba tormenta, estalló, antes de lo que ella esperaba, daban unos truenos muy grandes y empezó a diluviar. María,

no llevaba paraguas, Juan, salió a su encuentro, a protegerla con el suyo. Llovía a cántaros y a pesar del paraguas, llegaron a casa empapados, se acercaron a la chimenea, para secarse un poco la ropa.

Maria, ayudó a Juan, a quitarse la gabardina, él, sacó su pañuelo y delicadamente, secó su cara, muy suavemente, como una caricia, continuó dejando caer el pañuelo, recorrió, con la yema de los dedos, la curva perfecta y carnosa de sus labios, bajando por la garganta, deslizándose por el canal de su pecho.... Desbrochándole el vestido, fue dejando al descubierto, sus pechos blancos, firmes y nacarados, la besó en los ojos, la nariz, las mejillas, muy dulcemente, saboreando, palmo a palmo, cada pliegue de su cuerpo, cada rincón, cada momento, fundieron sus cuerpos, dando rienda suelta, a la pasión que estaba consumiéndoles. Por fin, se estaban amando, delante de aquel fuego, que era testigo, de la lucha, que ambos, habían mantenido, reprimiéndose día a día.

Se hizo realidad un sueño, que nunca se habían atrevido a soñar, dando rienda suelta a su amor, que no entendía de leyes, ataduras y menos aún, a la sociedad, que ya les había condenado, hacía mucho tiempo.

Dejó de llover y arrebujados delante del fuego, no escucharon, el ruido de la puerta al abrirse, allí, delante de ellos, estaba su marido y la hermana de este, que histérica, gritaba ¡mátalos hermano mío, que esa puta, ha deshonorado esta casa y lo menos que se merece es eso! Echaron a Juan a la calle, y a María, la apalearon y arrastraron tirándole del pelo. Más tarde, cuando se habían despachado a gusto, contra la infiel, la dejaron en la calle con lo puesto.

Se quedaron con su ajuar, que era poco, pero buen trabajito que le había costado juntarlo, y lo que más le dolió, fueron los zarcillos de oro, regalo de su padre, que no los volvería a ver, nunca. La despreciaron todos, hermanos, cuñados, primos, vecinos, amigos, y a su vez, le negaron la oportunidad, de pedir perdón a su padre. Huyendo, con los pies ensangrentados de ir de puerta en puerta, llegó a un anejo del pueblo, donde una prima lejana, se apiadó de ella y la acogió en su casa.

Su prima, era "estraperlista" y ella, le ayudaba a vender, azúcar y café, arriesgando así, el pellejo, día tras día. Una tarde, venía de vuelta a casa de su prima y en un recodo del camino, se encontró a Juan, alguien, le había comentado, que pasaba por allí todos los días y el hombre, la estuvo acechando hasta que la pudo ver. La llevó al pueblo, donde había alquilado, una casita muy pequeña, que compartía, con un anciano. La casa, estaba muy sucia y el anciano, que no tenía a nadie, andaba solo, de los piojos que tenía.

Cuando María entró en la casa, sintió ganas de salir corriendo, tenía un sibanco muy alto, este, daba paso al interior de la estancia que hacía de cocina, comedor y sala de estar, medía, aproximadamente, dos metros de ancho, por tres y medio de largo, a la derecha, tenía una chimenea y al fondo, unas cantareras, (hueco que ella, habilitaría más tarde, como despensa) una escalera de cinco peldaños, daba paso al dormitorio, muy oscuro, con una ventanita muy pequeña; A la derecha de la escalera, había otros seis escalones, que conducían a una cámara, con el techo muy bajo, allí, se instaló María.

Trabajó, de noche y de día para poder acondicionar aquello un poco. No había cal en las paredes, que recordara, si la habían tenido alguna vez, telarañas, colgaban del techo como única decoración, y en los suelos, a fuerza de frotarlos, aparecieron unas baldosas rojas, que no eran, ni feas. Después de limpiar la casa, María llenó un baño de agua caliente y aseó al anciano, le afeitó, cortó el pelo y despiojó.

Juan, iba cada noche a verla y le llevaba comida y regalos. Poco a poco, aquello fue pareciéndose a un hogar, y ella, volvió a recuperar su lozanía y el rubor de sus mejillas. Así, estuvieron durante un largo periodo de tiempo, hasta que Juan, se halló con valor, para dejar a su esposa, ellos tampoco habían tenido hijos, pero tenían dinero, y así, fue más fácil, para esta mujer, la separación, ya lo dice el refrán, las penas con pan son menos. Juan compró la casita, y al morir el anciano, la fue acondicionando un poco, para vivir en ella; A María, no le faltaba nada, estaba bien vestida, tenía alguna que otra joya, para embellecerse y jamás, le faltó la comida. Siempre, había jamón en casa y ella, que era generosa, lo compartía, con quien llamaba a su puerta, con hambre. En cambio, no podía salir a la calle, ni a tomar el fresco, había sido infiel y se la consideraba una mala mujer. Juan, trataba de compensarla, y alguna vez que otra, la llevaba de viaje.

Así conoció, Sevilla, Jerez, Málaga y algún, que otro sitio más.

Un día, sintió doblar las campanas, había muerto su padre, vistió de negro y echándole valor al asunto, se presentó en casa de sus hermanas, (quería verlo por última vez) el anciano, había muerto, pidiendo ver a su hija, pero sus hermanos, no consintieron en llamarla. Por ello, al llegar a casa, le cortaron el

paso, prohibiéndole entrar y acusándola, de haber matado al padre de vergüenza, por ello, consideraban, no tenía derecho ninguno, a estar allí, y la echaron, a la calle.

Desesperada, se fue a la parroquia, quería rezar y pedir perdón a Dios, cayó de bruces ante el sagrario, cuando apareció un cura, de aquellos con coronilla, que extendían la mano protocolariamente, para que se le besara, como algo sagrado, enfiercido preguntó ¿dónde crees que estás, María? Sollozando, contestó ella, -en la casa de Dios- pero tú, le has ofendido, ¡vete! y la echó del templo sin contemplaciones.

Aquel buen hombre de iglesia, olvidó, que Dios es justo y misericordioso.

María volvió a casa destrozada, y allí, en su inmensa soledad, lloró, rezó, y permaneció encerrada, durante muchos años, con el consuelo, de que dieran las once o

las doce de la noche, en que Juan volvía del casino, sumergida en aquella pasión, con la que él la envolvía, volaba, sintiéndose libre y protegida entre sus brazos.

Cuando Juan enfermó, se marchó con sus hermanos, y poco después murió, dejándola terriblemente sola. Ella, nunca se había preocupado, de pedir nada y lo único que le quedó, fue un seguro, que Juan le había estado pagando, para que pudiera algún día cobrar la vejez. La casita, pudo seguir habitándola, gracias a la mujer de éste, que generosamente, se la dio vitalicia.

¡Otra vez estaba sola! y sin tener para comer, empezó a buscar trabajo, aunque las cosas estaban cambiando, no le fue nada

fácil, tenía sesenta y dos años y no podía aspirar a mucho, pero si no seguía pagando el seguro (los tres años que le quedaban) no iba a poder cobrar. En esos tiempos, ya no se podían pagar las muchachas, para limpiar, entre otras cosas, las mujeres, estudiaban, o se iban al extranjero a trabajar en fábricas, en vez de fregar suelos en el pueblo, y esa fue, si puede llamarse, su suerte.

Entró de chacha en una casa, donde por su historia, la trataban bastante mal, y lo peor es que la humillaban, constantemente. Allí aguantó, mientras pudo, después se fue a cuidar a un viudo y sus hijos, por dos perras, que apenas llegaban para el seguro, y una rosca de pan, gracias a una buena vecina, podía comer caliente, de vez en cuando. Pero, una nueva y definitiva cárcel, le estaba acechando, dio un porrazo y se rompió la cadera. Gracias a esto, empezó a cobrar por enferma, después de muchos meses de hospital, volvió de nuevo a su casita, de la cual, no podía salir con sus bastones.

Para entonces, la sociedad ya había cambiado, veía la misa en el televisor y los curas, iban a su propia casa, a darle la comunión. Estaba siempre, rodeada de gatitos, que le hacían compañía, también la visitaba, mucha gente joven a la que ella, les contaba la historia de su vida y enseñaba una foto, que Juan, le mando hacer en grande, una vez que fueron a Sevilla.

Era el último día del año, María estaba en el porche, sentada en la butaca. No sabía que hacía allí y la verdad, no le preocupaba mucho, a aquella altura de su vida. Contemplaba el horizonte, que como siempre estaba lejano y azul. No hacía frío en aquel

lugar y eso, que era diciembre. Sintió un aleteo, eran gaviotas, claro, por eso no hacía frío, estaba cerca del mar, por eso era tan azul el horizonte. Llegó una señorita vestida de blanco, - vamos María, es hora de irse a la cama- estaba muy a gusto allí, pero no protestó, siempre había hecho, lo que los demás querían, por qué revelarse ahora.

La cama estaba limpia, y olía bien. Aquella mujer, la cogió de la silla de ruedas y la metió en la cama, con tal facilidad, que pensó, no debo pesar, ni veinte kilos, sin embargo, no puedo rodearme en la cama, las piernas, parece que son de plomo.

Cuando despertó, era casi el amanecer. De pronto, sintió, que podía mover las piernas, se incorporó y salto de la cama, fue hacia la ventana, describió las cortinas y la abrió, allí fuera, estaban las gaviotas, volaban libremente.

No pudo envidiarlas esta vez, de pronto, estaba junto a ellas, volaba hacia el horizonte, que no acababa nunca, volvió, saltando entre nubes blancas de algodón y al mirar hacia abajo, descubrió, su marchito cuerpo sin vida, en la cama de aquella residencia, para enfermos terminales. Junto a él, quedaba todo el lastre de las cadenas, que arrastrara durante toda su vida, y elevándose hacia la luz maravillosa del universo, su alma gritó y sintió, algo, que en su miserable cuerpo humano, nunca se había atrevido ni a pensar, ¡libertad, al fin libertad!.

La visita de Elisa

María Dolores Jiménez Ruiz

Capítulo I

Carmela del Bosque paseaba junto a Elisa, su hija, y Joel Cycely, su marido, por la avenida Pablo Picasso, principal arteria del casco antiguo de Concordia Park, y, en silencio, contemplaban las hileras de altas casas y esbeltos edificios que conservaban las fachadas restauradas de antiguas villas señoriales, que albergaban hoy las viviendas de las personas más influyentes y acomodadas de la ciudad. Tenían el ‘privilegio’ de trabajar en los complejos comerciales, hospitalarios y residenciales que se extendían sobre la zona de ampliación del milenario enclave, en la llanura de la que fuera una fértil vega que ofreció sus mejores productos a generaciones enteras de concordanos. Y al fondo, sobresaliendo majestuosa por encima de los rascacielos, se recortaba cada atardecer, desde la noche de los tiempos, la bella e impresionante silueta de la Peña de la Mujer Dormida, pues recordaba el perfil de la cabellera, el rostro, la curva del seno y el torso de una muchacha tumbada.

Las calles del hermoso municipio de principios del siglo XXI, escalonadas y adoquinadas muchas de ellas, eran, hoy, en el siglo XXII, anchas avenidas de suaves pendientes. Todas ellas estaban adosadas a las tradicionales calzadas por donde

circulaban los vehículos eléctricos; y a las aceras, espacios por los que muy pocos caminaban. Tanto la extensa y moderna Vega como el casco antiguo de la ciudad, habían sido cubiertos por estructuras de altas mamparas de cristal, acero y aluminio para aislar el recinto de las inclemencias del tiempo.

La zona moderna de Concordia Park, que se había desarrollado a lo largo del siglo XXI, era ahora una abigarrada y ordenada confusión de construcciones que emulaban la arquitectura de las grandes y más modernas urbes del viejo continente. Concordia Park se había convertido en una de las metrópolis mejor dotadas del sur de Europa. Lejos quedaba aquel pueblo de unos quince mil habitantes que basaba su economía en el sector agrario.

Capítulo II

En el año 2110, Elisa visitaba, junto a sus padres y por primera vez, la ciudad de donde eran sus ancestros por parte materna. Carmela, su madre, era una concordana de nacimiento perteneciente a la última generación de una familia que vivió allí durante siglos y que, apenas, ella misma recordaba, pues sus padres abandonaron la localidad cuando ella y sus hermanos eran pequeños. Llevaban más de un año residiendo en la cercana capital, Flavia Malaca, y el día 21 de marzo, jornada primaveral y luminosa, llegaron a Concordia Park.

La transformación de Concordia, antes de que se le añadiera el ridículo Park, en inglés, se inició con la construcción de varios campos solares y algunos parques eólicos. También se había levantado una central de biomasa, que al igual que los otros sistemas, producía electricidad, cada vez más demandada. Aquella lejana central, curiosamente, había sido objeto de un gran rechazo por parte de los concordanos de la época, pues no la consideraban ni útil ni rentable y creían, además, que contaminaría su límpido aire. Años atrás, en el 2014, habían levantado un centro penitenciario en las afueras de la ciudad de grandes dimensiones que fue alterando el cansino y pausado ritmo de unas gentes que vivían del olivo. Para mediados de siglo, los alrededores se fueron cuajando de invernaderos y los polígonos industriales crecieron sin cesar ante las demandas que generaban los nuevos residentes, que, en varios lustros, habían logrado incrementar considerablemente el censo poblacional de la localidad.

Capítulo III

La población española envejecía a pasos agigantados al no haber relevo generacional; ya que las mujeres seguían teniendo que renunciar a tener hijos para poder trabajar fuera de casa, porque los hombres seguían muy reacios a asumir esa igualdad que las fuerzas sociales y políticas pretendían inculcar incluso creando leyes, que, no se sabe muy bien las causas, nunca fueron demasiado eficaces. Para las mujeres de clase media, ser madre era visto como una especie de privilegio, sólo al alcance

de las más ricas que podían dedicar el tiempo y los cuidados necesarios a sus vástagos, además de garantizarles el acceso a una serie de recursos a los que las otras no podían acceder, como procurarles una enseñanza de calidad y pública o una sanidad de idénticas características. Se había llegado a considerar el aborto como un derecho de la mujer, por lo que eran muchas las que utilizaban esta práctica como si se tratase de un método anticonceptivo más, con objeto de no ver alterada su forma de vida y para que no empeorase, porque la progresiva caída del llamado Sistema de Bienestar por las continuas crisis provocadas por los próceres de un capitalismo decadente pero voraz, de los gurús de la especulación financiera y la imposición a los Estados de las reglas carentes de ética del sacrosanto Libre Mercado, empobrecieron brutalmente a los millones de europeos que habían vivido durante décadas en una burbuja de confort que acabó estallándoles en la cara, sin que pudieran hacer nada para evitarlo, porque de poco sirvieron todas las movilizaciones ciudadanas, unas pacíficas y otras violentas, que emprendieron para derrocar a un sistema que cada día les amargaba más sus días. Hasta que llegó la catástrofe mundial que sumió en las tinieblas a la humanidad durante tres terribles años.

Los mayores eran los que mejor vivían mientras la juventud y la mediana edad mundial languidecía. La codicia, la falta de ética, la corrupción y el escaso respeto por los derechos humanos, se fueron extendiendo por todo el orbe como una oscura mancha de aceite. El planeta había decretado la muerte de sus dioses para lanzarse a los brazos del demiurgo y el

nihilismo. Sin embargo, a una población mayoritariamente compuesta por personas mayores, escépticas, de vuelta de todo y cansadas, parecía que nada de esto les preocupaba. Muy al contrario, se veían deseosos de disfrutar con avidez de los privilegios que les ofrecía su tan merecida jubilación en sus años dorados, y el paraíso para tal fin estaba en las tierras del sur de la curtida piel de toro. Así se fue creando una infraestructura pensada y diseñada para acoger a estas gentes en lugares tranquilos pero cercanos a las costas mediterráneas de un mar que apenas albergaba vida ya, debido al gran aumento de su acidez alterado por la contaminación humana. El buen tiempo, pues sólo llovía cuando se provocaban tormentas artificiales en los centros climáticos de cada región, y la hospitalidad entrenada de sus habitantes, eran las claves para reunir en dichas zonas a los jubilados de la gran Unión de los Pueblos de Europa (UPE).

Y Concordia era una de las mejores candidatas por hallarse en el centro de Andalucía. En ello se afanaron los grupos políticos, que no dudaron en favorecer los intereses de los propietarios de grandes extensiones de tierras de cultivo que todavía perduraban a mediados del siglo pasado, con nuevas leyes para que en sus suelos se pudieran construir todo tipo de edificios, mientras las grandes multinacionales tomaban el relevo del cultivo intensivo en tierras africanas. Así, la veterana Concordia, acabó añadiendo ese vulgar Park a su nombre, que, poco a poco, la iría despojando de su esencia histórica para convertirla en una aglomeración artificial de edificios y

personas destinados a prestar ciertos servicios. Lo mismo que era la antigua City de Londres.

De todo esto hablaban los padres de Elisa y sus amigos mientras almorzaban en la recoleta intimidad de un bello rincón que seguía funcionando como bar-restaurante, llamado El Carbón, tras haber admirado y fotografiado una vez más la hermosa Plaza de la Concordia, que no había cambiado nada desde hacía tres siglos. Al caer la tarde subieron a pie la lejana “Cuesta del Cerro ”, vía que conducía hasta una pequeña ermita situada en lo más elevado de un monte donde se encontraba un lienzo que contenía la imagen de la patrona de Concordia, una mujer a la que se había considerado virgen y al mismo tiempo madre del Dios de los cristianos: Jesucristo. Se trataba de la Virgen María amamantando a su hijo, y por eso se vino en llamar a la señora de Concordia como la Virgen de la Leche. Aún en el siglo XXII existía una pequeña comunidad ultracatólica que la veneraba, cosa muy singular en un tiempo en que las grandes religiones monoteístas habían sucumbido y hoy se hallaban al borde de la desaparición tras la profunda transformación experimentada por los habitantes de un mundo que no otorgaban concesión alguna a las cuestiones de fe o creencias mientras todos los esfuerzos se centraban en conocerse a ellos mismos y sus capacidades tanto desde el punto de vista de la inteligencia como del de las emociones.

Pero los monumentos se conservaban, se restauraban y seguían siendo visitados por miles de turistas, y aquel templo había

recuperado su viejo esplendor al ser remozado hacía treinta años. Durante más de medio siglo habían permanecido cubiertas por una gruesa capa de yeso las bellas columnas de la nave central para evitar que siguieran deteriorándose, y sobre todo, para crear una estética de blanco immaculado que predominó en el templo desde finales del siglo XX. Ahora lucían tal como eran. También volvieron a colocar unas vidrieras que habían sido sustituidas por celosías de madera, que, de nuevo, inundaron el interior del santuario de una cálida gama de haces de luz coloreados. Además, la cúpula cercana al altar, compuesta por exuberantes relieves frutales y cabezas de leones, había sido restaurada por un pariente de Carmela, rescatándola de este modo de aquella blancura del olvido.

Carmela del Bosque les contó que el artista que restauró el recinto, su primo Andrés Federico, era nieto del hermano de su abuelo, a la sazón, Manuel del Bosque Córdoba, del cual había heredado sus cualidades, pues también había sido pintor, escultor y restaurador. Aquel legendario Manuel, según contaban las crónicas familiares, había sufrido en sus carnes la intolerancia de unos cuantos fanáticos de la época, persistentes fantasmas de una etapa dictatorial llamada Franquismo que había durado cuarenta años. Y hacia finales del siglo XX y principios del XXI, se obstinaban en mantener en un segundo eterno plano cualquier manifestación plástica o artística que hiciera distraer al feligrés de su ensimismada mirada fija en la imagen de la Virgen de la Leche. Por eso al abuelo de Andrés Federico le prohibieron retirar aquella fina capa de yeso blanco que cubría los relieves de la cúpula; hasta que él logro lo que

parecía imposible en 2105, ya en el siglo XXII, consiguiendo que ahora todos los visitantes pudieran contemplar aquel estallido de color que formaban las frutas, las cabezas de león y las plantas que todo lo envolvían.

Tras recorrer los lugares más emblemáticos y característicos de la vieja Concordia, Carmela continuó desgranando retazos de la larga historia de aquella remota tierra de la que pocas veces les había hablado a sus familiares. Les recordó lo que ellos ya sabían por haberlo visto en libros, reportajes o películas. Poseían información de la ciudad y su pasado, pero nunca hasta ese día habían palpado otra realidad que no fuese la virtual. Se maravillaron de entrar en aquellos vetustas iglesias y en las ostentosas casas de hermandad de aquellas cofradías que recogían en sus museos los enseres y todo el legado de la que fuera una de las festividades más importantes, la Semana Santa, en la que se recordaba la “Pasión y Muerte” de Jesucristo, personaje al que millones de personas en el mundo han considerado durante más de dos mil años como Dios y en torno al cual se erigió el grandioso poder de la ya casi desaparecida Iglesia católica.

--Hoy, Concordia Park ya es otra cosa, dijo Carmela. Todo esto representa su pasado. ¿Entendieron los concordanos que podían sobrevivir gracias a su capacidad de adaptación a los requerimientos de esta vieja y decadente Europa? Quizá sí fueron capaces de ver que atrás quedarían los tiempos en que la juventud había sido la edad más ensalzada por los poetas y publicistas.

--Claro, añadió Joel: Desde hace cincuenta años España es el epicentro de una sociedad gerontocrática, y aquí todos los que se quedaron se han formado y dedicado profesionalmente a satisfacer las demandas de este colectivo social. Es una pena que casi no tengamos ya hijos y que todo gire alrededor de los ancianos. Hemos pasado de tenerlos relegados a un segundo plano a convertirlos en lo principal, descuidando peligrosamente el bienestar de las personas más jóvenes por el sólo hecho de no estar en condiciones de aportar suficientes recursos económicos al entramado socioeconómico para que éste le garantice nada. En el reino animal, solo los más fuertes y mejor dotados sobreviven, lo que deja fuera, en situaciones extremas, a los no adultos, a los demasiado viejos y a los discapacitados. Y éstos, los ancianos que han tenido tiempo de blindarse reuniendo dinero toda su vida para no ser devorados o abandonados a su suerte, aquí están tan tranquilos, ajenos a todo, porque a ellos no les ha afectado con la misma crudeza el salvaje y decadente clima de las últimas décadas. Callaron y miraron a una pareja de setentones que jugaban al golf, charlaban y sonreían joviales aparentando veinte años menos de los que tenían gracias a la cirugía estética.

Capítulo IV

Elisa Cycely del Bosque, de quince años de edad, pensaba que los jóvenes como ella lo tenían todo muy negro y muy crudo en Europa, en América o en Asia. Que podían haberse unido bajo las mismas políticas todos los estados y haber creado la rimbombante Unión Democrática Terrestre (UDT) pero que todo era un engaño descomunal. Sabía que ella y sus padres tenían mucha suerte porque en su añorada Austerlich todo funcionaba bien. Se sintió inquieta al ver que hacía doce meses que ella y su madre habían dejado su patria para reunirse con su padre en Flavia Malaca. Asterlich era un estado independiente, libre y democrático que se había desmarcado de la UDT y al que sólo habían podido ir a vivir unos pocos millones de personas procedentes de todo el globo. Entonces eran despreciados y considerados una especie de locos, ridículos e iluminados por un idealismo utópico que mezclaba el humanismo, con el cientificismo, el ecologismo el keynesianismo, el marxismo y no se sabe cuántos –ismos más. Lo lograron sus abuelos paternos. Su madre había conocido a su padre en una de las visitas de éste a Flavia Malaca, cuando viajó con el grupo de médicos genetistas de Asterlich hasta la ciudad sureña de la UPE, requeridos por las autoridades políticas para que colaboraran en un proyecto médico-científico destinado a investigar varias de las enfermedades más graves que afectaban a la población, como el cáncer o las alergias mutantes de millones de afectados por la sensibilidad química múltiple.

Observaron que los ancianos les miraban como si fuesen seres extraños. Al poco tiempo de venir a vivir a Flavia Malaca,- un

siglo antes llamada Málaga, bautizada así al ser reconstruida algunos kilómetros al interior, cerca de su emplazamiento original, a causa de la subida en varios metros del nivel del mar por el deshielo de los casquetes polares por culpa del calentamiento global- se enteraron de que, los jóvenes, a los que se suponía fuertes y sanos, en un mundo donde las enfermedades y alergias proliferaban, eran la mercancía más preciada por los traficantes de hombres que habían levantado un nuevo mercado de esclavos. Servían para realizar todo tipo de trabajos duros y peligrosos al margen de la ley mientras enriquecían a quienes les obligaban. Supieron que la prostitución, en cambio, se consideraba una profesión más porque se concluyó que moralmente no era algo indigno que una persona hiciera uso comercial de su propio cuerpo del modo que quisiera, sin que se admitiera consideración sobre las causas que le llevarían a ello, como la extrema pobreza, la adicción a drogas o ser obligada por mafias; e incluso había grupos políticos que pretendían legalizar la pederastia de manera que los adultos que quisieran mantener relaciones sexuales con menores, tuviesen la puerta de la ley abierta para hacerlo siempre y cuando garantizaran a los padres o tutores de éstos que a cambio de ello les proporcionarían una vida sin carencias , ya que las desigualdades en todo el planeta, las diferencias entre ricos y pobres se habían agudizado tanto, que más de cinco mil millones de seres sobrevivían en condiciones cada vez más precarias y estaban dispuestos incluso a vender a sus hijos, prostituirlos o entregarlos a perversos sexuales a cambio de dinero o la promesa de escapar de la adversidad.

Elisa reflexionaba sobre estas cosas y deseaba poder volver cuanto antes a Asterlich. Quería dejar Flavia Malaca y terminar pronto la visita a Concordia Park, lugar del cual procedían su madre y sus abuelos maternos. Subieron todos a un tranvía que les dejó en el centro de la Vega. Descendieron a una cinta deslizante que los condujo hasta uno de los centros de ocio. Observó que, a su paso, algunos la miraban de reojo o, con descaro, volvían la cabeza para escrutarla. Su padre la vio algo turbada y la miró con cariño mientras sonreía; y le preguntó -- ¿sabes porqué te miran así?, pues porque para estos vejestorios eres un bicho raro. Los únicos jóvenes que ven son los empleados de las tiendas y algunos cuidadores, hijos de estas últimas generaciones de africanos y latinos que todavía seguían teniendo varios hijos en estas tres últimas décadas. Creo que tu presencia les recuerda que están lejos de la infancia, que han perdido la inocencia que tú posees y que viven en un gran tinglado montado para hacerles olvidar lo efímero de la vida y lo cerca que están de la muerte.

-- Papá, dijo Elisa: me gustaría que nos fuésemos cuanto antes. He visto en Flavia Malaca y en otras ciudades europeas que cada día hay más pobreza, más violencia y más sufrimiento. Los niños y los jóvenes están siendo cada vez peor tratados ¿Por qué estos ancianos están al margen de todo? ¿Es que no pueden o no quieren hacer nada para ayudar? ¿Y qué ocurre con los concordanos? ¿Solamente en Austerlich estamos a salvo? ¿La gente ya no sabe lo que es la cooperación, la solidaridad, el respeto..., ni nada?

Ahora quien se hallaba desasosegado era Joel por las turbadoras palabras de su hija. Quizá se había equivocado Carmela al llevar a la hija al pueblo de sus ancestros, cuando ya no era lo que fue y cuando ella provenía de un lugar donde estas desigualdades no existían, y debía haber calculado que podía ser muy duro para su joven sensibilidad. Joel, sin embargo, no pudo evitar pensar que por mucho que queramos proteger a nuestros hijos de todos los peligros y las desgracias, es muy difícil, porque también éstas recaen sobre los justos y hay que estar prevenidos.

La madre, que se había quedado rezagada para despedir a los amigos, no había oído la conversación; pero cuando se acercó a ellos, por la cara de turbación de la niña y la seriedad del rostro armonioso del hombre que tanto amaba, comprendió que aquella visita debía concluir cuanto antes. Les propuso que debían hacer algo muy importante que recordarían para siempre antes de dejar Concordia Park. Salieron de uno de los centros comerciales y enfilaron la avenida de las Edades del Hombre que desembocaba en la rotonda de Fuente Esperanza, donde se había construido una preciosa zona ajardinada que rodeaba el monumento a la Paz, levantado después de la III Guerra Planetaria. Y presidiendo la pendiente de calle Nueva, se alzaba el edificio más alto y espectacular, lleno de oficinas, consultas médicas, gestorías, asesorías y algunos restaurantes que se asomaban, desde sus inmensas vidrieras, al paisaje urbano. En lo más alto, se había instalado un observatorio astrológico con telescopios y otros instrumentos ópticos y un cine holográfico.

Mientras se dirigían al Grial de las Estrellas, que así se llamaba la torre, Carmela pensaba que si bien Asterlich era un refugio a donde, por suerte, aún podían regresar, era inmensamente triste y doloroso ver que el mundo entero se derrumbaba sin remisión. Y ajenos a todo, aquellas criaturas que habían venido a vivir la recta final de sus vidas a Concordia Park, nada querían saber más allá de sus denodados esfuerzos por mantenerse sanos y ‘jóvenes’, con sus dientes postizos, sus bíceps, culos y tetas rellenos de silicona, sus píldoras para poder seguir manteniendo sexo entre ellos o pagar los servicios de quienes vendían sus cuerpos. Concordia Park, pensó, ya no significaba nada para ella, y desde luego, nada era para su amada familia. Sólo el casco viejo de la ciudad, que conservaba el trazado y los edificios de principios del siglo XXI, había llegado a conmoverla de algún modo. Los habitantes de Concordia Park ahora eran ricos o muy ricos, pero habían perdido la identidad de un pueblo, una cultura y un sentir común. Habían perdido el alma.

Cuando los tres subieron aquella tarde al mirador del Grial, ninguno de los tres había siquiera imaginado que iban a contemplar una de las puestas de sol más bellas que se pueden admirar en la tierra. Mientras las moles de cristal, hormigón y acero de la llanura se sumían en la penumbra, el cielo del crepúsculo concordano se teñía de los más bellos tonos rojizos, anaranjados, rosáceos, celestes y amarillos alrededor de la portentosa figura recortada en el horizonte de la Peña de la Mujer Dormida mientras el astro rey se ocultaba tras su perfil.

Y Carmela pensó que, a pesar de todo, Concordia tenía algo especial que seguiría estando ahí hasta el fin de los tiempos. Y ese algo era aquel cielo que había logrado el milagro de llevar unos instantes de éxtasis y felicidad a los corazones de miles de seres.

Maldita inmortalidad

Estoy en una habitación donde los robots de turno avanzan hacia mí. Quieren de nuevo insertarme. Les corresponde estimular a los de las habitaciones circulares.

Pero yo no quiero vivir. La eternidad no está hecha para el ser humano.

No comprendo por qué fui elegida, ó puede que si, ya que unas terribles voces en mi niñez, me anunciaban algo trascendental.

Y todo sucedió en una madrugada extraña. Una luz blanquecina avanzaba hacia mí, girando rauda en el suelo. Mi hijo muy pequeño lloraba. La soledad lo inundaba todo, mientras que la luz se aproximaba. El miedo crecía, pero sus ojos azules y su carita pequeña me dieron fuerza para cerrar los ojos y abrazarlo. Luego el silencio lo invadió todo; solamente nos acompañaban las babosas, deslizándose por las paredes húmedas.

Transcurrió el tiempo y me olvidé de las voces y de la luz. Seguí mi sendero de vida, saboreando los olores y sabores del amor. Mi vida era cálida. Me fui prolongando a través de mis hijos. Iba abandonando mi juventud y aproximandome a una madurez dorada....

Pero llegó el cambio, una noche de invierno, de madrugada. De nuevo aparecieron las voces, la angustia y la incertidumbre. No sabía que pasaba; pero presentía que algo peor que la muerte me iba a ocurrir.

De nuevo la luz destellante me acorraló en la habitación donde estaba. Mientras una lluvia incesante azotaba una pequeña ventana. No dije nada. Agotada me senté en una silla a esperar. La luz seguía dando vueltas a mi alrededor; me transmitía inquietud.

Ví pasar mi vida, sentí como me alejaba sin moverme de allí.

El sol no venía a auxiliarme, solo la soledad de la noche era mi compañera. Mientras la luz era cada vez más fuerte. Bruscamente paró. Y yo recé, recé, recé para que nada fuera cierto y que todo fuera fruto de mi imaginación. Los minutos me flagelaban con su lentitud. Finalmente el alba trajo el canto maravilloso del gallo. Pensé: "Ha sido una alucinación". Pero de repente sentí unos deseos inexplicables de tomar contacto con el agua. Bajo la ducha me sentí desfallecer, mi cuerpo me abandonaba camino de una luz mortal. Sentí como me desvanecía y me trasladaban a un hospital, a un sitio especial. Decían que era una enfermedad contagiosa. Pero allí comenzó el experimento con las células madre de mi pelo.

Había comenzado el calvario de mi peregrinar por la eternidad. Pasé a engrosar la lista de los "supuestamente" seres privilegiados, que teníamos una mente afín con las voces.

Allí comencé a medir mi existencia no en años, sino en sendas.

¡Malditos investigadores que hicieron al hombre casi inmortal!

El robot se acerca, el tubo donde estoy metida gira. Estoy flotando en un líquido similar al agua. Es como un vientre artificial. Dentro del tubo el movimiento se ralentiza y

despliega un haz de luz intermitente. Estoy recibiendo una renovación parcial.

Me van a sacar del tubo y retornaré al espacio tres del distrito trece.

Intentan anular mi pasado, pero no pueden; porque aún tengo voluntad. Y aunque formo parte del experimento de la primera generación no lograron doblegarme en esta eternidad, donde no hay años, ni siglos, ni milenios.

Pero yo sigo queriendo mi pasado, mi final unido a mi principio.

En los cientos de sendas como superviviente de esta eternidad no han logrado despojarme de mis recuerdos.

Ahora el sol es rojo púrpura en un cielo violeta. Nunca desaparece. Es un día perpétuo de luces desconocidas

Hemos perdido el don maravilloso de la palabra. Toda nuestra belleza primitiva ha desaparecido.

La energía es nuestra fuente de alimentación.

Ya no hay árboles hermosos, ni verdes prados. Solo nos rodea la luz purpura, persistente.

¡Soy tan diferente a como era en mi pasado! Mis brazos se han alargado, tengo introducidos unos sensores en mis primitivos dedos. La cabeza se ha ensanchado y el pelo ha desaparecido. Sigo teniendo ojos, pero no tengo orejas, ni boca para entrelazar palabras hermosas. Ya no respiramos porque el oxígeno desapareció y con él los pulmones.

Simplemente tenemos energía y eternidad.

Mi mente regresa a una hermosa fuente que desborda agua pura. Doy vueltas por un verde prado de margaritas...

Tengo que dejar de pensar. Las ondas me están interfiriendo. Transmiten energía contraria a mis pensamientos.

Recuerdo cuando entraba el aire en mis pulmones expandiendolos, dandoles vida. La respiración es la cosa más hermosa que recuerdo. Era un orgasmo continuo del organismo cuando el oxígeno inundaba todo mi ser.

Curiosamente las endofinas de mi cuerpo se siguen produciendo. Aún sigo percibiendo ruidos que ya no existen. Porque solo hay vibración que se expande en los espacios violaceos. Pero en mi interior aún sigue sonando la música, que me dá un poco de consuelo en este transcurrir de cientos de sendas, cientos de mis antiguos años.

Miles de cambios he vivido, pero sigo recordando mis orígenes y la imagen del gran amor de mi vida. Hablo del amor como si alguien comprendiera que es eso. No existe. Se perdió. El ser humano se transformó buscando la eternidad. Ya no queda nada del antiguo ser humano :ni amor, ni lagrimas, ni odio, ni miedo. Simplemente vacío.

La energía utilizó a los investigadores. Ví transformarse el mundo de una forma voraz e increíble.

¿Cómo pensar que esta tierra es la misma en la que viví?. Nada es igual. No existe el aire, el agua, los colores, los olores..

El agua del mar comenzó a solidificarse. Ví como desaparecía mi amado Mediterraneo.

Ya no existían países sino supervivientes del cambio. Millones de seres murieron.

Ahora existen los dueños de las voces, ondas elípticas brillante que han anulado la naturaleza humana. Proviene de un lejano lugar que fue absorbido por un agujero negro. Pero gracias a su tecnología se expandieron y lograron sintetizar la materia y transformarse en energía, con un poder inconmensurable. Ellos sí conocen la estrategia del universo.

Vuelvo con mis recuerdos. Estoy sentada a la orilla del mar, veo descender lentamente el sol, dando paso a una hermosa luna redonda, que impregnó el mar de destellos de plata. Las olas se mecían acariciando la orilla. Los seres humanos no sabíamos valorar la grandeza que nos envolvía.

No quiero pensar que Dios no existe, pero cada vez se desvanece la esperanza de encontrar la paz infinita.

Mi recuerdo me lleva a sentir el agua en mis pies. La grandeza del agua es algo que no se puede explicar a quién no la ha conocido. Poseíamos tantas cosas, el equilibrio del conocimiento y el ansia de aprender se entrelazaban y creaban una madeja de esperanza.

Las ondas están interfiriendo de nuevo. Estoy mostrando sentimientos y no pueden evitarlo.

Estoy llegando al final del tubo. Me deslizan, pero esta vez es distinto. La luz violácea se está acabando. Siento que el ralentizador se afloja. Surgen nuevas sensaciones: frío, calor, humedad. Puedo mover algo que parece mis antiguos labios. No floto. Estoy acostada. Parece algo conocido. Mis antiguos pies

se agitan; lo mismo pasa con mis manos. Me impactan a una gran velocidad. Parezco luz. Escapo no se donde. Las paredes chispean luces de colores. Siento una música lejana, dulce. Percibo sensaciones, olores, vida.

DIOS ¿me estás ayudando?. Me estoy aproximando al mundo de los sueños, avanzo hacia mi querida y añorada vida; con su temida muerte. Pero necesaria.

Siento que un aroma entra por mis fosas nasales. Mi pecho tiene el ritmo acompasado de una respiración lenta.

Intento incorporar mi cabeza, pero un gran vendaje me mantiene pegada a una máquina que parpadea. Percibo que el amor está aquí de nuevo. Unas lagrimas se deslizan por mi cara. Estoy escuchando unas risas, ese don extraordinario de los seres humanos.

Escucho a un médico que comenta: "afortunadamente el coma no ha sido irreversible". ¡Dios mio, si esto es un coma es una experiencia terrible!. Pero yo estoy segura que he estado en una dimensión donde me han enseñado a valorar lo que poseo.

Soy libre de la eternidad,.No soy inmortal. Vuelvo a ser yo; con el rumbo de mi vida un poco en mis manos y otro en manos de Dios. Vuelvo a ser humana, pero sé que la inmortalidad existe. Y esto me hacer respetar y agradecer lo que poseo.

Los psicologos dicen que ha sido un espejismo, pero no es cierto. He vivido una realida increíble, pero he tenido la posibilidad de la regresión.

Ojalá que la mujer eterna haya desaparecido en sus espectros de luz.

Soy una ciudadana de mi mundo. Soy libre para tener futuro y
soñar.

La vida me ha dado otra oportunidad.

Una experiencia alucinante

El calendario Maya profetiza el cambio de una nueva era en diciembre de 2012.

A través de una tormenta solar, la tierra puede ser afectada en las altas latitudes o incluso totalmente destruida el día 21 de diciembre de ese año.

De todas las interpretaciones que se hacen de la profecía maya, con este resumen más o menos, es con lo que se queda la mayoría.

Por toda la tierra se extiende el rumor de que el mundo se acaba, los científicos buscan un motivo real en el Universo para que esto pueda ocurrir.

Pero no hay indicios de grandes tormentas solares que delaten que la tierra pueda ser destruida de momento, tal vez, debido a las eclosiones del sol pueda ocurrir algo parecido, pero sería dentro de millones de años, esa es la única realidad.

Tampoco se aprecia ningún meteorito, que amenace con colisionar con la esfera terrestre, como ocurrió cuando la desaparición de los Dinosaurios

Así lo explican los científicos al pueblo, intentando evitar el pánico, pero cada cual le da una interpretación, todos opinamos y otros tratan de aprovechar la coyuntura jugando con la buena fe de las gentes que ansían que poderes sobrenaturales les ayuden a encontrar el camino.

Algunos fanáticos en distintas partes del mundo, se aprovechan de las gentes sencillas, ofreciéndoles una salvación, hay quien ha gastado verdaderas fortunas, por seguir a estos especuladores, que se aprovechan siempre de la buena fe de algunas personas.

También están los incrédulos como yo misma, tengo los pies bien puestos sobre la tierra y no creo en fantasías ni fenómenos sobrenaturales, prefiero creer en las cosas a las que puedo dar una explicación clara y realista.

Los descendientes de los mayas aclaran que será el comienzo de una nueva era, los humanos vamos demasiado de prisa, y esto pronostica un cambio a nivel espiritual del ser humano, como otros tantos que hubo a través de los siglos.

¡Ha sido un día agotador! Y la cantinela de la gente de que mañana no estaremos aquí, es reconfortante llegar a casa ponerte las zapatillas, y recularte en el sillón delante de la chimenea.

El cielo se ilumino, durante unos segundos en los que no dio tiempo a reaccionar, un ruido ensordecedor y una luz penetrante lo impregno todo, después, desperté, no sé cuánto tiempo había dormido, estaba en un sitio extraño y maravilloso, no tenia ningún malestar, mi cuerpo flotaba, me sentía cómoda en aquel lugar.

Avanzaba por un camino donde no había señales de tráfico, ni asfalto, ni tan siquiera piedras, solo estrellas luminosas lo marcaban, con rayos de luces multicolor que hacían abrir mis ojos desmesuradamente asombrados, lo mismo que cuando iba a la feria en los veranos de la niñez.

Saltando de estrella en estrella, veía iluminarse mis pies, pasando de una a otra, flotando en la inmensidad del universo, donde el tiempo parecía no existir.

Los caminos no eran ni cortos ni largos, simplemente, eran maravillosos y llenos de luz.

Llegue a un inmenso jardín que daba paso a otros que se sucedían y parecía que no tenían final, poblados de flores silvestres, con colores indefinidos y aromas suaves, relajantes, cálidos, conocidos, añorados.

Cataratas de agua limpia y fresca, daban vida al caudal de ríos mansos que surcaban las orillas de aquel vergel.

Lagos tranquilos y transparentes, lucían orgullosos en sus aguas tornasoladas nenúfares gigantes, donde tomaban el sol preciosos y rollizos angelotes, que daban un toque de ternura al fantástico paisaje.

Gentes de todo el mundo, sin raza, ni color, sin clases sociales, paseaban alucinados (como yo) deslumbrados ante tanta belleza.

El azul del cielo era tan intenso y a la vez tan sutil y vaporoso, que no se parecía a ningún otro azul que yo hubiese contemplado antes.

El abrazo de mis padres parecía culminar aquellos momentos, el amor de mis hermanos, mi esposo, mis hijos, la cercanía de todos mis seres queridos.

La magia de los sueños, la fraternidad, la igualdad, la amistad, la fidelidad, la honestidad, la comprensión, todo flotaba alrededor como un encantamiento soñado por todos, pero real, tan real parecía, que no me dejaba pensar, ni buscar una explicación.

No había hambre, tampoco niños pobres y desvalidos, al contrario, niños alegres y traviosos, que subían a los arboles, saltaban en el césped o chapoteaban en el rio, reían, y reían tanto que sus risas llenaban el aire como una música celestial ¡Eran felices!

No existía la enfermedad, tampoco los intereses ni el dinero, las guerras, totalmente desconocidas, ni siquiera la palabra violencia tenia sitio en ese mundo, reinaba el sosiego y la paz, ¡sobre todo la paz! que a su vez provocaba océanos de amor, se respiraba, se bebía, se sentía, todo era amor, los arboles, los frutos, el agua, las personas, la luz.

¡Qué lugar más extraordinario! Debería ser el Paraíso, ¿Cómo había llegado yo allí? Tal vez a través de Dios, ¿Entonces Dios, si existía? ¡Era cierto! el estaba allí, eso era Dios.

Comprendí, había estado siempre, se encontraba dentro de nosotros mismos, igualmente pasaba con la felicidad (tan inalcanzable) y la teníamos delante de nuestros ojos, pero la ambición, el egoísmo y la soberbia no nos la dejaba ver.

Me estremecí, temblaba, hacia mucho frio, abrí los ojos, la chimenea se había apagado, me puse de pie y torpemente medio dormida, busque una manta y encendí el brasero eléctrico.

Estaba aturdida no tenía muy claro que estaba pasando, poco a poco fui entrando en calor, como un autómeta me dirigí a la cocina y puse la cafetera en el fuego, necesitaba un buen café bien cargado y calentito

Con la taza entre mis manos, intentando entrar en calor volví de nuevo al salón.

Estuve a punto de encender la radio, pero cambie de opinión, sin pensarlo conecte el televisor.

Las noticias de la mañana eran parecidas a las de cada día, guerrillas, bombas, juicios, atentados...

-Estados Unidos al borde del precipicio fiscal.

-Cierran un colegio en Fuencarral con alumnos sobre todo de Etnia Gitana con dificultades.

-Los políticos vuelven a la carga disputándose el poder.

-Aumentan los recortes.

-Desahucios, se suicida un hombre porque le echan de su casa.

-Grandes fortunas se multiplican, los ricos siguen haciéndose más ricos.

-El paro se dispara al noventa por ciento.

-La sanidad protesta, veintisiete hospitales en huelga.

-Miles de niños mueren de hambre o en los bombardeos de guerras interminables.

Es veintidós de Diciembre de 2012 los niños de San Idelfonso cantan la lotería de Navidad, que será retransmitida en directo por radio y televisión.

Está claro “El mundo no se ha acabado”

ESPERANZA

El Cortijo de las Cabrerizas Altas

José Luis Solís Sánchez-Lafuente

(Un homenaje al mundo de los perros)

Contemplados desde lo alto de un cerrillo otero, el fuerte candilazo remarca la visión de los rebaños de cabras malagueñas, las de las grandes ubres y mamellas, hasta convertirlas en alocadas manchas rojizas, casi terrosas, oscureciendo, aún más, los emborronados piarones de las negras murciano granadinas, ágiles ellas, que atropelladamente intentan penetrar, todas a la vez, en los tinados del cortijo. Como si de prácticos portuarios se tratase, los lanudos turquillos andaluces las acometen a derecha o a retaguardia, arriba y abajo hasta colocarlas en el lugar exacto donde el cabrero les indica, que ni necesita honda. Bastan unos silbidos y alguna que otra interjección que únicamente entienden ellos y su dios hecho hombre. Los legendarios perrillos de aguas hacen su admirable trabajo de guardias de la circulación campera con exactitud, profesionalidad y esmero; ellos son así. Por eso son campeones. Su único enemigo: los inmisericordes cadillos que se aferran a sus rizosas capas peludas. Parece como si la felicidad les llegara de súbito cuando los esquiladores se encargan de ellos. En un santiamén quedan escuchimizados pero felices y más desenvueltos aún.

Las Cabrerizas Altas es un inmenso cortijo de varios miles de fanegas de dehesa, monte y algo de olivar y viña, con espaciosa rozas donde cultivan garbanzos pienseros, haboncillos, cebada, avena o alfalfa para cubrir sus necesidades. Las Cabrerizas Altas, Sociedad Cooperativa Andaluza, mantiene la propiedad y los sesos suficientes para engrandecer, año tras año, desde hace más de setenta, aquél civilizado zoológico agropecuario. Pasear con los ojos bien abiertos por sus veredas y cañadas equivale a observar la naturaleza más pura y productiva, transformada para bien por los humanos. Allí todo es magnificencia, calculada con rumbosa naturalidad.

Cuatro lagos artificiales, situados en lugares estratégicos, hacen de abrevaderos a las miles de cabezas de ganado y, ocasionalmente, de descansadero para aves de largos vuelos.

Algunas latxas baztaneras de cara negra, y las andaluzas payoyas y merinas de Grazalema, casi las últimas del orbe, ayudan a la pregonada fama del ganado cooperativo y sus exquisiteces derivadas. La leche se reserva para los míticos quesos del lugar, que maduran únicamente para el consumo de los finqueros y su clan de gastrónomos aficionados, tragones de delicias y exigentes catadores, propios y añadidos. Y los lechales, corderos y cegajos se los quitan de las manos, a pesar de cobrarlos a precio de ternera de Kobe. Como les pasa con los jamones de los hocicudos y cerdosos guarros negros, atesorados únicamente en montanera, de exquisita pringue,

perfumadísima y blanca al corte, una vez superados los más de tres años y medios de secuestro obligatorio, en umbrías y ventiladas cuevas. Ningún veterinario supo nunca aclarar del todo el asunto de la raza de aquellos reverendos puercos. Se dice que habitaron allí desde los tiempos de Noé, siempre alrededor de las encinas y de los dispersos algarrobos y acebuches. Los porqueros precisan polainas altas acompañándose de grandes pastores alemanes, muy entrenados, para dobligar la acometividad de los verracos, de prominentes gumías que exhiben chulescos a ambos lados de sus hocicones. Los “panzer”, como se les conoce en el cortijo; los bellísimos perros de azabachada capa, cruz y rabo alto, que llaman la atención por su altanera presencia, son los encargados de domeñarlos. Pero los malafollá de aquellos cochinos sin abolengo ni se inmutan ante el arrogante porte de sus preceptores. Necesitan de mordiscos en los cuartos traseros y ladridos (casi rugidos), entre ágiles fintas, para mover las piaras que cerdean más de la cuenta. Y ellos siempre a lo suyo: sólo entienden de bellotas o de cualquier otro fruto, que los machos defienden a puñalada limpia. Cuando los porqueros duermen la siesta o escuchan el transistor, los perros, con el itinerario aprendido, lo hacen cumplir por las buenas o malas. Pero, más de un día, algún que otro perrazo sale de su faena con el rabo entre las patas, dejando en su vergonzante huida reguero de orines o sangre. La mierra, que los cabreros, pastores y guarreros del cortijo llevan en sus botiquines, es “mano de santo” para estas ocasiones. Y dos amigables “cachetes” en la gran cocorota, la mejor recompensa.

Emulando a los leones del Congreso de los Diputados, dos gigantones mastines, atigrados o leonados, de gruesas y colgantes papadas, custodian cada entrada del complejo campero. Uniformados con brillantes carlancas y anclados con sendas cadenas, generan canguelo al que los encara, por su apariencia terrible, a pesar de que la mayor parte del día la pasan repanchigados en el suelo aguantando a chiquillos casi montaraces que disfrutan tirándoles del rabo o hurgándole en el hocico con una vareta de olivo, para que abran la dentadura y meterles el puño hasta las fauces, entre el “molamen” de yunques y lanzas. ¡El que lo consigue, gana! Y ellos tan orondos y contentos con sus niños zangolotinos encima.

Dan ganas de aplaudirles acaloradamente cuando se observa camppear a los podencos. Saltarines, alegres latidos, silencios escrutadores, frenazos imprevisibles, cambio de rumbo inesperado. Orejas gachas, puntiaguda y tiesas, casi a la vez. Sinfonía cambiante de movimientos “ma non troppo” a “molto vivace”, súbitamente. Ojos avizores y exclusivos ladridos: y toda esa compleja y bella liturgia por un simple conejillo. Más de una vez salen por los caños de las enmarañadas zarzas sangrando, pero con su altivez natural intacta y el fino jopo arqueado: triunfantes. Su olfato no los engaña: el viento conejero es su norte existencial. Y un conejo embocado es su galardón máspreciado, junto a las caricias de su amo.

¿Y que decimos de los tricolores perrillos bodegueros?, celadores oficiales de las despensas y estancias vinateras. Los

de Las Cabrerizas Altas conocen uno a uno todos los boquetes de los viejos muros y ellos, por su cuenta, han prohibido que allí habiten sabandijas, roedores u otros bichos. Los bocoyes, botas y cuarterolas, apiladas a la jerezana y, aún menos, los tinajones aceiteros empotrados en el suelo, les impiden ejercer de “seguratas” en tan sombrío hábitat. ¡Y tampoco admiten gatos!

Cuando a las rozas del cortijo se les crearon un gravísimo problema, varias jaurías de podencos (oritos, manetos y primitivos andaluces) solucionaron el problema. Cientos de miles de conejos y topillos plagaron las feraces parcelas, esquilmandolas, en algunas únicamente había quedado fuéllega. Como sabihondillos que son, sus madrigueras las habían excavado en la fresca tosca de las laderas montunas. Los conejos son así de listos y aseados. Se refugian, comen y cagan en lugares cercanos, pero diferentes.

A cambio de pegujales, los conejos y liebres que cada uno cace, la alimentación perruna y un queso, tres cabritos, una arroba de vino y otra de aceite de oliva mensual, para cada uno de los cuatro cazadores del pueblo que se encargan de la faena. Con dos únicas condiciones: está prohibido usar armas de fuego; los estampidos estresan al ganado y los plomos de la munición alteran nocivamente el hábitat, así como los hurones, que algunos podrían amontarse. Cargados de permisos administrativos y federativos comenzaron la faena el primer sábado, continuándola el domingo, días de la semana que

habían estipulado. La "Operación Rabbit" comenzó con magnífico pie. El lunes, los del pueblo y sus vecinos se ahitaron con tanto conejo. Los sobrantes tuvieron que freírlos, aderezados con sal, tomillo, pimienta, ajos y laurel, reservándolos en orzas con aceite. Y así continuaron.

A Frasquitillo le regaló uno de los pastores un enclenque y diminuto perrillo recién parido, blanco inmaculado. La madre murió al traerlo al mundo y sus congéneres también. Le explicó el dadivoso compañero de su padre que un borrico garañón, mordedor y cocero, al que ni se le podía quitar la anteojera y el bozal, la repelló contra el tronco del quejigo donde sesteaba el asno. Pero la perra aguantó, a trancas y barrancas, hasta el día del parto.

—Aquí no me traigas más embelecocos y no des más barzones con esa desgracia de canijo. ¡Como te pille tu padre con el cebero lleno de trapajos y botellines de agua caliente, te vas a enterar! Le espetó su madre, añadiendo:

—Y dejas de calentar más agua, ya has saltado dos botellas. Media cocina está sembrada de cristalillos. Y estoy sola para todo. ¡So tonto! Largo del humero y vete a holgar al campo. ¡Leche!

Aquél día, el asunto terminó con un simple y cariñoso cogotazo.

Ser amigo de los amamantadores le resultó a Frasquitillo muy rentable. A ciertas horas, las cien tetinas que alimentan mecánicamente a chotos y corderillos, destetados de sus madres, quedan vacantes. Entonces le tocaba a Canijo apurar las escurriduras de aquellas fuentes de vida. Y, al poco, Canijo dejó de serlo. Pero, bueno, ¿quién se cambia de nombre sobre la marcha? Nadie. Y así siguió por decisión soberana de su casi madre.

Cani, como se terminó motejándolo, con el tiempo se hizo adulto; o casi. Con más de año y medio aún dormía en la habitación con Frasquitillo, meaba agachado y sus ladridos no llegaban a tales. Más parecían como si pidiese perdón por incordiar. A diferencia del resto del amplio muestrario canino de la finca, en el que la pureza racial era condición tácita, — semejante a los nominados en el Gotha de la aristocracia europea, pero perruno—, Cani salió al mundo, no se sabe como, con más mezclanza genética que los “perritos calientes” de los burguers yankis. Pero a Frasquitillo no le importaba, Cani era su mejor y casi único amigo.

— ¡Vamos, vanos, Cani, al campo!

Simplemente con esa frase, el albo y desgarbado canecillo comienza a saltar, correteando entre las piernas de su jefe. Largas caminatas les permiten visitar alejadas caballerizas, apriscos y cochiqueras. Y la gran dehesa, las viñas y los

rocosos montes con sus cuevas y simas. Únicamente vedaban el cercado donde las voluminosas reses retintas pasaban su relajada vida. A Frasquitillo los descomunales pitones de los morlacos no le hacían gracia. Y a Cani, menos. Ambos caminantes se complacían observándolos detrás del vallado, en ciertos lugares rematados con concertinas para evitar a las saltonas ciervas, ávidas del rico forraje que los pensadores les suministran a las reses.

Y llegó el día en que a Cani le llegó el amor. Desde entonces vivió desatentado y confuso, hasta el extremo de perder su tino natural, los ladridos y casi sus afectos. No dejaba de olfatear compulsivamente todos los chorreones amarillentos con los que sus colegas perfuman los troncos de las arboledas y las esquinas de las construcciones. Y por ello, con celeridad, tuvo que aprender a levantar la pata, como los demás, para intentar neutralizar las odoríficas marcas de sus desahogados contrincantes. Pero allí hay demasiados árboles con huellas ajenas y, por ese motivo, el infeliz amante enloqueció, sufriendo también padecimientos en la vejiga de tanto escurrirla forzadamente, por los impulsos irresistibles que sentía. Así, con este panorama, un malhadado día, el amigo incondicional de Frasquitillo desapareció. —En este párrafo el autor de esta crónica no puede añadir esa frase tan socorrida de los colegas escritores como es: “sin dejar rastro”—. Cani dejó más rastros de la cuenta, pero ininteligibles para los humanos, para su desgracia.

Claro está que nuestro personaje infantil no quedó a la espera de la posible vuelta del enamorado perrillo. Acompañado de tres colegas, en sus horas libres, recorrieron palmo a palmo la inmensidad de la finca, vallada en su perímetro. Una tarde, la tercera, casi anochecido, uno de ellos escuchó como débiles sollozos en el cogollo de una gran coscoja. ¡Allí estaba Cani! Pero enlazado de una pata trasera por un acerado cable, amarrado a la base del arbusto. Su estado era lamentable. Sin derramar ni una sola lágrima, entre los cuatro chavalillos lo libraron del lazo, acercándolo a toda velocidad al próximo abrevadero donde bebió y aseó a su gusto, hasta recuperar su blanco original e hinchó de agua la panza. Pero Cani, a pesar de no parecer excesivamente extenuado, renqueaba más de la cuenta, sobre todo de los cuartos traseros. El lazo jabalíero (¡y eso que allí están prohibidos!) le había cercenado una pata, quedándole dañada la otra, por lo que hubo que amputársela totalmente y entablillarle la que había quedado poco mejor. Uno de los veterinarios del cortijo realizó con esmero el trabajo. Durante un tiempo, Frasquitillo transportó sobre sus hombros al íntimo amigo, que cogió la querencia de lamerle las manos y la cara, parece ser, como agradecido pago. ¡Cani era así de detalloso! Y de esta guisa reanudaron las caminatas.

El paso del tiempo le mejoró los andares, permitiéndole seguir a su amo, con más o menos dificultad, casi pegado a sus talones. El desgraciado chuchillo únicamente manejaba con soltura dos patas y media, ocasionando que los descansos fuesen obligados.

Observar como crecen las plantas de candilitos y lirios silvestres, nacientes en las umbrías laderas y covachas serranas, era una de las actividades obligatorias que anualmente se impone nuestro botánico infantil, acompañado de su fiel cojitranco. Una tarde, cuando andaban a media ladera por un peñascal, el niño pisó un musgo resbalón ocasionando que rodase descontroladamente hasta llegar a una torrentera, donde quedó empotrado entre las recias varas de unas adelfas. Cani descendió como pudo, y como Frascuquito no se movía y sangraba, el animalillo, lame que te lame, consiguió que las heridas en la frente, cara y manos dejaran de sangrar. Pero su amo no le hablaba, situación que lo desconsoló de tal forma que, sacando nuevas fuerzas, subió hasta lo más alto del crestón, y allí comenzó una retahíla de aullidos lastimeros, cada vez con mayor intensidad. Pero que nadie parecía oír.

Sin embargo, docenas de orejas los escucharon. Y los desazonados perros transmitieron a sus expertos patrones el triste y alarmante mensaje. Todos los cortijeros se pusieron en marcha. Así, al poco, fue encontrado nuestro amigo, aún medio inconsciente.

Como es natural y lógico, su madre lo recibió abroncándolo a moco y lagrima viva, durante el tiempo que las respectivas glándulas dieron de sí. Y su padre, en silencio, lloraba desconsoladamente en un rincón de la cocina, fuma que te fuma. Y eso que se había quitado del tabaco.

Todos fueron felices, celebrándolo como la ocasión merece y la rumbosa tradición cortijera demanda; por cuenta de la cooperativa. Y Cani dejó de ser llamado con tan despectivo mote. A partir de entonces mereció el nombre de Salva, que ostentó grabado en una placa de plata en el collar blanquiverde que, muy mercedamente, ganó por su inteligente amor hacia su compañero humano. Y que los veterinarios constataron raudos en el libro registro del emporio agropecuario.

Aquéel mismo día, también los perros recibieron ración doble de comida, muy especial, creada ex profeso para la ocasión por un veterinario “cocinilla”. Así, las criaturas (¿irracionales?) más amigas (¿de las racionales?) participaron plenamente en el jolgorio, pero ellos en silencio, olisqueándose pacíficamente, de vez en cuando, sus dispares culos. ¡Ellos son así! Nosotros, los humanos, nos miramos a los ojos.

Silencios en La Habana

Sergio Berrocal

Odio por igual, y con la misma rabia creadora e independentista de los gitanos de Emir Kusturica, a las cofradías de las chulerías y a todos sus secuaces, desde los de los burdeles míticos de París hasta los de los estudios de cine donde algún director que nunca brilló hasta puede creerse el rey del mambo de la pedantería.

Aquel talentoso Emir Kusturica, que con “Underground” dio un tirón de orejas a los que se reían en el Oeste pensando que el comunismo recién enterrado había terminado con la imaginación y la creatividad de los cineastas que tuvieron que sufrir las locuras totalitarias y entre gulag y fusilamiento tuvimos el Potemkine redentor con sus locas escaleras que habría adorado Alfred Hitchcock.

Kusturica nos extasió con sus músicos gitanos que rebuscaban en los instrumentos de viento más clásicos sonos que nunca habíamos oído.

En este invierno con olor a jazmin chiquito de primavera, los “plumíferos”, como habría dicho aquel cachondo primer

ministro europeo para ajustar cuentas con ciertos periodistas, se lo están pasando bomba tratando de saber hasta dónde llega la “crueldad” y probablemente hasta el “sadismo” del director francés Abdellatif Kechiche con las actrices que le dieron con “La vie d’Adèle”. la Palma de Oro en el pasado festival de Cannes.

Maldicen, graznan, eructan los gacetilleros que no saben más que repetir como los bobos a sueldo que Kechiche trató a sus intérpretes como el Cardenal de Richelieu a los mosqueteros del Rey cuando la Reina le volvía majara.

Pero, bueno, ¿y a mí qué me importa que el rodaje de esa película fuese endemoniado, cuando los mismos que crucifican al director dicen que es lo mejorcito que tiene hoy día el cine francés?.

Cuando te presentas ante tamaños jueces enanos de padre habiendo imaginado y realizado previamente una película como “Cuscús”, te puedes echar a dormir y ser el diablo en persona que tu dios no te castigará.

Si yo fuese ese director al que arrojan a los leones del machismo más desaforado, reuniría a las supuestas mártires, Léa Seydoux y Adèle Exarchopoulos, y les preguntaría con mi rostro más angelical: “Adèle, ¿crees realmente que yo soy capaz de mostrarme tan cruel con vosotras?”.

Algo parecido hizo hacia 1990 un primer ministro europeo durante un congreso de su partido celebrado en la capital de su país. Un país que pudo ser, por qué no, España.

En aquella importantísima reunión, el presidente del gobierno se salió de madre y con los ojos inyectados de sangre arremetió contra algunos periodistas cuyos comentarios todavía calentitos en las ediciones de la mañana se le habían atragantado como una mala espina de cabrito ibérico. Buscando, rebuscando cómo arrodillarlos les trató de “plumíferos”.

Unas horas después, la gente del partido reunió en una salita del mismo Palacio de Congresos a unos pocos periodistas, dos de ellos extranjeros como testigos. Yo era uno de los dos.

Después de acomodarnos con las hemorroides de la preocupación en una mesa camilla en la que sólo faltaba el brasero para darle ternura familiar, el premier sonrió como si ya hubiese olvidado el descomunal cabreo que acababa de vomitar.

Clavando su mirada en los ojos del periodista que estaba sentado frente a él le abordó con más dulzura que Madame de Bonacieux suplicándole a D'Artagnan, con una lágrima de perla natural en la comisura de los labios, que tomase el primer

vuelo de Ryanair, que es más baratito, para Londres con objeto de recuperar el collar de la Reina y evitar la irremediable deshonra real. Que ya habían tenido bastante con Diana de Gales.

“Pierre –musitó en un susurro el primer ministro- ¿tú que me conoces me crees capaz de haberos tratado de plumíferos?”.

Aunque todos le habíamos visto y oído decirlo, porque hablaba más la expresión de su cara que el fluir de sus labios, quedamos patidifusos con aquella “explicación” casi bíblica y yo estuve a punto de levantarme y aplaudirle.

El aludido Pierre, como una Adèle cualquiera, inclinó la cabeza y el Maestro quedó libre de polvo y paja.

Reconozco que estas maniobras no siempre terminan con bonitas sonrisas, aunque sólo sea cosa de cine.

1985. Creo que fue durante mi primer Festival de Cine de La Habana. Llegué, ví y escribí con el entusiasmo de un converso sobre la muestra de cine que en París me habían descrito como una feria de comunistas y que yo encontraba exquisitamente profesional y enajenadamente bella.

Y, sobre todo, estaba el entusiasmo de los miles de espectadores y espectadoras bellas como un helado del Tropicana, que asaltaban las salas de cine de la capital cubana, tanto que la primera noche me las deseé para entrar, incluso metiendo en las narices de los porteros mi virginal acreditación de enviado especial extranjero.

Y el copete de mi crónica quedó así: “El Festival de Cannes (Francia), escaparate inigualable de la cinematografía mundial, se está quedando chiquito al lado del Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano que en La Habana ha adquirido proporciones descomunales: cientos de películas, decenas de reuniones”.

Alfredo Muñoz Unsain, Chango, a la sazón director adjunto de la AFP en La Habana amén de decano de los corresponsales extranjeros en Cuba, leyó mi comentario y no abrió la boca. Pero al marcharme, me dedico una sonrisa divertida deseándome “¡Buenas noches!”.

Menuda noche fue aquella.

Cuando ya estaba durmiendo a pierna suelta en la cama en que, me juró una recepcionista de uñas largas de un rojo perverso como las de Milady, había dormido un día Frank Sinatra cuando se hospedó en El Capri, el teléfono empezó a repicar como una campana gorda de pueblo chiquito de la Provenza.

Tardé mucho en contestar. Al final eran las siete de la mañana cuando pude encontrar el teléfono. Tras las fórmulas usuales de cortesía, el director de uno de los más importantes diarios de la isla me pidió permiso para publicar mi primer artículo sobre el Festival.

Ni sé lo que contesté. Volví a quedarme frito como un boquerón de Málaga y hacia las diez aparecí por la delegación de la AFP, instalada en un edificio cercano a la calle N. El olor a orín humano pasado de fecha se extendía a medida que el ascensor asmático subía.

Al entrar, revuelo y algunas voces. “¡Todavía no ha salido Granma!”, dijo con labios de conspiradora del Bounty una secretaria que me traía el buchito de café mañanero. Aunque no entendí nada, le pregunté a Chango que ya andaba enredando por allí. Me sonrió.

La ausencia de Granma podía anunciar cualquier cosa porque era el periódico oficial, la gaceta que contaba todo lo bueno o peor que saliera del Palacio de la Revolución: cambio de un ministro, catástrofe de otro tipo, nuevo plan para la agricultura.

Al cabo de unas horas el director de la delegación entró con unas palabras triunfales: “Han retrasado la edición para insertar

tu artículo, Sergio, ya que cuentan que el Comandante lo leyó y preguntó en el periódico cómo no lo habían publicado todavía”.

En aquel momento, el Festival buscaba extender su prestigio por Europa y el artículo del enviado especial de la Agencia France Presse podía ayudar a dar un empujón decisivo a la reputación del cine que se fraguaba en La Habana ante los productores europeos.

Cuando a la hora de almorzar me encontré con más tranquilidad con Chango, le referí toda aquella teoría.

Chango me sonrió dos veces, lo que era en él algo extremadamente inusitado.

Y cuando días después me llegó una invitación para asistir a una recepción en el Palacio de la Revolución, también más que sorprendente, Chango tampoco comentó nada. Pero la noche anterior me había preguntado si en mi maleta viajaba alguna corbata.

Nunca supe si fue el Comandante o Chango quien avisó a Granma del “valor estratégico” de mi crónica para Cuba. Y nunca lo sabré.

Y creo que si le hubiese apretado las tuercas, Chango me habría sacado su sonrisa cínica número 32 y hubiese podido replicarme al estilo de aquel legendario primer ministro europeo: “Sergio, ¿crees de veras que yo habría sido capaz de hacer algo como eso? “.

Siguieron años de mucho ron y más flores hasta llegar a 1993, cuando el cine cubano alcanzó un momento de gracia, ese éxtasis que no se alcanza más que una vez en varias vidas, gracias a una de sus mejores películas jamás fraguadas en Cuba, “Fresa y chocolate”.

Veinte años después, lo que más me llega de La Habana es un ensordecedor concierto del más profundo e inquietante silencio. Casi todos mis amigos han muerto. Y los pocos que me quedan tienen la línea ocupada.

De Bodega Bay a Archidona City

Sergio Berrocal

De película en película, de pantalla en pantalla, he comulgado a lo largo de mi vida con rabinos, sacerdotes católicos, pastores evangélicos, anglicanos, popes y otras variedades. Sin olvidar las extrañas religiones, con su no menos extrañas hermanitas de la caridad del dólar, que descubrí leyendo y gozando también en el cine las mil aventuras del Harlem de Chester Himes, el escritor más excepcional de la novela negra, la novela policíaca social.

Calculo que me bautizaron en una sala de cine en mi ciudad natal, Tetuán, que no conozco más que por la partida de nacimiento.

O tal vez fuese en Ceuta o Tánger, ciudades del norte de África donde era capaz de dejar la compañía de unas Lolita que sin Nabokov lo supiera medraban por allí, para encerrarme en el gallinero de un cine o en el patio de butacas cuando fui aprendiz periodista subido a los altares de la crítica de cine por un generoso Redactor Jefe que había sufrido la guerra civil de Franco. Era el joven más moderadamente feliz de la ciudad internacional de Tánger donde me habían dado una oportunidad en el semanario “Cosmópolis”. El gran problema

de mi joven vida era que ninguno de los actores que desde las pantallas me aconsejaban a voces tenía muy arraigado el concepto de patria chica.

Quise preguntárselo a John Wayne pero cada vez estaba en un lugar distinto. Actores y actrices, aunque habláramos lenguas distintas, me enseñaron que eran culitos de mal asiento. Esa maldición del cine me ha perseguido hasta anteayer, aunque todavía sigo sintiendo los efectos colaterales.

Estaba yo atrincherado en París, mi verdadera, mi única patria aunque ahora nos hayamos distanciado, renegado, cuando vi una serie de películas con Madrid como protagonista.

Y al cabo de unos días le dije a mi mujer:

-Creo que sería estupendo vivir una temporada en Madrid. Meses después surgió una vacante de corresponsal en España y allí nos quedamos cinco años, con ETA y Expo Universal incluidas. Lo malo es que las películas sobre Madrid que yo había visto no habían comulgado todavía con el neorrealismo italiano y pintaban una España tan idealizada y cursi que nada tenía que ver con la realidad.

La realidad de que cuando desembarqué en Madrid en 1988 empecé a tener que darle patadas a las jeringuillas abandonadas

por drogadictos y que alfombraban casi parte de la Calle de la Aduana, donde me alojé en un hotel antaño de toreros. Otro tanto ocurrió con Brasil. Jean-Paul Belmondo y la bella hermana de Catherine Deneuve, Françoise Dorleac. Los dos, jóvenes y prometedores, protagonizaron una extraña película en Brasilia, “El hombre de Río”.

Brasilia aparecía como una ciudad todavía no terminada pero llena de escalofríos. Pasé tres años en Brasilia, base que me permitía recorrer el resto de Brasil. Una noche en mi casa de la capital brasileña, antes de la novela de las oito, un documental español me enseñó una plazoleta de un pueblo de la costa de Málaga, y volví a pronunciar las palabras mágicas. Aterrizamos en este Bodega Bay que con tantísimo noruego, finlandeses y otras hierbas exóticas, que buscan sol desesperadamente, nada tiene que ver con el puertecito de mar que Alfred Hitchcock descubrió por los alrededores de San Francisco y llenó de aves locas que atacaban a los niños.

Pero no sólo eso, los pajarracos estuvieron a punto de arrancar el moño catedralicio que la actriz Tippi Hedren lucía durante casi todo el rodaje, amén de un trajecito de calle pero no de mar que era un primor. Con todo, y pese a que en mi Bodega Bay tenemos unas gaviotas limpias y deliciosas, que no atacarían a Tippi Hedren ni por contrato, pero donde aburrirse se aburre uno bajo el sol que cambia la piel de la gente del norte, no estoy a gusto.

Tarde, ciento cincuenta películas después, me doy cuenta que soy de secano. Me gustan los pueblos metidos en las montañas, contruidos con fuentes frescas y gente que bebe vino blanco y no el güisqui de la costa. En realidad, mi pueblo ideal es Archidona. Está situado a cien kilómetros de mi playa y fue allí donde pasé una gran parte de una infancia menesterosa por mor de un padre militar que al yo nacer ya decidió con su Estado Mayor que yo no sería más que un bastardo.

Desde los primeros años que por las vacaciones estivales me mandaron allí, mis primos y primas, mis tíos y todo bicho viviente que encontraba en la Calle Carrera o en el Paseo, mis dos puntos de apoyo para mover mi mundillo, borraron de mí el estigma del hijo no querido por su padre. A medida que crecí me enteré de que esas piedras que yo pisaba a diario, esos campos donde pescábamos o cazábamos ranas sin ningún arrepentimiento ecológico, eran lugares históricos donde había reinado la gente que más quiso a Andalucía, los árabes. Hasta ahora no he conseguido que me tomen en serio. Que me dejen ser hijo adoptivo, putativo o como se quiera de la muy noble Ciudad de Archidona. Cuando lo consiga, allá por Jalisco, podré abandonar mis gaviotas y vivir las leyendas que encierra ese pueblo encajado entre olivos y suspiros.

Sumario

Introducción.....	3
El placentero trancazo.....	4
El manuscrito de Oplontis.....	17
Rosas blancas y orquídeas color de rosa.....	35
La Escuela. Capítulo I.....	53
La Escuela. Capítulo II.....	72
Sumisión.....	87
El cine de los amantes muertos.....	97
Regreso a Marienbad.....	102
Mi última hoja de ruta. Capítulo 1.....	109
Mi última hoja de ruta. Capítulo 2.....	119
Mi última hoja de ruta. Capítulo 3.....	124
Aceitaos y aguardiente.....	128
La visita de Elisa.....	140
Maldita inmortalidad.....	155
Una experiencia alucinante.....	162
El Cortijo de las Cabrerizas Altas.....	170
Silencios en La Habana.....	181
De Bodega Bay a Archidona City.....	189

Biblioteca Electrónica de Archinoticias

www.archinoticias.com

archinoticias@gmail.com



ARCHI
NOTICIAS